

San Manuel González, Obispo

GRANITOS DE SAL

PRIMERA Y SEGUNDA SERIE

PRIMERA SERIE

(Aperitivos para las almas inapetentes)

PRÓLOGO

3275. Algo he vacilado entre pedir o no pedir el indispensable prólogo a algún amigo de buena pluma para que entre la bondad de éste y la benevolencia de los lectores pudiera pasar el librejo.

Pero el miedo a un pecado en el que podrían caer el prologuista, los lectores y yo, he resuelto mis vacilaciones en el sentido de que sea yo quien prologuée.

¡Qué! ¿no creen ustedes que es un pecado, y de los gordos, perder el tiempo?

Pues tiempo perdido y muy perdido sería el que empleara el prologuista presunto en decir cosas bonitas del libro y del autor, según es usanza en todos los prólogos conocidos

hasta el día, y no menos perdido para los pacientes lectores a quienes se pondría en gravísimo riesgo de leer mentiras bonitas y por remate llevarse chasco.

Y a fe mía yo no he de permitir semejante pecado en unos ni en otros, sino que lisa y llanamente prologuearé mi libro, diciendo con toda lealtad, lo que yo creo que debe decirse en un prólogo.

3276. Yo creo, y ustedes perdonen esta digresión de prologogía, que un prólogo debe limitarse a responder a la interrogación que todo el que coge un libro nuevo en sus manos, se hace: ¿qué será esto?

Y el prólogo a mi juicio, debe responder a esa pregunta diciendo lo que es y lo que no es y para qué y para quiénes se escribe.

¡Cuánto tiempo se ganaría y cuánto dejaría de perderse si eso fueran todos los prólogos!

Pero, en fin, yo no vengo a escribir un libro sobre prólogos, sino a hacer un prólogo para un libro.

Lo que no es este libro

3277. Éste señores, y amigos míos, no es un gran libro, ni muchísimo menos, ni por el tamaño, como lo veis, ni por el fondo como verá el que tenga paciencia para llegar a la última hoja.

No es tampoco un libro de ciencias, ni de artes, ni de grandes cuestiones sociales o políticas, ni siquiera de sorprendentes novedades.

Lo que es

3278. Lo que dice su título: **Granitos de sal**; esto es, granitos, y, como tales, cosa pequeña, casi invisible, de sal, que preserva de la corrupción y estimula el apetito haciendo más agradables los manjares.

Este libro es pues, un conjunto de lecciones breves, ligeras, muy prácticas, claras y condimentadas con toda la sal que he podido rebañar en los desmedrados almacenes de mi imaginación andaluza, para que no haya alma por desganada que esté que no se las tome.

En una palabra, es un libro serio, escrito casi en broma en mis ratos de ocio o de menos bulla de arcipreste de Huelva.

A lo que no viene

3279. No viene a discutir con obstinados, ni a convertir incrédulos, ni a resolver grandes cuestiones sociales, ni tampoco a sólo divertir.

Viene a hacer buenos a los regulares, y mejores a los buenos; viene a desarrollar el sexto sentido de la fe y de la piedad cristianas, es decir, a hacer caer a los cristianos y cristianas en la cuenta de lo que es la fe y piedad, de los defectos que, sin darse ellos razón, las impiden nacer o aumentar, de las facilidades para adquirirlas, de las ventajas de tenerlas, de los perjuicios de que libran, de los frutos que en sí y en otros producen, de los horizontes que abren y de la corona que preparan.

¡Si se enteraran!

3280. ¡Si se enteraran muchos cristianos y hasta piadosos de lo que es caridad, humildad, oración, modestia, vida abnegada..., si se enteraran bien de lo que es confesar y comulgar y meditar y hacer el bien sin que lo sepa más que Dios... si se enteraran de lo que es Jesucristo y su Corazón, y su Evangelio, y su Eucaristía, y su Madre, y su gloria...! ¡Ah! ¡si se enteraran...! *¡Si conocieras el don de Dios...!*

Seguramente no se daría el caso tan desedificante y frecuente de cristianos paganos por su dureza para con el prójimo, por su frialdad para con su Dios, por su egoísmo para consigo mismo y con todos.

Yo sé que la mayor parte de esos cristianos inconscientes tienen fe, hasta alguna ilustración piadosa; pero su vida, su conducta, su lenguaje, su porte, me dicen que todavía no se han enterado...

¡Y cuidado que se han escrito libros de religión y piedad, y se ha hablado y predicado y se han puesto en juego todos los medios de propaganda!

3281. Pero en este siglo de carácter frívolo y literatura ligera ¿quién tiene ganas de leer libros de religión y piedad? ¿Quién tiene ganas de oír sermones?

Pues a eso viene este librillo, a decir lo que siempre se ha dicho y se ha enseñado, pero con ropaje y estilo del siglo XX, es decir, tratando de echar a la doctrina seria y austera de siempre unos cuantos granitos de sal *de ingenio, más o menos tardío, estilo ligero, contrastes expresivos y sátiras moderadas sin nada de definiciones, ni argumentos fatigosos, ni divisiones, ni clasificaciones didácticas, ni nada pesado.*

¡A ver si acaban de enterarse, Dios mío!

¡A ver si los cristianos acaban de tener el sexto sentido cristiano...!

A quienes habla

3282. A los católicos y a las católicas, que para unos y otras tienen la fe y la piedad cristianas enseñanzas y deberes, encantos y promesas.

¡Qué contento quedaría yo, y cuantas gracias daría al Sagrado Corazón de Jesús, para cuya gloria escribo estas líneas, si la lectura de éstas contribuyera a formar siquiera un hombre verdaderamente piadoso o una mujer piadosa de verdad, quitándole prejuicios inveterados, inconsecuencias inexplicables, rutinas esterilizadoras, inculcándole la verdadera noción de piedad cristiana sólida, filial, difusiva, activa, ingeniosa, útil...! ¡Ay! ¡si los cristianos y las cristianas se decidieran a ser de verdad cristianos! !Vaya si habría familia cristiana y sociedad cristiana y vida cristiana en el mundo!

¡Concédanmelo el Corazón bendito de Jesús, Dueño de mi pluma, de mi mano, de mi pensamiento, y de todo lo mío y mi Madre querida la Inmaculada!

Una advertencia

3283. Y se acaba el prólogo.

En este libro no hay que buscar la unidad de estilo, ni de argumento, ni de método didáctico. No es un libro que se ha escrito de una vez, ni siquiera se ha escrito para ser libro, sino en distintos tiempos y con distintas necesidades a la vista; parte de él anda publicado en hojas piadosas o en *El Granito de Arena.*

No tiene más unidad que la del fin que expresa su título y la de la intención que ya he descubierto y que os puedo asegurar es la que me guía siempre al escribir.

Ahora

3284. Señores y amigos míos, si lo que os llevo dicho, os ha picado el interés o la curiosidad, pasad adelante y el Corazón de Jesús haga que os sirva de provecho; si por lo contrario, lo dicho no ha llegado ni al forro de vuestra ropa, con cerrar el libro

Calar el chapeo
Requerir la espada
Mirar al soslayo
Y dejarlo...
No habrá nada.

UNA AÑADIDURA A LA SEGUNDA EDICIÓN

3285. Siquiera para que este librillo se permita el lujo de estampar en la portada la consabida frase de «Corregida y aumentada»

Y mi añadidura será poner un comentario a la clásica copleja que cierra el prólogo anterior.

Y es que

Muy pocos si ha habido algunos, han tomado el partido de calar el chapeo... y dejar plantados mis **GRANITOS DE SAL**, sin concederles el honor de la lectura.

Y no es que al hijo de mi madre se le «haya muerto la abuela», como podría sospechar algún maliciosillo, sino que pruebas cantan.

Primero

3286. Los diarios y revistas le han echado buen rocío de piropos. después no poca gente seria ha escrito al autor unas cuantas cosas bonitas de su librejo; luego, y éste es el argumento fuerte, que en la venta de **GRANITOS DE SAL**, no se ha echado de ver el desgano de leer libros, que padece nuestro frívolo tiempo. La primera edición de cinco mil ejemplares ha volado en unos pocos meses y ya de la presente de seis mil hay pedidos algunos miles.

¿Qué digo de esto?

3287. Que bendito sea el Corazón de Jesús que quiso que yo escribiera y que los otros compraran y leyeran y que los niños pobres de sus Escuelas gratuitas se encontraran con unos cuantos montoncillos de reales y pesetas invertidos en maestros buenos, enseñanza cristiana y algún que otro gajecillo no despreciable ni despreciado...

Y bendito también porque ha querido que esas pequeñeces de **GRANITOS** y estas acritudes de **SAL**, le hayan servido para hacer reír a más de tres y hacer pensar a más de cuatro y cambiar de vida y costumbres a más de cinco, que de todo eso me consta ha habido.

3288. Y ¡vaya si es una satisfacción para un escritor católico, y más si es sacerdote, y aún más si es de la clase de «chiflados» por el Corazón de Jesús llegar con sus ideas y cariños no solamente a los ojos o a la curiosidad, sino al corazón de sus lectores y no sacarlos de allí hasta que no salgan convertidos en lágrimas de arrepentimiento de cosas malas pasadas o en deseos y propósitos de cosas buenas futuras!

Siga

3289. el Amo querido de todos mis libros y de todo lo mío, bendiciendo estas paginillas, y su bendición les prestará «atractivos» para que sean leídas y entendidas, «suavidad» para meterse hasta lo más hondo del alma y «gracia» de la del cielo y de la tierra para despertar almas dormidas, empujar almas reacias, alentar almas flacas, consolar almas tristes y... sazonar almas sosas y desaboridas.

¡Grato oficio el de sazonador de almas!

En él se os ofrece de nuevo y os desea pingües provechos.

EL AUTOR

OTRA A LA TERCERA EDICIÓN

3290. Y es que después de esa segundaedición salió a la luz una nueva «ración» de **GRANITOS DE SAL**, o sea, la segunda serie de los mismos.

Y que quiso el Señor que en ella no se cumpliera el adagio de «nunca segundas partes fueron buenas».

De modo que cuando se agotan los ejemplares y hay necesidad de multiplicar las ediciones, es que las gentes no quieren ser desaboridas ni sosas, sino que gustan de la *sal* aunque sea en *granitos*... Pues ¡adelante! y ¡viva la sal!

OTRA A LA CUARTA EDICIÓN

3291. Esta palabra podía ser: ¡sal al fuego! para que *chisporrotee* y luzca y suene más!

Eso pasó con buena parte de la edición tercera, ¡que me la quemaron! Pero no ha querido el Amo que se quemen nuestro buen humor ni las ganas de sembrarlo por esas almas de Dios...

¿Fuego va, dicen los impíos? Pues ¡sal va! responden estas paginillas y Dios con ellas.

+ M. G., O. de M.

Gibraltar, primer viernes de octubre de 1931.

OTRA A LA QUINTA EDICIÓN

3292. Y ¡siguió el fuego! y buena parte de la edición cuarta fue pasto de él en el año 1936, cuando los rojos...

Y ¡sal al fuego! ¡otra vez! ¿Quién se cansará antes?

+ M. G., O. de P.

Palencia, primer viernes de julio de 1939.

LA PIEDAD POR HORAS

3293. Así, por horas, como se alquilan las bicicletas los domingos para pasar un rato y después abandonarlas en el resto de la semana.

Te extraña la salida, ¿verdad?

Pues pronto desaparecerá tu extrañeza.

¿Conoces a aquella señorita que por la mañana marcha precipitada a la iglesia con su rosario en la muñeca y su elegante devocionario en la mano?

No se lo digas a ella, no vaya a disgustarse contigo; pero al oído te diré que su piedad es *por horas*.

3294. ¿Ves aquel señor muy grave que no pierde jamás su Misa los domingos y que pertenece a varias hermandades?

No se lo digas tampoco, pero también es de los de *por horas*.

¿Te llama la atención aquella pobre mujer que se pasa largas horas delante de los altares, llorando y en actitud suplicante?

Pues también pertenece a *la familia*.

¿Qué cómo puede ser eso?

Precisamente allí voy.

Mira: aquella elegante joven no *usa* de la piedad más que de ocho a nueve de la mañana, hora en que va a la iglesia; después llega a su casa y dentro de su precioso costurero guarda su rosario de cuentas de nácar y su elegante libro, y diríase que allí deja también *guardada su piedad*... porque lo que es en el resto del día y en sus demás ocupaciones, la piedad no aparece. Habla, ríe, lee, se divierte, se viste, se adorna lo mismo que pudiera hablar, reír, leer y divertirse cualquiera que no tenga ni rosario de cuentas de nácar, ni devocionario de piel de Rusia.

¿Será exagerado si llamo a esa piedad, *piedad por horas*?

3295. En cuanto al señor grave, verás lo que pasa: es cierto que tiene *media hora* para Dios todos los domingos y *algún que otro rato* que las hermandades le ocupan; pero no le da a Dios más que ese tiempo, porque en sus conversaciones con los amigos por allí no se ve a Dios, ni mucho menos; en su trato con sus obreros y criados y en los negocios que

proyecta tampoco anda Dios; en los periódicos que lee y en los sitios que frecuenta, ¡la verdad! tampoco se encuentra uno con Dios.

¡Nada! lo dicho; para Dios *media hora* semanal y... gracias.

¿Y esa piedad no merece llamarse *por horas*, o mejor, por *medias horas*?

3296. ¿Y aquella pobre mujer con tanto gemir, no merecerá siquiera que se dé por buena su piedad?

Sensible es decirlo; pero verás lo que pasa: es cierto que le da a Dios en la iglesia muchas horas; pero en cambio se las quita en su casa; y como Dios quiere que esas horas se las dé en ésta y no en aquella, resulta que también forma parte de la familia.

Porque has de saber que la piedad no es *sólo* rezar y llorar, sino coser, limpiar, barrer y pasear cuando Dios quiere. De modo que dedicar largos ratos a rezar con perjuicio de las propias obligaciones, óyelo bien, eso no es ni más ni menos que una de las especies de *piedad por horas*.

3297. Quizá me vayas a decir: ¿entonces para ser verdaderamente piadoso, es necesario estar *siempre* pensando en Dios?

Poco a poco: dime: ¿tienes padre o madre? ¿los quieres mucho? Sin duda alguna, luego tienes piedad filial.

Pues bien, para conservar ese cariño en tu alma ¿estás siempre pensando en ellos? eso es imposible. ¿Qué haces entonces? Procurar no *desagradarlos y darles gusto* en todo, sin perjuicio de hacerles una caricia o dedicarles un recuerdo siempre que puedas, ¿no es así?

Eso ni más ni menos aplicado a Dios, que es tu Padre, es la piedad.

Y dime, ¿serías buen hijo, si sólo te contentaras con no desagradar o dar gusto a tu padre una media hora a la semana o una hora cada día?

No te rías mucho de esta pregunta, porque ¡habría que reírse de tantos y de tantas... que se tienen por piadosos!

3298. ¿No te parece que si el demonio *tuviera humor* para divertirse, se moriría de risa al ver esas *funciones por horas* que representan las almas piadosas *a ratos*?

Mas si hay quien se ríe de esas almas, hay también quien debe sentir mucha pena; ¿lo conoces? ¿has llamado alguna vez a la puertecita del Sagrario? Seguramente que no has encontrado *ocioso* al divino Corazón de Jesús; está *ocupado* en pedir a su Padre Eterno perdón para sus enemigos y perdón también para sus amigos *a medias*.

Acércate, si no, a Él y te convencerás de que en el interior del Sagrario jamás se han pronunciado estas palabras: *ahora no se recibe*, o estas otras: *ahora no se ama*...

Jesucristo sí que puede repetir muchas veces al día cuando llama a nuestro corazón: *ahora no quieren recibirme*.

¡Qué triste debe ser esta voz para Él y qué funesta para nosotros!

EL PLETYSMÓGRAFO

3299. Es un periódico el que me ha dado el tema para el artículo presente, tema por cierto de mucho interés y no poca miga.

Bajo el título un poco enrevesado de *pletysmógrafo* me encontré días atrás con la descripción de un invento *yanqui* enderezado, nada menos que a medir la intensidad del amor de una persona a otra.

¡Son siempre tan originales estos yanquis!

Se trata, según decía el periódico, de un aparato en el que, mediante la inmersión del brazo en un depósito de agua puesto en comunicación con una aguja indicadora por medio de unos tubitos de caucho, las manillas de aquella van señalando el efecto que el corazón del sujeto sometido al experimento producen los nombres que va pronunciando el operador.

Que el nombre que se pronuncia es indiferente, la aguja permanece inmóvil; que interesa el nombre, o mejor la persona que lo lleva, la aguja se mueve con más o menos velocidad, según el interés o el cariño despertado por aquél.

3300. Sin meterme yo a averiguar la exactitud de la noticia, cosa después de todo que no me interesa, quiero haceros participantes de las impresiones que la noticia de tal invento me ocasionó, porque quizá en ellas encontraréis algo que os convenga y os sirva de provecho.

Y lo primero que se me ocurrió pensar fue que *pletysmógrafo*, o *mide-amores* era una gran ventaja y una gran desventaja, aunque parezca paradójico.

Gran ventaja, decía yo, para los que no acaban de convencerse de los engaños e ilusiones de esta vida terrena. Para esos, que, queriendo amar a Dios, no se deciden a quererlo con *todo el corazón*, porque le tienen robado pedacillos de éste, afectos verdaderamente ilusorios y sólo aparentes, para ésos, repito, el aparato en cuestión les haría el gran servicio de demostrarles que todas aquellas palabras bonitas, y aquellas caras sonrientes, y protestas a todas horas repetidas de cariño sincero de los que les rodean no son más que antifaces hipócritas de corazones indiferentes o interesados.

3301. Es decir, que si metieran el brazo en el aparato muchos y muchas de los que a toda hora nos pregonan cariño, y se deslizara en sus oídos nuestro nombre, se iba a quedar la aguja indicadora del amor más quieta que un marmolillo.

Digo, ¡a menos que el aparatito no obrara con *sinceridad!...*

Yo me atrevería a afirmar que de puro no moverse la aguja acusadora, se iba a poner mohosa. ¡Vaya que sí!

Y ¡claro! después de ese desengaño, la unión *total* con Dios tendría menos obstáculos y se haría con más prontitud y eficacia.

Y sería una gran *desventaja* y una verdadera desdicha el *pletysmógrafo* para los que se empeñan en engañarse ¡que no son pocos!, con la ilusión de que son unos *parte-corazones* a donde quiera que van o en donde quiera que se encuentran.

Porque hay personas, y cuenta que quien más, quien menos, todos participamos algo en este achaque, hay personas que, quizá sin darse cuenta, están íntimamente persuadidas de que sus miradas, sus palabras, sus ademanes, sus obras, todo lo suyo, en una palabra, son verdaderas *piedras de imán* que atraen forzosamente a sí todos los corazones y los dejan cautivos de amor.

3302. ¡Qué! ¿No os habéis fijado cómo muchas de vuestras amigas andan por esas calles y se presentan al mundo? ¿no es verdad que con toda aquella compostura de afeites y

perifollos y aquellos colores prestados y aquel estudiado desdén olímpico van diciendo con aire de reina de *percalina: Aquí voy yo, todo el mundo de rodillas?.*

¡Pobres reinas! ¡si aplicaran el *pletysmógrafo* a aquel coro de adoradores callejeros! !Qué chasco, Dios mío, qué chasco se llevarían!

Y no creáis que solo a esas diosas de escenario disgustarían las indicaciones del aparatito *yanqui*; que hay también por esos mundos *dioses* muy metidos en su papel... y muy creídos de que no hay corazones que resistan a una sola de sus miradas.

3303. ¡Pobrecillos y pobrecillas, qué triste sería para ellos la vida el día en que se persuadieran de que con todas sus artes y artificios y prendas propias y postizas no habían conseguido sacar ni una sola chispa de amor, entiéndase bien, *amor* y no *pasión*, una sola chispa de amor en todos aquellos corazones que creían subyugados!

Nada, nada, que para esa gente no debe tener ni chispa de simpatía el inventor norteamericano. Les es seguramente más grata una halagadora ilusión que una desesperante realidad.

Otras aplicaciones

3304. Y después de haber aplicado el aparato descrito a los amores humanos, se me ocurrió la aplicación que de él pudiera hacerse para medir otros amores más altos.

¡El amor del Corazón de Jesús a nosotros y el de nosotros a Él!

¡Medir su amor a nosotros! ¡Cualquiera, me decía yo, se atreve a inventar el aparato que lo mida!

Pero ¿qué digo? ¡Si el aparato *mide-amores* lo dejó Él mismo hecho!

3305. ¡Pues qué, la Cruz donde Él murió por *amor,* ¿qué otra cosa es que un divino *Pletysmógrafo* en el que hacen las veces de agujas indicadoras los tres clavos que están diciendo con una precisión admirable que hasta *ahí llegó el Amor?*

¿Y el Sagrario? ¿No es otro divino *pletysmógrafo* que con la sublimidad de sus misterios está diciendo: *Más allá no pudo ir el Amor?*

¡Vaya si dejó señales para que conociéramos la intensidad de su amor el Corazón de Jesús! ¡Quizá no haya nada más claro ni más evidente en el orden natural como en el sobrenatural que esas señales de la intensidad de su amor!

¿Y el nuestro?

3306. Eso es; nuestro *pletysmógrafo* para con Él; ¿cómo y por dónde sacar la medida de nuestro amor hacia Él?

También se conoce el procedimiento, que después de todo no es más que el mismo de que Él se vale para enseñarnos la medida del suyo.

¡Obras! ¡Obras! ¡Obras! ¡Ése es nuestro gran *pletysmógrafo!*

La Cruz y el Tabernáculo no son sino las dos *grandes obras* del amor y por eso son sus mejores señales.

Pues para conocer el amor de un alma al Corazón de Jesús y los grados de intensidad del mismo, véanse sus obras.

¿Son obras que *saben y huelen* a Cristo?
Es decir, ¿son obras de sacrificio y de celo, de desprendimiento y abnegación, de buscar a Cristo en todo y no buscar más que a Él?
Pues ahí hay amor, y más amor mientras más obras y más *sepan éstas a Cristo.*
¿No hay obras de esas? Pues por más golpes de pecho, y rezos y reverencias, y cultos esplendorosos, y palabras bonitas que haya, no hay amor a Él.

3307. ¡Ay, amigos míos, por eso andamos tan mal a pesar de haber tantos católicos en España y en el mundo!
Porque se dice más que se hace; porque hay más por fuera que por dentro; porque se busca lo secundario y se olvida lo principal; en una palabra, porque se habla más de Dios que se ama a Dios.
¡Amor, amor, amor! eso es lo que hace falta; que habiendo amor, habrá obras, y habrá consecuencia y lógica en nuestra vida, y gloria para Dios y bien para las almas.
Un ilustre escritor piadoso decía que más gloria da a Dios una docena de cristianos fervorosos que un millón de católicos tibios.
Pues, señores, ¡a ser de la docena y a huir del millón!
Y ya veréis cómo suben las agujas de vuestro *Pletysmógrafo* y con ellas subirán vuestras almas hasta llegar a Dios.

¡SI YO TUVIERA...!

3308. ¿No lo has dicho tú muchas veces? ¿No lo has dicho tú, pobrecito que amaneces sin pan y te acuestas con hambre? *Si yo tuviera* un poco de pan, ¡qué feliz sería! ¿No has repetido esa frase tú también, hombre de dinero? *Si yo tuviera* salud como dinero, ¡qué feliz sería! Y tú, joven elegante, a quien han hecho creer que eres bella; y tú hombre a quien todos tienen por feliz, ¡no habéis exclamado nunca: *Si yo tuviera* más suerte, más simpatías, más talento, más... de cualquier cosa, ¡qué feliz sería!?
Anda y busca por el mundo alguien que no haya sentido necesidad de prorrumpir algunas o muchas veces en el consabido *¡Si yo tuviera...!*
Y es triste ¿verdad? ese grito.

3309. Porque aunque supongas que todos tenemos un poco de *ambición*, ese lamento tan universalmente sentido y proferido, supone indudablemente un estado perpetuo de necesidad. Sí, es cierto que todos necesitamos *algo más* para ser felices.
¿Y qué será ? ¿dinero, talento, hermosura, pan...?
No debe ser nada de eso, puesto que como has convenido conmigo anteriormente los que tienen todas esas cosas todavía se quejan, diciendo: *¡Si yo tuviera...!*
¿Recuerdas aquel pasaje del Evangelio en el que aparece el Salvador sentado junto al brocal de un pozo y diciendo a una mujer que había llegado a creer que la felicidad era el producto de aquellos solos *ingredientes* que te he nombrado: Si tú supieras...?

3310. ¿Lo oyes, pobre pordiosero, rico desasosegado, joven melancólica, obrero triste, almas todas que sufrís desengaños, desalientos y torturas? ¡Si supierais

encontrar la fuente en donde se apagan todas esas clases de sed que padecéis, cómo se secarían vuestras lágrimas!

¡Qué feliz yo si hiciera ese descubrimiento a vosotros, todos los que formáis el gran *ejército de los necesitados!* Pobre que careces de pan, ¿quieres que te enseñe unas puertas que nunca se cierran a los que llaman? Pues llama a las puertas del Sagrado *Corazón de Jesús* y verás como ahí nunca te dicen que *perdones.*

3311. Alma herida por la ingratitud o la injusticia, ¿sabes en dónde siempre se agradece y nunca se olvida? En el Corazón de Jesús.

Alma que estás triste porque tienes pecados para los cuales temes no haya perdón, ¿lo quieres de verdad?

Pues ponte tú también delante del Corazón de Jesús y, aunque no le digas nada, llora. Le gusta mucho dar perdones a cambio de lágrimas.

Corazoncillo que a veces quieres remontar el vuelo, y subir arriba y, sin embargo, no consigues levantarte un dedo sobre la tierra, ¿quieres alas?

Pues métete en el nido que forma la llaga del costado de Jesús, y al poco tiempo, yo te lo aseguro, ¡verás como subes!

3312. Ahora, después de haberte dado a conocer esas *puertas* siempre abiertas para los que tienen hambre de cualquier clase que sea, ese *amigo* que siempre *paga*, ese *padre* que tan fácilmente *perdona* y ese *nido* en el que tan bien se *vive*, dime: ¿te atreverás a exclamar con aire de tristeza: *Si yo tuviera...?*

¿Qué necesitas, di?

Mira por toda la redondez de la tierra, mira al cielo, y si en aquélla o en éste encuentras algo que no te ofrezca el Corazón de quien te he hablado, entonces quéjate con amargura y con razón. Pero si no lo encuentras, que no lo encontrarás, prorrumpe en este grito: ¡Qué dichoso me habéis hecho, Dios mío, que en el Corazón de vuestro Jesús me lo habéis dado todo!

Todo, ¿lo oyes bien, alma *necesitada*?

¡UF! ¡QUÉ FRÍO!

3313. ¡Estamos en invierno!

¡Cuántos labios se habrán abierto para dar paso a esta exclamación, ¡hace tanto frío!

Y es verdad: son muchos los cuerpos, y no son menos *las almas*, que padecen frío.

Míralo

3314. Frío tiene aquel pobre niño *mixto de ángel y pilluelo* que carece de casa y pasa las noches sobre el banco de mármol del paseo, o a lo más resguardado en un rincón de aquel portal que ha quedado abierto.

¿Ropa de abrigo? ¡ah! sí; tiene la misma agujereada chaquetilla con que durante el día intenta cubrirse su amoratado cuerpecillo.

Frío sufre, y mucho, aquel modesto empleado que, habiendo perdido su colocación, vive en estrecha buhardilla, abierta a todos los aires, vistiendo de *perpetuo verano* y no contando siquiera con el calor que le prestaría una alimentación suficiente.

Frío, a no dudarlo, tienen en diciembre al vender por las calles sus mercancías de *a perra chica la pieza* aquel pobre viejo que sostiene su vejez con esta industria poco lucrativa. Aquella muchacha sirviente que, mientras los otros duermen en abrigado lecho, ella limpia los suelos, metiendo repetidas veces sus manos en agua helada. Aquél... basta: ¿para qué aumentar la lista?

Pero no son ésas las únicas víctimas del frío, ni las más desgraciadas tampoco:

Hay otro frío

3315. que no se quita ni con pieles, ni con leña, ni con habitaciones muy confortables; es un frío muy hondo: es... *el frío del alma*.

Observa a aquella señora que pasa el día al lado de su chimenea, enfundada de pies a cabeza: a pesar de eso, un secreto malestar la inquieta: tiene *frío en el alma*.

Esa señora hace mucho tiempo que apagó en su corazón el *fuego* del amor a Dios y al prójimo; el amor a Dios lo sustituyó por el amor de *sí misma*: a su prójimo lo trata con la punta del pie, como lo dicen sus criados, como lo saben los pobres.

¿Qué tiene de extraño, que apagado el fuego, su corazón este frío?

3316. Mira a aquel gran hombre: ha llegado a la cumbre deseada de la gloria humana: es rico, elocuente, con influencia decisiva sobre muchos, su nombre se repite sin cesar con aplausos... y, sin embargo, siente un *desgano*, una inquietud, una propensión al mal genio... ¿qué le pasa? Es que después de haber encontrado tantas cosas que le halaguen y tantos labios que lo lisonjeen, no ha encontrado un corazón que lo ame *de veras y sin interés*: sabe perfectamente que lo que estiman de él no es a él, sino su dinero y su influencia; por eso tiene *frío en el alma*.

Aquella señorita presumida, aquel solterón *impenitente*, aquel pobre abuelo arrinconado, aquel amigo caído en desgracia, ¿sabes de qué se quejan? de lo mismo: unos porque tienen el corazón frío, y otros por hallarse rodeados de corazones que hielan.

Ello es que abundan y mucho las víctimas del frío del alma.

Hace falta calor

3317. para remediar este frío; mucho calor que encienda esos espíritus yertos: y es necesario además que ese calor sea de tal naturaleza que sirva para el cuerpo y para el alma: ¿puede ser eso?

Ahí precisamente quería venir a parar y a decirte que el único y eficaz remedio contra *todos los fríos* es el *Corazón de Jesucristo*.

Él no vino a traer a la tierra otra cosa que *fuego*, y su más ardiente deseo es que la tierra *arda*.

¿No crees tú que si los ricos tuvieran un poquito de ese fuego en sus corazones, no tendrían frío los pobres?

¿No te parece que si las almas heladas por el egoísmo se acercaran algo a ese *volcán de amor*, sentirían un calor del que hoy carecen?
¿No es verdad que si el mundo se *muere* de frío es porque se ha empeñado en ponerse muy lejos de ese fuego?

3318. Corazón de Jesús, *calor* de todos los que tienen frío: da un poco de tu calor a todas esas almas que viven en *invierno perpetuo*, y haz que éstas, ya abrigadas, se acuerden de que hay niños, obreros, ancianos, sirvientes y muchos, muchos pobrecitos que *tienen mucho frío*.

EL ARTE DE PRENDER FUEGO

3319. He aquí un magnífico título para un artículo revolucionario petrolero.
Y como yo tengo algo de *revolucionario,* no tengo inconveniente en adoptarlo.

¿Cómo se quita el frío?

El frío de las almas reconoce muchas causas: la pobreza, la miseria, la vejez, el abandono, la ingratitud, el egoísmo, la sensualidad... y muchas más. Y ¡claro! el procedimiento para calentar almas tiene que ser vario.

I

LOS POBRES

3320. Una palabra sobre los corazones helados por la *pobreza*. Sin duda conocerás aquella copla:

El hombre que nace pobre
con el frío es comparado:
Todos le huyen el cuerpo
no les *pegue un resfriado*.

Una observación continua ha podido comprobar la exactitud de este principio: Las amistades de los hombres están en relación directa con el producto que reportan. Una amistad que *no da nada*, ¿quién la busca?
¿Y qué puede dar la amistad de un pobre? ¿Dinero, elevación, influencia...? No. ¿Cariño? No; se le cree interesado.
Es lo cierto que alrededor de los pobres hay pocos amigos, y que, por consiguiente, en torno de sus corazones *hace frío*.

¿Y cómo quitárselo?

3321. Con dinero y con cariño.
El dinero quita el frío del cuerpo; el cariño, el del alma.
El pobre necesita dinero.
Al pobre, ante todo, hay que darle lo que en justicia se le debe: su salario.
Y un salario *equitativo*, no el que imponga o haga sobrellevar la necesidad, y *puntual*, sin diferirlo ni un día siquiera.
Y cuando éste no baste o no pueda ganarse por falta de fuerzas o de trabajo, ¿qué queda?

La limosna

3322. Hay muchas clases y muchos modos de limosna.
Limosna no es sólo dar una moneda al pordiosero que llega a la puerta. Es no *apurar* demasiado la ropa para que la aproveche el zapatero del rincón, es no tirar el sombrero o los zapatos que ya no corresponden a nuestra clase, para que le sirvan al marido de la criada. Es no dejar que se echen a perder los sobrantes de nuestra mesa, para que con ellos coma la viuda del quinto piso. Es reunir los terrones de azúcar que sobran a nuestros amigos después de tomar el café y las puntas de los puros que se fuman en nuestra casa, para recrear un poco el gusto de los buenos ancianos de las Hermanitas de los Pobres.
Limosna es *rellenar con caridad todos los huecos abiertos* por la indigencia de unos o por la injusticia de otros.
Pero no olvides que hay

Tres maneras de dar limosna

3323. *Tirándola, poniéndola o sembrándola.*
Hay quien *tira* limosna a los pobres, como se tira a un perro un hueso para que se *entretenga* y no moleste.
Hay quien *pone* la limosna en la mano del pobre como se pone un cuadro en la pared o un mueble en su sitio; por *puro adorno* o para que *luzca bien*.
Hay, por último, quien *siembra* la limosna, como quien siembra un granito de trigo en una tierra fértil que le ha de dar cien granos por él.
Los pobres son la tierra *preparada por Dios*, que centuplica la semilla en ella sembrada.
¿Quieres tú ser *sembrador de limosnas*?

Da cariño

3324. Una palabra dulce, un gesto amable, uno poco de interés, una lágrima, un poquito de sacrificio personal, acompañando a la limosna, ¡cuánto bien hacen al pobre!
El recibir una moneda o una prenda de limosna puede sonrojar; pero el recibir una caricia hace siempre dilatar el corazón y decir confiadamente: *¡Aquí me quieren!*
¡A qué poca costa se quita a veces el frío de los corazones!

Alma amante del Corazón de Jesús, ¿no te parece que sería una buena ocupación dedicarte a *prender fuego* en el corazón de los pobres que conoces?

II

LOS SOLOS

3325. Muy frío es el ambiente que rodea al corazón de muchos pobres.
Un hogar sin luz, ni pan, ni abrigo, ni cariño, debe ser un *hogar frío*; así son los hogares de los pobres.
Dinero y cariño eran los *combustibles* que te recomendaba para *prender fuego* en esos pobres corazones helados.
Hay otro *frío* más intenso, *el frío de la soledad*.
¿Sabes ante todo lo que significa estar solo?
Mira; *solo* se puede estar aun en medio de mucha gente.

3326. *Solo* está el niño cuando no tiene a su padre ni a su madre, aunque tenga a su alrededor otros muchos niños. *Solo* está el abuelito de la casa, porque, aunque vive muy acompañado, ya no se cuenta con él.
Solo está aquel pobre amigo tuyo que, porque es más pobre, menos simpático o menos afortunado que los demás, no encuentra nunca una palabra cariñosa, ni un poco de atención. *Sola* está aquella pobre solterona que, porque o no ha encontrado o no ha querido un partido ventajoso, es mirada como ente ridículo y digno de burla. *Solos* están el artista y el sabio que no son comprendidos. Solo está el maestro que no tiene discípulos, y *solo*, más *solo* que nadie, está Jesucristo en el Sagrario.

3327. ¿Sabes ya lo que significa estar solo?
Es no encontrar un corazón a quien dar el cariño que del nuestro sale, es no encontrar unos ojos que lloren o rían cuando nosotros lloremos o riamos, es no encontrar una mano que apriete la nuestra cuando vayamos a caer o cuando nos queramos levantar, es un andar por el mundo amando, sufriendo, riendo, llorando sin que nuestro cariño, ni nuestras lágrimas, ni nuestras sonrisas encuentren eco... ¡Dios mío, qué triste y qué fría debe ser esta soledad del corazón!

¿Y cómo quitarla?

3328. He aquí una obra de celo para ti, alma amante del Corazón Santísimo de Jesús...
Da compañía a los corazones solos. Fíjate en los que te rodean y hallarás no pocos de éstos. ¿Conoces a aquellos huerfanitos que viven junto a tu casa? ¿No podrías con tus caricias y tu interés por ellos, *suplir* el vacío que en sus corazoncillos ha dejado la ausencia de sus padres? Y a aquel criado o dependiente tuyo de carácter huraño y retraído, ¿por qué no te propones modificarlo, inspirándole confianza y haciéndole saber que no te son indiferentes sus penas y alegrías? ¡Quién sabe si *la soledad* en que ha vivido desde niño no le ha formado ese carácter, y, al sentir el contacto de otro corazón, se transforme?

3329. ¿Y por qué no habrías de tener un elogio caluroso para toda obra buena que ves, aunque sea insignificante, un gesto cariñoso para todo amigo con quien hablas y para toda visita que recibes, una pregunta de interés para todo el que te encuentres, un algo, en fin, en tus palabras, en tus miradas, en tus modales, con lo que hagas saber, *sin decírselo*, a los que te rodean, que *siempre pueden contar contigo*?

¡Ejerce a veces una *pequeñez* de éstas tanta influencia en el corazón!

¡Son tantos los corazones que se han sentido resucitar *sólo* por haber encontrado una sonrisa de cariño o una simple mirada de interés!

Un buen compañero para la soledad

3330. Quizá respondas a lo que te llevo dicho: «Es cierto, yo puedo hacer mucho bien dando compañía a los *corazones solos*; pero ¡son tantos y tengo yo tan poca habilidad para hacer agradable mi compañía a tanta clase de corazones!». Llevas razón; y yo, que quiero ser siempre razonable, no te la quito; antes, por eso mismo, quiero darte a conocer un remedio contra toda clase de soledad. ¡Un compañero que nunca cansa, nunca olvida y siempre consuela! Lo conoces, ¿verdad? ¡Es el Solitario del Tabernáculo!

¿Por qué no enseñas a las almas que tú tratas, a *saber acompañarse* con Jesús-Eucaristía?

¡Se entienden tan bien y tan pronto los corazones que sufren una misma pena!

3331. Sí, trabaja con tus consejos y tus ejemplos por poner en contacto a los corazones *fríos* por la soledad, con la hoguera del Corazón de Jesús.

Ten entendido que una de las mayores penas de ese Corazón es el estar siempre ardiendo, y ver que lo dejan consumirse *solo*...

Almas que padecéis abandono y os consumís de pena en la soledad, id a buscar la compañía con que os brinda el Rey solitario del Tabernáculo. ¡El Corazón abandonado de Jesús!

¿No os gustaría ser las *Marías* de esos nuevos y permanentes calvarios...?

III

LOS CESANTES

3332. No es un artículo satírico-burlesco sobre ese tema el que quiero presentar.

Demasiado se han reído ya las gentes del tipo ridículo de sombrero abollado, de chaqueta raída y cara de pajuela que los *payasos literarios* de la *gran prensa* han convenido en dar al *cesante*.

¡Qué crueldad!

No; yo no quiero hablar de los cesantes para eso; sino para calentarles un poco el corazón, que harto frío lo tienen.

¿Qué es un cesante?

3333. Para *la familia* propia es amanecer muchos días sin nada que llevarse a la boca; es aprenderse de memoria el camino de la casa de préstamos, en cuya insaciable arca van cayendo alhajas, trajes, recuerdos de familia... todo lo que puede valer dinero y dar ganancia al prestamista; es oír muchos días esta pregunta de los hijos pequeñitos: «Mamá, ¿hoy tampoco vamos a comer?». Pregunta a la que de ordinario se responde ocultando las lágrimas.

3334. *Estar cesante* para una familia, es tener que sufrir todas las escaseces del mendigo, sin gozar de las ventajas que la compasión y la limosna porporcionan a éste.

Es no comer y no poder bostezar de hambre. Es *empeñarlo* todo menos la corbata y tirilla, que dan decoro. Es un *vivir mal*, guardando las apariencias de que se *vive bien*...

Para los amigos, un cesante no es el amigo caído; de ordinario es algo de que hay que huir.

Para *los grandes*, para los que pueden dar o recomendar cargos, las palabras «soy cesante», equivalen muchas veces primero a un gesto de contrariedad; después a un «no puedo» o un «veremos» más o menos adornado, que casi siempre se interpreta por un «no quiero molestarme».

Para *el mismo cesante*, lo que más entristece su situación es persuadirse al cabo de tantos desdenes, repulsas e invectivas, de esta abrumadora verdad: *«¡soy inútil!»*.

3335. ¿Sabes lo que pesa esta verdad sobre un alma? Para un hombre que tenga corazón, el día más feliz de su vida es aquel en que ha sido *más útil* a los demás; y por lo mismo el día más triste debe ser aquel en que se persuada de que no es útil ni para sus amigos, ni para su familia, ni para nadie. ¡Cesante!, equivale a esto otro: «¡Nadie necesita de mí!».

¡Pobre cesante!

3336. ¿Y qué hacer contigo? helado tu corazón de tanto *frío* como han producido en torno tuyo la ingratitud, la desconfianza, el egoísmo, la miseria... sientes casi hastío de la vida, ¿verdad? Pues espera un poco; voy a procurar un poco de *calor* a tu helado corazoncillo.

Vosotros, los que sois ricos y ricas, los que ejercéis alguna influencia en el mundo, ¿queréis un *buena colocación* para vuestras almas en el cielo? Pues tomad el oficio de *acomodadores* de pobres... por amor de Dios.

Para ello dad vuestra tarjeta, haced una recomendación con interés, o una visita afectuosa... en nombre de los pobres; que vuestro dinero se mueva más, para que podáis emprender obras que ocupen manos; tened menos solicitud por disminuir cargos en las propias dependencias; en una palabra, proporcionad el socorro más práctico y menos bochornoso para el que lo recibe, que es *el del trabajo*.

Pero no os contentéis con esto.

3337. Otro cesante hay también, que tú, amigo del Corazón de Jesucristo, conoces perfectamente; allí lo tienes encerrado en el Sagrario día y noche; muchas personas se han separado de Él; lo han declarado *cesante*.

Pues bien, ese cesante divino quiere que sus amigos le busquen *colocación* allí, en el corazón del niño que no conoce a Dios, enseñándole la doctrina cristiana; en el de aquel joven libertino, consiguiendo que viva como piden los divinos mandamientos, en el de aquel hombre suscrito a la mala prensa, rogándole que no la favorezca con su dinero, porque es enemiga de Dios y de su Iglesia; en el de aquel artesano que profana por costumbre el santo nombre del Señor, advirtiéndole que la blasfemia es pecado de demonios y que trae tras sí castigos enormes...

¡Que no, que no podemos permitir que el Corazón de Jesús quede reducido a la triste condición de *cesante*!...

IV

LOS NIÑOS DESGRACIADOS

3338. Hay dos clases de niños desgraciados:

1.ª *Los niños pobres*.

2ª *Los pobres niños*.

El espectáculo de la miseria siempre es triste; el escuálido cesante, la mujer pordiosera, el viejecito que se arrastra, mejor que anda, de puerta en puerta, todo eso es muy triste.

Pero es mucho más, cuando ese cuadro tiene por protagonista a un niño.

¡Es tan delicada la niñez!

Hay muchos niños pobres

3339. Son tantos, que pueden clasificarse en tres categorías:
1.ª la de los niños *obreros*; 2ª la de los niños *vendedores*, y 3ª la de los niños *colilleros*.

El niño obrero

3340. ¿Cómo vive? Vedlo, muy temprano, cuando vosotros, los que tenéis buena cama, aún reposáis, ya va el niño obrero camino de su taller o de su fábrica.

En el último rincón de los bolsillos de su pantalón o de su chaquetilla va buscando un poco de calor para sus ateridas manos; antes de entrar en el taller, detiénese ante el puesto de los *calentitos*; majestuosamente saca la *perra chica* que su madre le ha podido ahorrar del jornal del día anterior, ¡va a tomar el *desayuno*! Una taza de café de ¡a cinco céntimos!

3341. A bien que el almuerzo será fuerte: un bollo de pan y una *perra* de aceitunas o un *soldado de Pavía*, por postre la punta de un cigarro que dejó olvidada el oficial, y... hasta la noche.

Vedlo tirando de un carrillo de mano o envuelto en la atmósfera infecta del taller, cargando con pesos superiores a sus fuerzas... Y cuando vuelve a su casa, encontrará una luz de aceite, muy triste, iluminando una mesa pobre con un solo plato en el centro, en el

cual fijan sus miradas y sus cucharas cuatro hermanos, como él hambrientos, y un padre cansado y una madre que *hace que come* para que los demás coman más.

¿Que es exagerado el cuadro? Es verdad, que yo conozco muchos de estos niños obreros que pasan todo el día con una taza de mal café y unos cuantos mendrugos en él migados.

¡Qué pobres ¿verdad? son esos niños!

El niño vendedor

3342. Éste ya pasa la vida más alegre; es verdad que come peor que el otro; pero en cambio goza de más independencia, ¡y la independencia es tan grata!... Su trabajo no tiene hora fija, ni lugar fijo; lleva siempre *las herramientas* consigo; mientras haya en el mundo un papel que vender y una lengua expedita para pregonar, no se quedará él sin comer.

Y luego goza de otra ventaja: el niño vendedor tiene muy buenas relaciones y es muy ilustrado. Trata con familiaridad y a él lo tratan, todos los *señoritos* del casino, conoce con todos sus detalles y pormenores el crimen del *día*, el escándalo del día, a los toreros más afamados, a los actores más célebres, a los picadores más afortunados, a los políticos más diestros... a las mujeres más *distinguidas*... ¡Son muchas las relaciones y los conocimientos que estos niños tienen! ¡Claro, como que son los conductores o heraldos de la ilustración que por una *perra chica* dan los periódicos!

3343. La indumentaria es muy variada: lo mismo los veréis descalzos de pie y pierna, que con unos encharolados zapatos con averías, regalo de uno de sus parroquianos; es muy frecuente verlos con la *chistera* pasada de moda y arrojada a la basura, y unos pantalones con franja, de algún héroe de la patria, retirado... Diríase que su cabeza, sus hombros y su cuerpo sirven de percha en donde se cuelga todo lo que no va a servir más.

Sí; son muy independientes, muy ilustrados, muy elegantes los niños vendedores; pero ¿verdad que son muy pobres?

El niño colillero

3344. No hay tipo más conocido, ni más desconocido.

Me explicaré.

Es conocido, porque en todas partes y a todas horas se le ve; sus rasgos no le dejan confundirse con otro alguno; la *latilla* enhiesta, los perniles del pantalón, doblados, sin duda para que se vean mejor sus tiznados pies descalzos, los tufos a la cara, la colilla *pendiente de solución* detrás de la oreja, la voz ronca y la saliva por el colmillo.

¿Lo conocéis?

¡Un colillero!

Y es desconocido, porque fuera del tipo, todo en él es desconocido.

Lo que come, en dónde vive, su familia, sus *rentas*, su nacimiento, su nombre, su patria... todo.

-Niño -preguntaba yo el otro día a uno de ellos-. ¿Quién es tu padre?

-Mi padre *ahora* es uno que se llama el tío Cañete.

-*¿Ahora?* ¡Cómo! ¿Tú tenías antes otro padre?

-Sí, señor... (La explicación os la ahorro por *cruda*).

3345. De modo que es lo que yo digo; ¡vaya usted a averiguar quién es un *colillero*!.

Lectores amigos, aunque os vaya presentando estos tipos de niños pobres, casi en broma ¿no es verdad que en el fondo hay algo serio, muy serio, que no produce risa, sino llanto?

¡Qué! ¿Conocéis en este valle de lágrimas, que se llama mundo, algo más triste que el niño *obrero, vendedor o colillero*?

Pues sí, hay algo más triste que los niños pobres, y son

Los pobres niños

3346. No se trata de un juegos de frases.

No, desgraciadamente hablo de una muy seria realidad.

Hay una clase de niños más desgraciados que esos niños sin pan, sin ropa, sin hogar y hasta sin padres; son *los niños sin Dios*.

Es decir, los *niños laicos*.

Sí; aunque a vuestro corazón honrado cause extrañeza y horror, debo deciros que hay hombres e instituciones que no tienen otra ocupación que ésa: *quitar a Dios a los niños*.

Eso es lo que se ha dado en llamar *enseñanza laica*.

Y yo quiero, puesto que una triste y repetida experiencia me lo ha dado a conocer, enseñaros toda la desgracia de esos *pobres niños*.

Lo que sabe

3347. El niño de la escuela laica *sabe* muchas cosas.

En las demás escuelas conténtanse los maestros con que los niños sepan un poco de Doctrina, cuentas, lectura, escritura y demás rudimentos compatibles con su tierna inteligencia.

Pues bien, el niño de la escuela laica, a más de todo eso, menos Doctrina, sabe mucho más: sabe *odiar*, *reírse y maldecir*.

¡Triste saber en verdad!

¿Dios, la religión, el sacerdote, la autoridad, la patria, el patrono?...

¡Vaya si *sabe* bien el odio que debe tener a todo eso!

¿El cielo que premia a los buenos y el infierno para castigar a los malos?

El *sabe* reírse muy bien de todo eso.

¡Es mucho lo que sabe el *niño laico*!

Ahora, que es mucho más

Lo que no sabe

3348. No sabe lo que es la virtud, y, por consiguiente, no sabe lo que es la *pureza*, que hace de los niños ángeles. No sabe lo que es la *paciencia*, que hace al hombre superior al dolor. No sabe lo que es la *abnegación*, que es la que forma los corazones de los héroes. No sabe lo que es un Cristo crucificado, ni una Virgen de los Dolores, ni un alma que se

sacrifica en silencio, ni lo que hay que hacer cuando el sufrimiento amarga la vida, o cuando los honores amenazan cegar la vista de los encumbrados...

¡Pobrecillo! No sabe lo que dicen las lágrimas de la Virgen de los Dolores a los niños que no tienen madre, ni lo que dicen los brazos abiertos de Cristo crucificado a todas las almas que padecen dolores o abandonos...

3349. ¿Qué es lo que enseñan, por fin, al niño en la escuela laica?

Le enseñan a decir que *no* a todo lo que hasta ahora el sentido común, el sentimiento, la razón, la fe, Dios mismo, han dicho que *sí*.

¡Desgraciado!

El niño que no tiene pan puede pedirlo de puerta en puerta y encontrarlo; el que no tiene hogar puede encontrar un asilo... pero el que no tiene a Dios, ¿qué hará? ¿Con qué lo va a suplir? ¿Con un *no*? Es decir, ¡con el *vacío*! ¡Pobre inteligencia, pobre corazón, pobres ojos perpetuamente condenados a mirar y a amar el *vacío!*

¡Pobre niño laico, mil veces pobre! ¡Y son tantos ya! ¡Claro! ¡Dicen que la escuela del porvenir, que el ideal del progreso, es la escuela laica y el hombre laico!

¿Sí? Pues ¡malhaya el progreso que hace al niño de hoy y al hombre de mañana tan desgraciado!

El remedio

3350. ¿No sería un gran remedio para acabar con todos *los niños pobres* y todos *los pobres niños*, establecer en cada pueblo una escuela muy grande, presidida por un Crucifijo muy grande también, y acompañada de una *cocina* no menos grande?

En la escuela se llenarían de *verdad* sus inteligencias, en el Crucifijo se llenarían de *amor* sus corazones, y en la cocina se llenarían de *comida* sus estómagos.

Y vamos a ver: una inteligencia llena de Dios, que es la verdad, y un corazón lleno de amor puro y un estómago satisfecho, ¿no hacen a un niño feliz?

3351. ¡Dios mío! ¡Si yo tuviera dinero como deseos, cómo se acabarían todos *los niños pobres y los pobres niños* del pueblo en que me habéis colocado!

¡Dios mío, y son tantos los niños y es tan poco mi dinero!...

UN SERMÓN SIN PAÑO

De novios, novias y otros excesos

3352. Auditorio: Las señoras de Huelva y todas las señoras que se quieran aplicar el cuento, que diga, el sermón.

Texto: *Si alguno no tiene cuidado de los suyos, especialmente de sus domésticos, negó la fe y es peor que un infiel.*

Palabras de san Pablo, que vienen al asunto como anillo al dedo.

Exordio: Muy estimadas señoras mías: Si al diablo le es dado de vez en cuando meterse a predicador, según reza un antiguo adagio, no os ha de extrañar que yo, que, salva sea la

inmodestia, me tengo por de mejor condición que el diablo, me meta a predicador, siquiera sea sin paño y una sola vez al año *por la cuaresma*.

3353. Quiero hablaros de un asunto que toca muy de cerca a vuestra alma, a vuestro decoro y a vuestros intereses.

Y como sé que tanto el alma como el decoro y los intereses son cosas que todas apreciáis, no tengo necesidad de detenerme en implorar vuestra benévola atención y vuestra nunca desmentida indulgencia.

Y como también sé que sois un si es no es curiosas, al decir malas lenguas, no quiero atormentar vuestra curiosidad alargando este exordio sin descubriros el asunto que tan preocupado me tiene y tantos peligros os trae.

Por cuya razón, pedidos los divinos auxilios, que me son necesarios para decir unas cuantas verdades muy gordas y quizá amargas, sin que os piquéis conmigo ni yo meta la pata (o el pie), siento mi tesis.

Dicha sin paliativos ni retóricas, puede enunciarse así:

«La señora católica que no tiene cuidado con sus criadas cuando hablan con sus novios pone en peligro su alma, su decoro y sus intereses».

Narración

3354. Estos son los hechos que motivan mi sermón.

Existe en muchas casas de Huelva, yo no sé desde qué tiempo, la costumbre, corruptela, vicio o lo que sea, de hablar las criadas con sus novios en uno de los rincones del zaguán o portal, con una de las puertas exteriores entornada, sin más luz que la escasa y medrosa que da la farola de la calle, y completamente solos.

Ésa es la práctica en uso. ¿Las consecuencias?

Cualquiera las puede colegir, y más que nadie los párrocos, los médicos y los centros creados por la caridad pública o privada para recoger los despojos y las víctimas del crimen...

La naturaleza de los hechos no permite más explicación ni pormenores.

Confirmación

3355. Una pregunta de la doctrina: ¿Cómo deben portarse los amos con los criados? -Como con hijos de Dios.

Y pregunto yo: Dejar a una criada joven, quizá inocente y sin experiencia del mundo y sus engaños, a solas con un desconocido, y esto no por un momento, sino por muchas noches, ¿es portarse con ella como con una hija de Dios, o como con una hija de una burra?

Otras preguntas: ¿Seríais tan rumbosas que dejarais en la puerta de vuestra casa la caja de vuestro dinero abierta de par en par sin que nadie la vigilara? ¿Y vale menos que vuestro dinero el pudor de esa muchacha que os sirve?

Cuando los árboles de vuestras posesiones dan frutos, ¿no pagáis guardas que defiendan de las manos codiciosas vuestras manzanas, uvas y peras? ¿Y vale menos que vuestras frutas el pudor de vuestras criadas?

3356. Y no vale que digáis que son mayorcitas y que deben saber lo que les conviene, porque, aparte de que eso no lo aplicáis a vuestras hijas, sabéis de sobra que «entre santa y santo pared de cal y canto», y que en ciertas cosas «el que más huye es el más valiente», y que «*a segura* lo llevaron preso», y que «quien quita la ocasión quita el peligro».

Ni vale tampoco que os excuséis con que si no la dejáis hablar así con el *primo*, perdéis la criada que entró con la condición del novio en la escalera. Porque a eso os digo yo que si la muchacha se empeña en no tener sus relaciones como Dios manda, bien poca cosa perdéis si os deja. Y que, gracias a Dios, no faltan muchachas decentes que os agradecerán el cuidado que por ellas toméis.

3357. Y tened presentes estas reglitas de moral, que vuestro ilustrado criterio y sobrada discreción se encargarán, de aplicar y explicar:

1.ª Coopera al pecado, y por consiguiente peca, no sólo el que ayuda a cometerlo, sino el que *pudiendo y debiendo evitarlo*, no lo evita.

2.ª El fiel que no tiene cuidado de los de su casa negó la fe y es peor que un infiel (san Pablo).

De modo que tendrá que ver que después de haber oído vuestra Misa entera todos los domingos y fiestas de guardar, de haber confesado por la cuaresma más o menos contritamente y de haber cumplido más o menos bien otros mandamientos, os diga el señor san Pedro, el de las puertas del cielo, con toda la seriedad que le caracteriza, que por allí no se pasa, porque hay en vuestro *libro corriente* una partida de escaleras y zaguanes oscuros sin saldar. ¡Vaya, que será un chasco pesado eso de pagar culpas ajenas!

3358. Otro daño, y no pequeño, que con ese abandono os acarreáis.

Y es el sambenito que os colgáis con esos cuadros de *ánimas* (y no benditas) en vuestros portales.

Yo de mí sé deciros que cuando paso por una puerta y veo el espectáculo descrito, ¡la verdad!, no me vienen ganas de indignarme contra los desgraciados *tórtolos*, y sí tengo que apretar los labios y violentar mi lengua para no decir con toda la fuerza de mi corazón indignado: *¡Valiente señora!* Y si conozco a la que allí vive y sé que es de las que frecuentan la iglesia, entonces me indigno más, y tengo que apretar más los labios para no soltar a gritos una barbaridad a la *devota* habitante de aquella casa.

Otro aspecto

3359. Y ¿no creéis que esa doméstica en comunicación tenebrosa con ese desconocido, a quien no será difícil el soborno, no es un peligro para la seguridad de vuestra casa, para la educación de vuestros hijos, para la guarda de vuestras interioridades?

¿No os han enseñado nada de eso las reseñas que de robos, escalos y otros desórdenes parecidos traen casi a diario los periódicos, en los cuales el protagonista es el desconocido de la puerta y la cómplice e introductora la criada, novia del desconocido?

¡Cuánto mejor sería para vuestra alma, vuestro nombre y vuestros intereses, el que se quitaran de vuestros portales esos escándalos y hablaran vuestras criadas en presencia y a la vista de la de más confianza y edad de la casa, como hacían nuestros padres, o al ladito

de sus *mamás*, como también se hace, o a vuestra vista, si no hay otro remedio! ¡Todo menos la escalera o el portal a solas!

Epílogo

3360. Estimadas señoras: Perdonadme el *rapapolvos* que os he echado, en gracia siquiera a mi buena intención. Portaos con vuestras criadas como con hijas de Dios, y por cierto las más necesitadas de cariño y protección, edificadlas con vuestros ejemplos, amparadlas con vuestro afecto, defendedlas y vigiladlas como vigilan y defienden las madres, y yo os aseguro que entre otras cosas buenas conseguiréis dar un gran paso para que el señor san Pedro, con la cara más alegre que unas Pascuas os abra de par en par las puertas del cielo, que de todo corazón para vosotras como par mí deseo. Amén.

DOS FRASES MUY TRISTES

3361. Son dos frases que revelan una gran desgracia, la mayor, sin duda alguna, que puede sobrevenir a la sociedad. Las hemos oído (y por eso son más tristes) de labios de dos pobres muchachas; y las ponemos aquí para decir a las mujeres católicas: *ahí llaman.*

-Padre, (me decía llorando el otro día una pobre joven abandonada de ¡su madre!), padre, ¡hasta las madres se van poniendo malas!

Dios mío, me decía yo, ¿puede mandar tu justicia un castigo mayor que una sociedad con *madres malas*?.

3362. ¿Cuál es el favor más grande que el Señor ha concedido a cada una de vosotras en este año que ha pasado? (preguntaba el otro día a las jóvenes obreras de nuestros Patronatos dominicales).

-El que *mi madre*, me respondió entre otras una con expresión de triunfo, *me deje ya ir a la iglesia*...

¿No es verdad que dan ganas de llorar al oír esas palabras?

¡Dios mío, Dios mío, que no se *hagan malas* las madres!

Señoras que amáis a Dios, ¡por Él, por su amor, trabajad sin descanso por la preservación de las madres!

CATÓLICOS DE JUEVES SANTO

3363. ¿Qué quiere usted decir con eso, amigo?

-Lo vas a ver.

¿Has visto el aspecto que presentan nuestros templos el Jueves Santo?

¡Cuánta concurrencia! ¡Cuántos caballeros y cuántas damas! ¡Cualquiera adivinaría que estábamos en tiempos de indiferentismo religioso!

La verdad es que hay motivo para entusiasmarse viendo los templos tan llenos.

Pero, dime: esos caballeros y esas damas y ese pueblo que llenan el templo el Jueves y Viernes Santos y se descubren al paso de las cofradías, ¿en dónde se meten el resto del año?

Porque lo que es en Misa los días festivos no se les ve. Comprando o suscribiéndose al periódico católico, tampoco. Entre los electores católicos, tampoco. Entre los amos u operarios que respetan el día de fiesta, tampoco; en la lista de los que toman la bula, tampoco; entre los que sostienen el culto y las obras sociales católicas, tampoco; es decir, que fuera del Jueves y Viernes Santos, esos individuos tienen de católico lo que yo de chino.

3364. Y es lo que yo digo: Si esa buena gente se pusiera a pensar un poquito en esas cosas del alma, de Dios y de la eternidad, quizá dirían: O el Cristo del Jueves Santo lleva razón o no. Si no la lleva, somos unos necios con ir a la iglesia. Pero si la lleva, entonces lo mismo tendrá razón el Jueves Santo que todos los días del año, y, por consiguiente, somos unos... faltos de razón, si no nos acordamos de Cristo más que el Jueves Santo.

Y por si a ellos no se les ocurre pensar así, y esta paginilla llega a sus manos, después de advertirles lo expuesto, les digo: Católicos de Jueves Santo, ¿no os tendría más cuenta ser católicos de todo el año?...

¿Nosotras también...?

LECCIONES BARATAS DE ACCIÓN SOCIAL FEMENINA

I

Cartas a unas cuantas y a otras muchas

Reparos

3365. Muy estimadas amigas mías en Cristo Jesús; Su yo fuera otra clase de *otro*, comenzaría esta primera carta a vosotras echándoos mil flores de galanterías y retóricas que aquí no sentarían mal y a algunas quizá no disgustarían.

Pero, ¡qué diantre!, el pobre del *otro* no está firme en esas finezas, y prefiere suponer vuestra buena voluntad y entrarse por derecho en la cuestión.

Me perdonáis, ¿verdad?

Después de todo, no otra cosa hacéis vosotras conmigo cuando así, a quemarropa y sin preámbulos, al solo anuncio de que me iba a ocupar en fomentar la acción social católica de las señoras, os habéis levantado contra mí y con aire de abadesas en capítulo unas, de diputados de oposición otras, de extrañeza o duda no pocas, habéis proferido con distintos tonos esta exclamación: Y eso, ¿puede ser? Y si puede, ¿está bonito que las señoras se metan ahora a crear centros obreros, cajas de ahorro, cooperativas, bolsas de trabajo y todas esas obras a que se dedica la Acción Social Católica?

Nada, la mujer cristiana no tiene más que dos lugares: el hogar y la iglesia.

Y luego dirán que si el *feminismo*...

Poco a poco

3366. No os alborotéis, mis estimadas *unas cuantas*, que los hombres, y las mujeres también, hablando se entienden.

No os negaré yo que la acción, y mucho más si es social, parece que corresponde más al hombre que a la mujer. La acción exige fuerzas, resistencia, cálculo, espíritu luchador..., y de todo esto parece que participa menos la mujer que el hombre. Pero es que además exige abnegación, amor, ingenio y flexibilidad de carácter, y en esto no me negaréis que de ordinario nos lleváis una ventaja de un setenta y cinco por ciento, por lo menos.

Luego...

3367. Si queremos que el Corazón de Cristo vuelva a ser el *corazón del pueblo,* si queremos que todas *las cosas se restauren en el amor de ese mismo Corazón*, si queremos poner un remedio a tanto escándalo público, a tanto mal espiritual, moral y material como aflige a la sociedad presente, es preciso, es urgente que los que nos preciamos de amar todavía un poco a ese Jesús tan perseguido, y a ese pueblo tan desgraciado (siempre la desgracia de éste ha seguido a la persecución de Aquél), es preciso, repito, que pongamos al servicio de aquella gran causa todo lo que tengamos. Los hombres, su fuerza, su resistencia, su cálculo, su espíritu luchador. Las mujeres, su abnegación, su amor, su ingenio, su flexibilidad de carácter. Y así, con la acción combinada de unos y otros elementos, si la victoria no es nuestra, poco le faltará. La Acción Católica ha de ser de todos, de ellos y de ellas.

3368. Porque, decidme: ¿no es triste ver a tanta señorita lánguida, encristalada, sin otra ocupación que el piano, la tertulia y el espejo, consumirse en un aburrimiento enervante y desolador?

¡Pues qué! ¿Dios no ha dado a esas criaturas las manos más que para tocar el piano y atusarse el cabello, y la lengua más que para *chismear* más o menos elegantemente, y los ojos más que para pasarlos por las hojas de la novela pasional o la revista de moda?

¿No les ha dado un corazón con capacidad para amar y sacrificarse, y una inteligencia y un alma capaces de conocer la verdad, enamorarse de ella y enamorar de ella a otras almas?

¿No es triste ver ese ejército, verdadero ejército, de *aburridas*?

¿Qué cosa de provecho hacen si no, qué utilidad dan a la sociedad muchas de las jóvenes (y no jóvenes también) de nuestras clases media y alta?

No hablo de las hijas de los pobres, que esas bien trabajan y bien dan jugo con sus trabajos, muchas veces improporcionados y poco retribuidos.

3369. Decidme, una vez pasada la época escolar, ¿en qué obra de provecho doméstico o social se ocupan nuestras *señoritas?*

¿Ocupación? Quizá exagere en ponerle ésta: arreglarse, murmurar y *esperar* a ver quién pasa o quién *llega*.

¡Qué horror, lo que has dicho, desconsiderado *otro!* ¡Qué poco galante estás!

Y lo que es peor, que muchas de ésas creen en Dios, van a Misa con sus devocionarios elegantes, pertenecen a tal o cual congregación, y se tienen hasta por devotas.
Devoción, sin abnegación, ¡qué absurdo!

3370. Yo me figuro, a mi modo, el juicio final, y cuando llega el turno al gremio de las *inútiles* y *aburridas* las veo rodeadas de sus ángeles custodios, con la cara triste y las alas caídas y diciendo: Señor, no han servido para nada en el mundo. Y paréceme oír la sentencia que contra ellas se fulmina: ¡Al *zaquizamí* del infierno!, es decir, a donde van las cosas que no sirven. ¡Hasta para leña del infierno serán inútiles estas almas!
En cambio las otras, las que con su trabajo constante por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos no han dejado penetrar el aburrimiento, ¡oh, qué gloria tan hermosa recibirán y qué rastro tan luminoso dejarán a su paso por el mundo!

3371. Y cuenta que no son pocas, a Dios gracias, las que militan en las filas de ese *feminismo aceptable*: las que por medio de la propaganda de la buena prensa, de los catecimos, de las de escuelas nocturnas y dominicales, de las conferencias de san Vicente, de instituciones en favor de las sirvientes, modistas, huérfanas, jóvenes en peligro, etc. etc., ocupan un puesto muy distinguido en el campo de la Acción Social Católica.
¿Y no es extraordinariamente bello y simpático ver ese ejército *de la debilidad* desplegado en guerrillas y con un tesón, un ingenio que sólo puede inspirar la caridad, y sobre todo, con una abnegación que a los hombres más esforzados haría temblar, sostener esas *menudas batallas* contra el vicio y el error, que tanta eficacia han de ejercer en el éxito de la *gran batalla* entablada hoy entre los que quieren la Cruz y los que la odian?

Un propósito

3372. Se ha dicho muchas veces que la mujer cristiana no tiene más que dos lugares: el hogar y la iglesia.
Está muy bien, y ojalá que nunca se olvidara.
Pero *en el camino* entre el hogar y la iglesia hay mucha gente que ni tiene hogar, ni quiere a la iglesia, y digo yo: ¿No podría la mujer católica, *de paso* para la iglesia, dar medios con que crear ese hogar y enseñar a amar a esa Iglesia?
No se trata de apartar a la mujer de sus lugares tradicionales y santos, sino sólo de darle ocupación en *el camino* que ha de recorrer para ir de uno a otra.
¿Me explico?

3373. Pues bien, mis estimadas *unas cuantas*, vosotras que gracias a Dios tenéis casas y vais a la iglesia, ¿no podríais llevaros en vuestro bolso un poco de dinero, en vuestras manos un rollo de buenas lecturas, en vuestros labios una sonrisa de agrado y en vuestros corazones un gran depósito de paciencia y caridad, para írselo repartiendo a los niños, a las jóvenes, a los pobrecillos, a todos los necesitados que os vayáis encontrando?
Y ya lo veréis, sólo con esa siembra, con perseverancia y con fe repetida, no pasará mucho tiempo sin que vuestros socorridos os acompañen al templo a dar al Corazón de Jesús gracias por lo que han encontrado: Fe, esperanza y caridad que, al darles el *pan y la casa* para sus almas, les han enseñado a ganar *el pan y la casa* para sus cuerpos.
¿Os gusta el plan? ¿Proponéis cumplirlo?

Pues adelante, y no os faltarán ni la gracia de Dios ni los consejos y alientos que en sus *cortas luces* os puede dar

EL OTRO

II

APROVECHAMIENTO DE LAS LENGUAS FEMENINAS

3374. Cuando publiqué el artículo precedente recibí algunas cartas de señoritas y señoras piadosas, alentándome a seguir apretando en lo de la Acción Social femenina.

Y debo advertiros que casi todas las cartas que he recibido apuntan y fijan la necesidad de enseñar mucho la Doctrina cristiana, las ventajas que la mujer puede llevar al hombre en esa enseñanza, y que sin esa base es perdido todo cuanto se haga.

Y en esto llevan muchísima razón mis amables colaboradoras, porque si las cajas de crédito popular, los centros obreros, las cooperativas y demás obras sociales no empiezan o terminan ahí, en que se *aprenda* y se *practique* el catecismo por los beneficiados de esas obras, os digo que no merece la pena que se muevan tantos sacerdotes y seglares, tantas señoras y tantos caballeros, se hable tanto y tanto se escriba, para que después de todo, sólo se consiga arreglar un poco los bolsillos y los estómagos, y se dejen las conciencias sin subir un dedo sobre su nivel ordinario.

3375. Eso, repito, no puede ser, y si fuera, la acción que con eso se contentara sería todo lo *filantrópica* que se quiera, pero no sería *católica*.

Hay que *propinar mucho catecismo* escrito, hablado, aconsejado, practicado, en dosis grandes o pequeñas, con oportunidad o con la *santa inoportunidad* de san Pablo.

¿Y quién sirve más para enseñarlo, el hombre o la mujer? No será el hijo de mi madre quien defina esa gran cuestión.

Para mi objeto, basta sentar esta gran verdad: las señoras que *saben y practican* el catecismo tienen gran habilidad y medios para enseñarlo a los demás.

Pero tengo tantas ocupaciones...

3376. ¿Y por eso te crees excusada de enseñar el catecismo?

Pues verás lo que a eso responden dos buenas comunicantes.

Dice una: **Diez minutos de catecismo.**

...«Como lo que más falta hace en las actuales circunstancias es la instrucción religiosa en todas las clases de la sociedad, sobre todo en la obrera, daría hermosos resultados el establecimiento de una asociación en la que, sin salir de casa las que formaran parte de ella, pudieran enseñar la doctrina. Es decir, que cada señora se comprometiera a dar lección de catecismo a sus domésticas todos los días durante *diez minutos*. Bien poco tiempo es, pero siendo constantes en esta práctica, muy pronto quedarían bien instruidas las que adoctrinaran. ¿De qué sirven las escuelas dominicales (excelentes por cierto) para las que no quieren asistir a ellas?

La asociación podría tener por patronos a la sagrada Familia, y todas las señoras, por ocupadas que estuvieran, podrían pertenecer a ella, realizando un apostolado hermosísimo sin salir de su casa ni abandonar ninguna de sus obligaciones».

3377. Y digo yo: ¿Qué señora no tiene la lengua al día disponible siquiera diez minutos para el catecismo?

¡Pierden tantos *diez minutos* las lenguas femeninas y... las masculinas!

Otra dice así, o mejor, hace así:

Niño o niña que pase por su puerta, pobre o *pobra* que le pida limosna, criado o criada que vaya a darle alguna razón, obrero o planchadora o lavandera que le preste algún servicio, todo, en una palabra, el que pase junto a ella tiene que tomar su *dosis de catecismo* más o menos diluido.

3378. Y confirma su conducta con **un ejemplo notable**
de una mujer *republicana*; pero aquella sí que era una mujer *consecuente*.

No desperdiciaba ocasión para hacer propaganda de sus ideas.

¿Ponían una multa a la vecina por haber arrojado aguas sucias a la calle? Al punto estaba la consecuente republicana *consolando* a la pobre víctima y declamando en medio de un corro de *diputados de oposición*.

«¿Sabéis por qué pasan estas cosas? Porque ni nuestros *maríos*, ni nosotras tenemos vergüenza, que si la tuviéramos, ya hubiéramos mandado al gobierno a donde se merece y tendríamos la *república*... ¡Entonces sí, entonces sí que tendremos libertad *pá tirar agua y tó* lo que se nos antoje...!».

¿Mandaban mudar a un inquilino poco *pagano*? ¿Se moría la suegra de la vecina? ¿Les entraban viruelas a los niños del barrio? ¿Dejaban cesante al farolero de la calle? ¿Le salían sabañones al zapatero de la esquina? Pues de todo eso, y de mucho más, tenía la culpa el gobierno, y el único remedio era... la república...

3379. Eso sí que es tener *celo*... republicano, y eso se llama ser consecuente.

Pues bien, arguye nuestra propagandista, ¿por qué no hemos de trabajar en favor del gobierno de nuestro Dios en el mundo, que es a lo que tiende el catecismo, con el mismo interés y atrevimiento que esa republicana por su república?

Y lleva razón que le sobra.

De modo que, si tanta señorita y tanta señora y tanta mujer de la clase que sea, que va a la iglesia, se propusieran en serio gastar un poco de la saliva que gastan en conversaciones, quizá hueras, en *propinar dosis de catecismo* a todo el que se echaran a la cara, yo os digo que nuestro pueblo volvería a ser el *pueblo teólogo* de antaño y dejaría de ser ese pueblo ignorante, supersticioso y *tanguero* que sufrimos y lamentamos.

3380. ¿No se ha dicho muchas veces que la mujer es temible por la lengua?

Pues bien, señoritas católicas, hacedle al demonio, padre de toda ignorancia y de todo atraso, cierto ese dicho, y que tiemble y tema a las lenguas de las señoras cristianas; que ¡harto se regocija con la ocupación de otras muchas lenguas femeninas...!

III

¡SI QUISIERAN ELLAS...!

3381. Me escribían de un pueblo tres señoritas lo que con estilo algo variado vais a ver:

«Aunque en punto a pluma no sabemos más que escribir cartas a los novios y novias ausentes, por ruego y encargo de los paisanos y paisanas presentes, que nos confían esa delicada misión, los dedos se nos hacen huéspedes si no le ponemos dos letritas.

¡A contar tocan para la gloria de Dios! Pues a contar vamos también nosotras, para la gloria suya y buen ejemplo de nuestros prójimos, algo que, aunque muy chico y muy insignificante, quizá merezca conocerse por lo original.

Pues, señor...

3382. Y no crea usted que va de cuento. Estábamos un día reunidas tres amigas, *beatitas* las tres, *jamonas y solteronas impenitentes* dos, y frisando en los diez y ocho la tercera. Estábamos reunidas, decíamos, y como padres de la Iglesia disertábamos sobre los males presente lamentando la poca gente que iba al templo, la frecuencia con que se repetían escándalos indignos de un pueblo cristiano, la libertad y desenvoltura de las jóvenes, la afición desmedida a la taberna de los hombres y de los muchachos, en fin, que aquello era una verdadera *lamentación de Jeremías profeta* sobre los males de nuestro pueblo.

En esta faena nos encontrábamos, cuando quiso nuestra buena suerte, o mejor, Dios, que es el que la da, que llegara el cartero con un paquete de impresos para la más *jamona* de las dos, que, como *beata* de abolengo, tiene nombre conocido y acreditado en todos los centros de propaganda.

¡EL GRANITO DE ARENA!

3383. Exactamente las tres, abriendo el paquete: ¿Será un anuncio de alguna casa constructora? ¡EL GRANITO DE ARENA! Y picadas por esa curiosidad, que dicen que es femenina, nos pusimos a escuchar dos lo que la otra por encima iba leyendo.

«Acción social femenina, carta de *una*. Nuestras *chifladas* -confiteras, modistas, fotógrafas...- por amor de Dios. Escuelas de adultos, propaganda por señoritas, etc., etc».

-¡Calla, calla! ¿Pues no parece que Dios mismo está respondiendo a nuestros lamentos? Y leímos y requeteleímos aquellos papelitos que, con el modesto nombre del EL GRANITO DE ARENA, habían llegado, y cuando acabamos de ver tantas buenas obras hechas por señoritas, como educación de obreras, propaganda de buenas lecturas, misiones en barrios sin iglesia y sin escuelas, trabajos ingeniosísimos para crear y sostener escuelas y demás obras, que ellas llaman *chifladuras*, lo mismo que si nos hubieran dicho el *toma y lee* de san Agustín, nos sentimos convertidas y transformadas en otras *chifladas*, dispuestas a no reunirnos más para llorar, sino para trabajar con alma, vida y corazón en la salvación de nuestro pueblo.

Tres, eran tres

3384. Usted -dijimos a la más *rancia*- va a ser nuestra cabeza, y nosotras dos haremos de pies, de mano y de lengua.

-¡Falta un cosa!, observó la presidenta. Como hemos leído en EL GRANITO DE ARENA, lo que principalmente se necesita es mucho corazón, ¿quién va a *hacer de corazón*?

-Eso ya está decidido, respondió al punto la de los diez y ocho abriles, que, como hija del secretario del ayuntamiento, está muy ducha en buscar salidas oportunas. Eso se resuelve haciendo nuestro el Corazón de Jesús, y ¿qué más corazón hace falta?

¡Aprobado por unanimidad!

Después de varias consultas con quienes podíamos y debíamos consultar, y de mirar bien por dónde podíamos empezar a *clavar el diente*, formamos nuestro programa, ¡así, nuestro programa!, de acción, con la *mar* de números.

La primera obra

3385. Lo que urgía, y desde luego lo más fácil, o mejor, menos difícil para nosotras, era reunir a las muchachas, a las jóvenes casaderas, y meterles en la cabeza y en el corazón ideas y sentimientos cristianos, educarlas, en una palabra. ¡Reunirlas!¿Y en dónde? ¡Si nuestras casas apenas tienen capacidad para nuestras familias! ¡No importa!

Se nos ocurrió un local muy *primitivo:* ¡el campo!

Es el local más espacioso, ventilado y barato que hemos encontrado, o mejor dicho, el único que hemos podido encontrar.

3386. ¿Cómo damos la clase?

Pues verá usted nuestra *estrategia:* Hemos dividido el pueblo en cuatro CASCOS, que corresponden a las cuatro salidas principales que tiene al campo. Por las tardes en el verano, y al mediodía en el invierno, una vez por semana, pasamos por cada una de esas principales *desembocaduras* y vamos recogiendo a toda muchacha peinada o sin peinar, hecho jirones el vestido o con el traje de fiesta, como quiera que esté. Y formando con ellas un numeroso grupo, llegamos a las afueras, y bien sobre los montones de piedra de la carretera, o sobre los muros de alguna casa arruinada, o sencillamente sobre el santo suelo, ponemos cátedra de religión, urbanidad, lectura, cuentas, corte, y de todas las asignaturas que forman el *bachillerato femenino*.

Y condimentando nuestras explicaciones con cuatro cuentecillos, los regalillos que la *caja* de la *junta* permita y, sobre todo, con una cristiana y sencilla amabilidad, pasamos un rato tan agradable y tan del gusto de nuestras improvisadas discípulas, que siempre la despedida es un sentido *¡que vuelvan ustedes pronto!*

3387. Y como el trato engendra cariño, el trato con estas muchachas nos da un prestigio y una celebridad en todos los arrabales del pueblo, que apenas nos ven venir los chiquillos, entran gritando en sus casas y dando la voz de alerta: «¡ya vienen las *hermanas*!» (así nos llaman...), y esas mismas voces nos sirven de campana anunciadora.

Una hijuela

3388. Así merece llamarse otra obra realizada por esta *junta* por haber nacido espontáneamente de la que ya hemos descrito.

El mutuo conocimiento y creciente cariño de discípulas y maestras (llamémonos así) han producido en ellas mayor deseo de vernos y tratarnos, y en nosotras ganas más vivas de hacerles bien. Y de estos dos deseos, bendecidos y fecundados por el Sagrado Corazón de Jesús, han nacido unas cuantas obras de verdadera Acción Social Católica.

La que primero ha brotado es la que nosotras hemos bautizado con el nombre de *cenáculo.*

Consiste ésta en ir entresacando de entre las *catecúmenas* las más asiduas, formales, bien inclinadas y más encariñadas con nosotras, y citarlas una a una, o por parejas, a nuestras casas. Y allí, dándoles tratamiento de amigas, las vamos introduciendo en la piedad y en la *chifladura* por el *Amo*, como dicen los de Huelva.

3389. Con la *chifladura* y los fervores de la piedad les entra un celo tan activo y tan apostólico, que cuando nos venimos a dar cuenta, ellas hacen más propaganda que nosotras y levantan *caza* nueva en sus barrios, y sostienen maravillosamente el espíritu entre sus compañeras.

A este grupo de *apóstolas* en preparación llamamos el *cenáculo*, en memoria de aquel otro en que los apóstoles se preparaban para recibir el Espíritu Santo y ponerse en condiciones de *chiflarse y chiflar* al mundo por Jesucristo.

Agencia de colocaciones

3390. Las obras de celo y de caridad son como las cerezas, y perdónesenos la comparación, que nunca vienen solas.

A más de las necesidades morales de nuestras *arrabaleras*, que procuramos remediar con nuestras instrucciones y frecuentes visitas, pesan sobre ellas otras que no con menor urgencia reclaman nuestra atención. Y entre todas, la más funesta es la falta de trabajo estable, causa de muchas hambres y de no pocos peligros.

¡Qué triste es verlas ir a las ciudad solas, sin experiencia y sin consejo, a colocarse de sirvientas! ¿En dónde? En donde les salga y les den dos o tres duros mensuales con que poder ir medio vistiéndose y guardando algo para su *ajuar*! ¡Qué triste, sobre todo, es verlas volver,las que vuelven! ¡Pobrecillas!...

¿Y quién, viendo esto y sintiéndolo con corazón cristiano, se cruza de brazos, se lamenta y... no hace nada? He aquí otra de nuestras obras. Nos hemos constituido en *agentes de colocaciones* por amor de Dios.

3391. Nosotras procuramos averiguar en dónde hace falta una mujer para que *eche* un día de lavado o de repaso, en dónde hay vacantes de criadas, niñeras y modistas, en dónde se necesita una para suplir, etc., y como ya se ha hecho público y acreditado en el pueblo nuestro *oficio*, a nosotras acuden, como en las capitales a los puestecillos que ostentan el cartel de «Se colocan amas de cría, etc.», en busca de operarias para los cargos que tienen vacantes.

Para *perfeccionar* la *agencia,* estamos ahora en tratos con una muy amiga nuestra de la capital, que en unión de otras amigas suyas de *beaterio* nos ha prometido buscarnos casas de confianza a donde podamos mandar a aquellas de nuestras muchachas que no podamos colocar en el pueblo.

Pero...

3392. Parécenos oír ya a usted: «¿Pero estas criaturas han comido lengua o pluma de escribir? ¡Porque cuidado si esto va largo!». Y es verdad, y lleva razón que le sobra. Y por eso, y para que no se canse de nosotras, ponemos aquí punto final, dejando para otra u otras el dar cuenta de las demás obras sociales emprendidas y de los medios de que nos valemos para encontrar dinero, elemento tan precioso en la Acción Social Católica.

Hasta otra se despiden de usted *las otras tres de un pueblo.*

IV

¡SI QUISIERAN!

Decíamos ayer... **3393.**
No sé si recordará usted la letanía que, a medio hilvanar, le endilgamos el mes anterior, dedicado a nosotras, contándole en nuestro lenguaje *catetil* y montuno lo que a la buena de Dios y llevadas del deseo de hacer bien a nuestros paisanos, por amor al Sagrado Corazón de Jesús va haciendo esta *junta* o *triunvirato* femenino de Acción Social Católica. Y le decíamos, que además de nuestras *escuelas ambulantes al aire libre* y de la obra de nuestro *cenáculo*, teníamos otras establecidas, de las que, si usted nos concede un cuarto de hora de paciencia, queremos hablarle hoy, aprovechándonos de la amable hospitalidad con que nos brinda.

3394. Empecemos por la *cooperativa y liga de compradores*. ¡Ajajá! ¡Cualquiera adivinaría que esas palabras tan finas y tan de último cuño han sido estampadas por tres pobres lugareñas! Y la verdad es, después de todo, que a punto cierto nosotras, bastante ajenas de achaques de sociología, no estamos seguras de si la obra que vamos a describir será eso que hemos dicho o tendrá otro nombre en la república de los estudios sociales. Nosotras aquí, para ahorrarnos quebraderos de cabeza y de lengua, hemos bautizado a la obra con el nombre de *hermandad de los vales*.

3395. Y allá va cómo la hemos implantado. Nuestra gente, o sea, las familias de las muchachas que visitamos todas las semanas, aunque pobres, *todavía* comen, beben, visten y calzan. Eso quiere decir que son consumidores, aunque en pequeña escala, pero constantes, de la tienda de comestibles, de tejidos, de zapatos, de sombreros, etc. Y como «al perro flaco, según reza el refrán, todo se vuelve pulgas», resulta que siendo tan bueno y legítimo el dinero del pobre como el del rico, es muy cierto que todas las *pulgas* se las carga aquél; esto es, faltas de peso, malas calidades, *gato por liebre*, etc.

3396. Dar de balde a nuestros pobres todo lo que necesitan, ¡quién pudiera!, pero nuestra caja dice que *nones*.

¿Y no habría manera de evitar que las *pulgas* consabidas vengan al pobre? O sea: ¿No podría conseguirse que el pobre comprara *bueno, bonito y barato*, cesando de esta suerte esa explotación injusta y cruel de la miseria?

He aquí la pregunta que ha tenido en tortura a nuestros respectivos caletres por unos pocos meses y que, gracias a los papeles que el Sagrado Corazón (que ya también es nuestro *Amo*) ha hecho llegar a nuestras manos y a la luz con que Él mismo nos ha iluminado, hemos podido contestar o creemos haber contestado.

¿Cómo?

3397. De entre todos los establecimientos de comestibles del pueblo hemos elegido el que nos ha parecido mejor por la formalidad y conciencia del dueño, observancia de los preceptos cristianos y bondad de los géneros, y hemos hecho a aquél (al dueño) las siguientes preguntas: «¿Quiere usted que le aumentemos en unos cuantos centenares el número de sus compradores?».

Aquí responde el hombre con un sí redondo y regocijado.

«A cambio de ese aumento de ganancia que le proporcionamos, ¿está usted dispuesto a concedernos ciertas ventajas?»

Se responde con otro *sí* que lo mismo *sabe* a afirmación que a interrogación.

Contando con la primera, se responde a la segunda.

Nosotras vamos a hacer un *emisión de vales* de a diez y veinticinco céntimos y de a peseta.

Estos vales se los entregaríamos a usted, que los iría distribuyendo entre los socios de nuestra hermandad, no sin antes haberlos autentizado con su sello.

El funcionamiento

3398. Llegan, por ejemplo, *señá* Paula, o *tío* Curro a comprar, presentando la cedulita expedida por nosotras de pertenecer a la *hermandad*, y gastan en sus compras tres, cuatro o cinco reales. Al tiempo de entregar ellos sus cuartos, reciben del dependiente uno o varios *vales* de los nuestros, sellados por él mismo, equivalentes a los tres, cuatro o cinco reales que ha gastado.

Pasa un mes, y se ha consumido por los de la hermandad mil pesetas (cantidad que se averigua por el número de *vales* expedidos), y se distribuye un tres por ciento entre los *tenedores de vales*.

¿Que en vez de mil son dos mil o más lo que se ha gastado? Pues bien, a medida que vayan subiendo los miles de pesetas sube también el tanto por ciento.

Respuesta del mercader: «Aceptado y con gracias».

3399. Es decir, que una familia que ha gastado al mes en la tienda cien pesetas, puede encontrarse con tres, seis, doce y más pesetas de *momio* o inesperadas.

Aplíquese el procedimiento a la panadería, sombrerería, tienda de tejidos, etc... y váyanse sumando al fin del mes las pesetillas que por distintos conceptos van ahorrándose, y podrá calcularse el resultado beneficioso y los saltos de alegría que en no pocos hogares produciría nuestra hermandad de *vales*.

Un peligro

3400. Está en que los comerciantes traten de desquitarse de la rebaja que conceden, en la calidad y peso de los géneros.

Esto se ha previsto y prevenido con la condición que a nuestro contrato con ellos ponemos; a saber: que queda rescindido éste en el mismo momento en que sea descubierta una de estas faltas.

¡Ay de los *fulleros*!

Ventajas

3401. A cualquiera se le ocurren, y son entre otras: el bien material que con esta economía se hace a los pobres, enseñarles hábitos de ahorro, dándoles pie para la formación de una Caja de Ahorros (ahí queremos llegar), la educación de los hábitos y relaciones sociales, y no es la menor el que vean y sepan que todas esas cosas les vienen por cuidados y solicitud de gente cristiana y clerical.

Quizá a algunas *otras* de por ahí parezca enmarañada y difícil la obra, y más que todo impropia de mujeres. A esos temores y extrañezas respondemos con los hechos: ¿Lo hacemos nosotras? Pues cualquiera lo puede hacer; y si no, que haga la prueba y nos dará las gracias por el consejo.

3402. Pero... ¿esto es una carta de mujer, o un *libro mayor* de casa de comercio?

Es verdad, señor mío, que éstos no parecen negocios femeninos; pero ésa es la señal de que ya va obrando la *chifladura* en nosotras. Y cuando se empieza a sentir esa especie de cosquilleo en el corazón, se siente una con ganas no sólo de escribir *libros mayores* de comercio, sino hasta bibliotecas enteras. Y en cuanto a obras, es una capaz hasta de contarle los pelos al mismísimo diablo, siempre que esa cuenta tenga alguna *ídem* para hacer bien al prójimo.

Y por hoy basta.

Y para que no nos digan lo de la semejanza entre la eternidad y las despedidas de las mujeres, pongo punto.

De usted afmas. in. C. J. *otras tres de un pueblo.*

V

¿Y POR QUÉ NO...?

Carta a unas señoritas y a unas señoronas

El reverso de la medalla

3403. Muy estimadas en Cristo Jesús: ¿Que si me ha hecho gracia la cartita que se dignaron dirigirme?

¡Vaya!, y no digo gracia, sino ¡*requetemuchísima* gracia y salero!

¿Y a quién no le hace enseñar hasta la última muela aquello de «creo que no nos negará usted que hoy ser católica *cuesta mucho más caro* que otras veces, y que hoy también se nos exige a las que queremos serlo cosas mucho más difíciles y hasta impropias que a las de otros tiempos se les han pedido? ¿Cuándo se ha visto, por ejemplo, eso de que las mujeres salgan por esas calles de Dios a repartir buena prensa, a enseñar la doctrina, a

buscar colocaciones a los cesantes, hasta a arreglar huelgas, que pertenecen a eso que se llama ahora Acción Social femenina?

3404. Pues sume usted a eso las *sacaliñas* de dinero que pesan sobre nosotras; la parroquia, las Hermanitas, las hermandades, las escuelas católicas, el periódico católico, los de san Fulano, los de san Zutano y los de toda la letanía de los santos; los unos con su realito, los otros con su pesetita, los de aquí con su papelita de rifa, los de allí con el regalito para la tómbola. ¡Vaya, que se llevan un dineral, y entre las contribuciones del gobierno y las contribuciones de la fe, la ponen a una a punto de presentarse en quiebra...!».

¡Qué picardía! Mire usted por dónde con las cosas del cielo y del alma está pasando algo de lo que le pasó a un célebre zapatero remendón de Sevilla, cuando aquella subida tan enorme de los cambios por los tiempos de la guerra de Cuba.

Fastidiado nuestro hombre con la subida de precios de todos los artículos por causa de los cambios, colgó delante de su banquilla un cartelón en que, con letras tan grandes como tuertas, decía así:

«SE ASEN REPARACIONES
A DOBLE PRECIO
POR "MOR" DE LOS CAMBIOS»

Díganme ustedes: ¿Habrán subido también las otras cosas por *mor* de los cambios...?

3405. Pero vamos *distinguiendo.*

Desde luego, puedo aseguraros que si al hablar de católicas os referís a ésas que se contentan con oír Misa cuando les viene bien, con rezar alguna que otra vez sin perjuicio de vestir, comer, divertirse y portarse como paganas, a ésas, puedo afirmaros, que no les pesa su religión ni un adarme. ¡Bonitas son ellas para que les vengan con cosas de tan poco tono como sacrificarse y dar dinero *para los santos!*

3406. Ahora, si me habláis de católicas que quieren serlo en verdad y con vergüenza, católicas que creen en *todo* el *credo*, que desean sinceramente practicar *todos* los mandamientos, que aman o quieren amar sin engaños a Jesucristo y que a fuer de buenas amantes sienten como propias las ofensas a Él y a su iglesia hechas, si me habláis, repito, de católicas de esta clase, entonces no tengo inconveniente en deciros, sin meterme en comparaciones con otros tiempos, que sí, que cuesta hoy el ser católica dinero y trabajo, y que, sin dejar de ser cierto que la fe no se compra con dinero ni con nada humano, puede darse el caso de que se pierda esa fe por no ser generoso en aprontar el dinero y el trabajo que la conservación, defensa o propagación de esa fe piden.

3407. Sí, señoras, para dar fe, Dios no pregunta a cada cual por su bolsa ni por su trabajo. La da a quien quiere y cuando quiere. Pero no habrá sido una sola vez la que Dios habrá quitado la fe y las ventajas temporales y eternas que por ella vienen a los miserables y regateadores de dinero y sacrificios por Él.

Pero no vayan ustedes a asustarse, creyendo que Dios es tan exigente que pide todo vuestro dinero y todo vuestro trabajo; al contrario, fuera de casos especiales, de ordinario se contentaría con que dieseis a las obras suyas lo que os sobra, o mejor dicho, lo que desperdiciáis.

Y aquí aparece lo que pudiera llamarse parte práctica de esta carta.

Pues sí, por mucho trabajo y dinero que pidan las obras de Acción Social femenina, es mucho más el que se permiten malgastar o tirar no pocas señoras católicas.

3408. Y empiezo por el dinero.

Y cuidado que no me meto con el que gastéis en las atenciones propias de vuestra posición social: yo reconozco y admito que no ha de vestir lo mismo la señora que la criada, la joven en tiempo de merecer que la desengañada solterona, etc., etc.

Pero fuera de eso, decidme: ¿Cuánto os cuesta ese incesante variar de trajes y sombreros sólo porque la moda última exige que aquél o éste tengan un encaje más o un cintajo menos que el figurín de la penúltima? ¿Por cuánto os vale vuestra vanidad de distinguiros de los demás en todo, en traje, en punto de veraneo, en adornos, en servidumbre, etc., etc.?

3409. Y si sois de clase más modesta, ¿cuánto os cuestan esos pujos por parecer y figurar en clase superior? Si reducís a números esas cantidades y os fijáis en las sumas totales, comprenderéis la cara de susto y de espanto con que de vez en cuando os miran vuestros tolerantes papás o vuestros pacientes maridos.

¡Cuánto dinero desperdiciado por la vanidad, el lujo y la insensatez!

¡Ah! Después de haber visto los totales de aquellas sumas, comparadlas con el total de vuestro presupuesto de culto y pobres.

¡Qué contraste!

3410. Nunca podré olvidar el malísimo efecto que me produjo uno de esos contrastes.

Fui a pedir a una rica señora una limosna para una gran necesidad de varias familias pobres, y después de oírle más lamentaciones que a Jeremías, por lo que habían subido las contribuciones y por los atrasos de sus inquilinos y por las plagas del campo y por tanto como se pedía, me largó ¡una peseta! Al salir de su casa, supe que aquel mismo día, momentos antes de llegar yo a su casa, había dado ¡60.000 pesetas! por un aderezo que quería lucir en un baile próximo, ¡60.000 pesetas! Es decir, que había dado a la vanidad en un momento lo que en toda su vida no había dado ni daría a Dios y a los pobres...

Otros desperdicios

3411. Dejemos a un lado el dinero, ya que es una cosa que no todos tienen.

¿Habéis pensado alguna vez en el bien tan grande que podíais hacer con *las palabras* que desperdiciáis?

Dicen que las mujeres, yo no discuto el fundamento, hablan mucho, y yo añado, y no se enfaden conmigo:

> «Que quien mucho habla
> se expone a decir muchas tonterías».

Decidme, ¿quién sería el *guapo* que se atreviera a contar el número de esas palabras inútiles, tontas, y no digamos nada de las perjudiciales y peligrosas?
Pensando en esto, me he dicho muchas veces:
¡Si hubiera una prensa para estrujar las conversaciones de muchas mujeres elegantes! ¡Qué poco jugo se sacaría! ¡Quizá ni para llenar un dedal!

3412. Y vamos a ver: ¿Os habéis fijado en el bien que *una sola palabra buena* puede hacer?
Mirad: una buena palabra dicha a Dios es una alabanza, una oración; dicha a un pobre, es un rayo de luz, una gota de consuelo; dicha a una amiga, es un estímulo para el bien; dicha a un desgraciado, puede ser una revelación oportuna. ¿Y sabéis lo que valdría todo eso repetido muchas veces?
Haceos cuenta que sólo ese buen comportamiento de vuestras palabras os haría ser santas de cuerpo entero, ¡así!

Otro tesoro desperdiciado

3413. ¡El tiempo! ¡Emplear bien el tiempo! ¡Qué útil! ¡Qué bueno! ¡Qué olvidado!
¿Me queréis decir en qué emplean su tiempo muchas de nuestras jóvenes, especialmente de las llamadas de *buena sociedad?*
Fuera del tiempo últimamente empleado en comer, dormir, pasear y atender a las parentorias e intransferibles necesidades de la flaca naturaleza, ¿queréis decirme en qué tienen que ocupar su tiempo?
Charlar, de ordinario de trapos y murmuraciones, mecerse, abanicarse, tomar antiespasmódicos para los pícaros nervios, mirar al que pasa, llorar y patear cuando la modista saca arrugas en el traje o la criada tronchó sin querer una ramita de la planta de moda, he aquí la lista de las *importantes* ocupaciones de esa joven.
¡Vaya si son importantes!

3414. ¡Y mire usted que se pueden hacer cosas buenas en una hora bien empleada! ¡Cuántas puntadas en prendas para los pobres, cuántas visitas de enfermos, cuántas lágrimas enjugadas, cuántas lecciones de doctrina enseñadas, cuántos pecados evitados, etc., etc.,! ¿Y del gran desperdicio que hacen nuestras mujeres de esa gran facultad o bello don que Dios les ha dado de sacrificarse?
La mujer, que se ha llamado sexo débil, tiene para el sacrificio una energía, una resistencia que ya quisieran para los días de fiesta los hombres más barbudos.
¿Y no es una pena ver empleada esa gran fuerza, tan necesaria para toda obra buena, en aguantar las estrecheces y equilibrios de un zapato imposible, de media cuarta de tacón, o las deformidades violentas del corsé recto o las extravagancias inmodestas de un traje estrictado que ni cubre, ni viste, o las armaduras pesadas de unos sombreros y rellenos que desfiguran y agachan, y en suma, de todo ese cúmulo de pesadeces, convencionalismos ridículos y de prácticas mortificantes impuestas por su majestad la moda?

3415. *¿A qué ese desperdicio?*, podemos decir, invirtiendo el sentido de Judas: ¿a qué ese desperdicio?
Pero... ¿es una carta o una *traca* lo que nos está usted endilgando?

Es verdad, señoritas y señoronas mías, que me he olvidado más de lo justo de la amabilidad que se debe a tan simpáticas interlocutoras. Ustedes perdonen, en gracia siquiera a las ganas que tengo de ver metidas por los carriles de la *piedad útil* a tantas señoritas y señoronas *espantijosas* que, a fuerza de engañarse y de exagerar dificultades, se han empeñado en vivir inútiles y desgraciadas en esta y en la otra vida.

Que es lo que para ninguna de vosotras ni para él desea vuestro afectísimo in C.J. *el arcipreste de Huelva.*

LA ACCIÓN SOCIAL
EN EL MES DE MAYO

3416. Si yo fuera poeta, me gustaría, como exordio de este artículejo, echar una florecitas al mes de mayo: algo de aromas de vergeles, de noches tranquilas, de crepúsculos misteriosos, del bello despertar de la naturaleza y demás cosas bonitas que a esos diantres de los poetas se les ocurren cuando hablan o cantan del mes de las flores.

Pero no lo soy, y sí un machacón prosista y utilitarista ramplón, que sólo mira a las cosas y a las personas por el lado útil.

Llega el mes de mayo, y en vez de coger la lira para cantar, tomo la pluma y unas cuartillas de papel, proponiendo a una y a otras esta cuestión: ¿Qué se le podría sacar al mes de mayo?

3417. Y empiezan a responder.

El mes de mayo es el mes de María; los cristianos dedican oraciones, cánticos y flores a la reina del cielo. El mes más poético del año, el de la naturaleza nueva, aún no ajada por los calores del estío. El mes del azahar y de las rosas convida a las almas que aman a la Virgen *toda hermosa* a que, recogiendo todos esos aromas, purezas y hermosuras de la madre naturaleza, y mezclándolos con aromas, purezas y hermosuras de virtudes y oraciones, eleven ante su altar un homenaje más puro, más grato, más bien hecho que en los demás meses del año.

Es decir, que es éste un mes en el que hay que *hacer algo* especial en honra y por amor de la Virgen Inmaculada.

3418. Y como «obras son amores y no buenas razones», sin que yo quite a nadie las ganas de llevar muchas flores al altar de la Virgen y de cantar sus alabanzas en todos los tonos y con todos los instrumentos de música, yo, firme en mi *manía* de Acción Social Católica, quiero buscar un medio de sacar partido en favor de ella del mes ése en que hay que *hacer algo* especial en honor de la Virgen Inmaculada.

3419. Y vean ustedes cómo esta buena Madre aprueba mis planes, cuando, para que yo dé respuesta a la cuestión sin trabajo, me trae a la memoria, o mejor dicho, a los puntos de mi pluma, un medio muy fácil de emplear el mes de María en Acción Social Católica.

Es un medio que un primer viernes proponía a sus feligreses en la plática del retiro espiritual un padrecito de aquí, a quien yo conozco un poco, si bien no todo lo que debía.

Mi corona

3420. Decía así, poco más o menos, el padre conocido mío:
Yo os propongo como obsequio a nuestra Madre Inmaculada en su mes, el que cada uno de vosotros le labre *una corona*.
¿Con qué dinero o con qué arte? No hacen falta ni uno ni otro. Es una corona muy barata, y que, sin embargo, ha de resultar más rica que si fuera de oro y diamantes.
Se la haremos de doce estrellas, según el diseño de la visión de san Juan. ¿De qué serán estas estrellas?
Las tres primeras podrían adquirirse atrayendo a Misa cada uno a tres cristianos de esos que no van nunca a Misa, porque han perdido el *hábito de la iglesia*.
Otras tres, excitando y preparando a cumplir con la iglesia a *peces gordos* con escamas de muchos años.
Otras tres, restando tres suscripciones a periódicos malos o buscando tres a los buenos.
Y las tres últimas se formarían con tres victorias sobre sí mismo.

3421. En suma: la corona que cada uno ofrecería a la Inmaculada valdría tres almas vueltas al cumplimiento del día de fiesta, tres almas libertadas de sus pecados, tres periódicos buenos más o tres malos menos, y tres victorias sobre defectos propios; y como tres por cuatro son doce, la corona resultaría de doce estrellas.
Luego el padre se extendía en ponderar el mérito y alcance de cada una de sus obras, apuntando el sinnúmero de pecados que ahorrarían y el de buenos frutos que producirían. Y para quitar reparos, terminaba:

3422. No me digáis que eso ofrece muchas dificultades. Las tendría si yo os pidiera que trajerais a la iglesia a herejes de colmillo retorcido o a renegados de alma de Judas. No, eso sería mucho pedir. Yo os pido solamente que traigáis almas a oír Misa y a cumplir con la iglesia o que busquéis gentes que admitan un periódico católico, aunque sea tan chico como EL GRANITO DE ARENA y no den por él más que *cinco céntimos* al mes.
Y como delante de Dios tan alma es la de la *señá Francisca,* la *abuela* de todos los chiquillos del barrio, y la del *tío Perico*, remendón casi secular, como la del *excelentísimo señor tal*, hermano, lo que importa es que se salven almas, sean de viejas, de niños, o de hombres fornidos.
Y creedme: hay muchas de esas pobrecillas almas que no cumplen sus deberes de cristianas porque nadie se ha tomado la molestia de *meterse* con ellas, quizá por su insignificancia y oscuridad...

¿Os gusta?

3423. Pues daos prisa, y ¡a hacer estrellas! Y si os gusta mucho, proponed el procedimiento a vuestros amigos y amigas, y ¡a labrar muchas coronas para vuestra Madre Inmaculada!
Un aviso más: Si os reunís varios o varias, cada cual con su corona, bueno sería escribir en un papel, bajo el epígrafe *mi corona*, las obras con que la habéis labrado, y juntos esos papeles, presentádselos a vuestros párrocos, rogándoles que en la Misa de Comunión del último día o en el ofrecimiento de flores de la última noche ofrezcan vuestras *coronas* a vuestra Madre.

MUÑECAS, MUÑECOS Y MUÑEQUILLOS

Las muñecas

3424. *Las muñecas y su influencia social*. ¡No os extrañéis! ¡Ése podría ser el título de un gran libro!

Yo no sé si ha habido algún filósofo o psicólogo que se haya entretenido en estudiar el fenómeno de la afición de la humanidad a los muñecos y muñecas.

No es ésta la hora de hacer ese estudio; pero quede sentado el hecho de que existe esa corriente de simpatía. El juguete predilecto de las niñas son las *muñecas*. El entretenimiento de los niños es pintar *muñecos*, y la ocupación constante, y casi diría principal del género humano, masculino y femenino, adolescente y viejo, es *hacerse muñecos*.

3425. Lo generalizado de esa frase y de esta otra: «tener la cabeza llena de muñecos», confirma la verdad de mi aserto.

Con todo, yo creo que esas frases no son del todo exactas; creo que ninguno tiene más de un muñeco en su cabeza. ¡Un solo muñeco!

¿Cuál es? La reproducción, por obra y gracia de nuestra fantasía aliada con el amor propio, de nuestro ser, adornado, corregido y aumentado con todas las buenas cualidades, prendas, méritos y excelsitudes que *creemos* poseer.

3426. Fulanita es una *joven* cincuentona, un si es no es bizca, más morena que el pan de *munición*, con mellas en la boca y canas teñidas en la cabeza...

¿Ésa es su verdadera efigie, o su *muñeco*?

Observadla un poco y veréis que su *muñeco*, el que ella se ha formado en su imaginación, es una pollita todavía aceptable, morena pero graciosa, mellada, pero con un *aquél* que agrada, y en cambio es esbelta (como algarroba), ágil (como el plomo), simpática, elegante, etc, etc.

¿Veis a aquel amigo a quien de puro mal genio le han puesto *don aguarrás*, y a aquel otro a quien por presumido y melindroso le conocen por *don filicupisti?* Pues según sus respectivos *muñecos*, el uno es suave y manso como agua de arroyuelo, y el otro modesto y bueno con un san Francisco.

Pruebas

3427. ¿Queréis pruebas de que no exagero? Daos un paseíto por el taller de un fotógrafo y veréis cuántos encargos: primero de que las saque bien, y cuántas protestas después porque aquellos no se parece, aquello no es ella, porque aquella nariz, aquella mirada, aquella postura, aquella joroba, que no, que no son suyas.

¿Sabéis de dónde nacen esas protestas? A mi juicio, de que el fotógrafo ha cometido el gran *pecado* de fotografiar la verdadera efigie y no el *muñeco*.

¿Queréis otra prueba?

¿No habéis visto a muchas personas reírse y burlarse de defectos ajenos de que ellas están llenas?
¿Puede uno explicarse racionalmente que un cojo se burle de otro cojo, un tuerto de otro tuerto, un presumido de otro presumido, un cursi de otro cursi?
Yo no veo más explicación que suponiendo que el burlador se burla porque en su *muñeco* no encuentra aquel defecto.

Consecuencias

3428. Muchas y muy malas.
1ª Vivir en perfecto desconocimiento de sí mismo, y todas las cosas malas que de aquí salen.
2ª No conociendo la enfermedad, mal podrá aplicarse el remedio.
3ª Hacer inútiles todos lo sermones que se oyen y los consejos que se reciben. La razón es muy clara: aun suponiendo buena voluntad, todo lo que se hará es aplicar aquellas correcciones y advertencias, no a sí mismo, sino al *muñeco*, y como de éste ya ha tenido el amor propio buen cuidado de excluir todo *lo feo* y defectuoso, resulta que ninguna de aquellas correcciones da en el bulto. A lo más, consigue arrancar esta exclamación en tono de fingida caridad: «¡Qué bien le viene eso a... Fulano...!».

Remedios

3429. Uno y muy bueno: aplicarse con humildad y constancia *a conocerse a sí mismo*.
Como medio para llegar a ese conocimiento, aconsejo éste, muy sencillo, y a veces un poco difícil, pero siempre eficaz.
Cuando indirecta o directamente oigáis hablar mal de vosotros, no os arrebatéis, como es costumbre, ni maldigáis, ni os incomodéis siquiera con el mal hablado. Tranquilizaos un poco, y cuando los nervios de la lengua hayan dejado de hacer cosquillas en ella para que *salte*, entonces, serena y desapasionadamente, examinad si hay algo de verdad o que corregir en aquello que de vosotros se ha dicho.
Dios, en pago de vuestro humilde vencimiento, quizá os dé una poquita de luz para que veáis vuestro *muñeco*, y, conociéndolo, lo tiréis por tierra.

Conque

3430. Carísimos hermanos, matad vuestros *muñecos*, si no queréis que ellos os maten a vosotros y os manden a los profundos infiernos a dar compañía al *tiznado*, que precisamente fue allí por *hacerse muñeco*, ante Dios, y en donde arderán almas y muñecos por eternidad de eternidades, que a ninguno, ni a mí, deseo. Amén.

Más muñecos

3431. Témome que los *muñecos* den que hacer y que decir no poco.

Figúrome que habrá quien tome en serio la tarea de buscar y conocer su *muñeco*, estudiándose con más detenimiento que de ordinario, y preguntando con interés a quien por su ministerio o por amistad esté en condiciones de aportar datos para llegar a su descubrimiento. Sí, es tarea, a veces muy difícil, llegar a conocer el *muñeco* que nuestra fantasía y nuestro amor propio han forjado para hacernos creer que somos lo que no somos o que tenemos lo que no tenemos.

La misma universalidad de su existencia indica que es tan fácil *hacerse muñecos*, como difícil conocerlos y desecharlos.

3432. Y por esto, y porque creo que la materia no está agotada, insisto en el mismo punto y propongo a vuestro estudio la clasificación de los muñecos.

Y hablando de clases de muñecos, me atrevo a afirmar que los hay de todos lo colores, tamaños, edades y gustos; es una variedad muy superior a la de los peces del mar. Es decir, que en el mundo hay la *mar* de muñecos. Reduciéndolos a clases o categorías, serán más fáciles su conocimiento y extinción.

Sin miedo a dar a este artículo un carácter didáctico, voy a dividir los *muñecos* por razón de su tamaño, edad, color y aficiones. Basta con estas clases.

Y vamos por partes.

Muñequitos y muñecos

3433. Así podrían clasificarse por razón del tamaño.

Hay *muñecos* tan chiquitines, tan insignificantes y tan inofensivos, que más que censura merecen lástima o risa.

Pertenecen a la clase de *muñequitos* esos brotes de vanidades pueriles, aun en personas graves y sesudas, esas suspicacias demasiado *quijotiles*, esas nubecillas que aun en las cabezas más ordenadas y claras se levantan de vez en cuando e impiden ver con toda exactitud la verdad de las cosas y de las personas...

3434. En fin, ¡muñequillos! permitidos por Dios, suma bondad, para que, chocando un poco a los demás, sirva para *cortar vuelos*, o para impedir engreimientos.

3435. A la clase de *muñecos* propiamente tales, a los grandes, se aplican principalmente los caracteres y clasificaciones que voy presentando. Y son los que por su arraigo, caracteres bien determinados e influencia constante en el modo de obrar del individuo, llegan como a connaturalizarse con él y hasta llegan a una verdadera suplantación del mismo, de tal modo que no es él, sino su muñeco, el que habla, piensa, se exhibe en público, vive en familia y sociedad, y hace todas las cosas que toca hacer a aquel pobre individuo.

Por su duración

3436. Hay muñecos como los meteoros, fijos y variables; los hay que parece que nacen con la persona y con ella mueren, y también que aparecen y se ocultan según los tiempos y las circunstancias. De ordinario pueden señalarse en la vida del hombre cuatro muñecos:

el de la niñez, el de la juventud, el de la virilidad y el de la vejez. ¡No hay edad sin muñecos!

No me es posible detenerme en este extracto a describirlos. Pero en general puedo decir, y la observación menos perspicaz lo confirma, que los muñecos de la niñez y de la juventud, de ordinario, consisten en dar por presente lo que está por venir, al paso que los de la virilidad y la vejez pretenden dar por presente lo pasado. Es decir, el muñeco del niño (escala ascendente) suele ser un joven, el del joven, un hombre hecho y derecho, el del hombre (escala descendente), un joven, y el del viejo, ¡un niño!

Colores

3437. ¡Más que los peces de ídem! Me contentaré con enumerar los muñecos de color *rosa*, azul y los tétricos u oscuros.

De éstos, con los nombres basta.

Aquí sí que hay que decir y que *contar*.

Gustos

3438. Por razón de los gustos o aficiones, hay *muñecos* amorosos, literarios, oratorios, filantrópicos, místicos, y un puñado de etcéteras.

Poco debo decir de los muñecos amorosos; más que yo os dirán esas caras pálidas (algunas a fuerza de vinagre, me consta) esos ojos y esas bocas de mirar y de sonreír estudiados ante el espejo, esos aires entre desdeñosos y llamativos que van diciendo: «¡Ahí va un *parte-corazones!*», si bien lo que muchas veces consiguen es partir de risa por lo ridículos y amanerados.

Y de los muñecos literarios, ¿qué os diré?

No os creáis que yo condeno a la mujer a *calceta* perpetua y la excluyo del parnaso, no. Pero me parece que entre la *calceta* perpetua y el parnaso ídem, no son el término medio esas mujeres *leídas y escribidas* que con la misma frescura disertan de filosofía, pedagogía (¡ay!, la pedagogía), sociología y todos los *ías* del mundo, que largan lo de aquella que sentía *rábida* de ciertas cosas, o gustaba del *bacalado de Bilbado*, o afirmaba muy seriamente que habían condenado a un tal por el execrable crimen de *unanimidad* y la mar de etcéteras. ¡Ay de las señoritas poetisas, letradas, bachilleras, modernistas, románticas! ¡Ay, ay! ¡Y que Dios nos asista ante ellas!

3439. ¿Y de los muñecos oratorios? ¿Quién no ha sentido caer sobre sí el chaparrón de frases huecas, sonoramente dichas y perfectamente inútiles, de esas señoras *demóstenas* en agrás y de esos *cicerones* frustrados? ¡Pobres maridos y pobres los que, por tener algún carguillo, tienen que recibir visitas de todo el que llegue!

De mí os digo, que cuando caen por mi banda algunas de esas *oradoras* que, para pedir una sencilla recomendación para un empleo de *aspiranta o pretendiente* de cualquier cosa, empiezan hablando del lugar de su nacimiento para terminar con las estrellas (que le hacen a uno ver) cuando cae, repito, alguna de ésas por mi banda, ¿sabéis lo que hago? Encomendarme a san Antonio bendito, abogado de las cosas perdidas, pidiéndole que si se ha perdido en alguna parte aquella mujer o aquel hombre, se los encuentre enseguida.

3440. ¡Muñecos filantrópicos! ¡Uf! Memorias a los y a las danzantes por caridad.

¡Muñecos místicos!

Esa lista sí que es interminable, desde los que se tienen por tan cristianos como el Papa porque se *dignan* creer en algunos de nuestros dogmas y oír Misa alguna que otra vez, hasta las almas *extraordinarias* que tienen visiones y todo. Esto sin perjuicio, por supuesto, de tener una lengua más larga que un sable o cosas *por el estilo.* Desde el tipo de cristiano sin Cristo (hoy frecuente), hasta el tipo del místico sin piedad (tampoco raro), hay una variedad casi infinita y deliciosa de muñecos místicos.

Propósito al canto. ¡Guerra a los muñecos de todas las clases, edades, colores y condiciones!

¡Que no quede muñeco con cabeza! O mejor: ¡que no quede cabeza con muñeco!

LECCIONES DE GRAMÁTICA

La conjugación del amor propio

Un sabihondo

3441. ¡Y mucho que lo es un personaje a quien todos conocemos, y que tiene tal importancia, que en la historia de toda la humanidad no hay un hecho en que no haya intervenido como parte activa, y quizá la más interesante!

¡Su *majestad* el amor propio!

¡Vaya si tiene *pesqui!*

Sabe una atrocidad de *mundología*, de filosofía casera, de prudencia humana y de gramática más o menos *parda*.

¡Y claro!, sabiendo tanto de gramática, no es extraño que sin necesidad de haberla saludado en las aulas haga *declinar* un nombre o *conjugar* un verbo al más lerdo.

Y como el asunto no deja de ofrecer interés, y quizá no poca utilidad, voy a hacer versar este capítulo sobre una *lección de gramática* dada por el amor propio de cada cual.

Se trata de la conjugación de un verbo que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, ilustrados y palurdos, hacemos a cada momento por obra y gracia de su merced el amor propio.

Yo soy, tú eres, él es

3442. Éstas, si no recuerdo mal, son las tres personas del singular del presente de indicativo del verbo *ser*, y esta conjugación, como vais a ver, es la que perennemente está haciendo el que dijimos.

Primera persona

Advierto que no siempre la conjugación del citado verbo se hace a las claras, sobre todo en esta primera persona.

Así no es frecuente oír a *bocajarro* estas frases: yo soy bueno, yo soy guapo, yo soy sabio, simpático, atento, etc.

Esta forma tan descarada queda sólo para los que tienen su amor propio en *indigestión crónica de vanidad* o su cerebro con ausencia perpetua de sustancia gris.

Pero si no es frecuente ese *yo soy esto*, sí lo es, con una frecuencia que aterra,el yo tengo, yo hago, yo pienso, yo entiendo, yo pago, yo puedo, yo llego..., y un sinnúmero de primeras personas de presentes de indicativo que equivalen a estas otras; yo soy rico, bravo, poderoso, aristócrata, linajudo, generoso, intelectual, ocurrente, etc, etc.

3443. Yo os invito a que os fijéis en cualquier conversación de las que ordinariamente se oyen, y os aseguro que bien pronto en todas ellas encontraréis unos cuantos *yo soy una gran cosa*. Casi todo aquello que se os cita no son más que una serie de argumentos que quieren demostraros que efectivamente, aquella persona *es una gran cosa*.

De mí os digo, que he hecho esa *búsqueda* en muchas conversaciones que he oído, y, al encontrarme con una chocante facilidad el *yo soy*, he sentido pena y ganas de reír: pena, por ver empleada tanta actividad de lengua y de ingenio en realzar la pobre figurilla humana, y ganas de reír, por el ridículo que esa faena lleva consigo.

Segunda persona

3444. ¡Tú eres! Y esto tampoco falta en ninguna conversación.

Tú, que me oyes y me aguantas las demostraciones de mi *yo soy*; tú, con quien hablo, quien quiera que seas, con tal de que me pongas buena cara; tú eres buen amigo, hombre de buen trato, y de unas cuantas cosas buenas. *Pero... pero* ¡que conste, siempre eres un poquito menos que yo. ¡Claro!, esto no siempre se dice, pero casi siempre se siente y se da a entender. *Tú eres* lo que yo te concedo...

3445. Hablo a vosotras, jóvenes en tiempo de pollear y merecer: ¿qué sentís al lado de vuestras amigas o de vuestras contertulias?

Vienen bien vestidas, lucen buenas alhajas, tienen hasta *chic*, pero, ¡qué demonche!, aquel adorno estrambótico, aquellas pecas en la cara, aquel no sé qué de su facha las hacen menos elegantes, menos simpáticas que vosotras, y entonces, cuando habéis comprobado que vuestro *yo soy* no tiene que temer de aquel *tú eres*, es cuando se respira fuerte y se da entrada franca a aquella nueva amistad.

En una palabra, que como no andemos muy sobre aviso sobre nuestro *conjugador* amor propio, no consentimos poner al *tú eres*, un calificativo mayor que el que hayamos puesto a nuestro *yo soy*.

Sépase: primero yo y después... *tú*.

Así se conjuga en gramática escolar, y en gramática *parda*, y en todas las gramáticas humanas.

Él es

3446. Pobre *él*, que mal parado sale de ordinario de las conjugaciones del amor propio!

A *él* (ausente) se echan las culpas de todo lo culpable e inculpable. En su honra, en sus defectos verdaderos o fingidos, en su genialidades, desahoga uno ese maldito gusto de murmurar que a todos nos pica. Contra *él*, al parecer al menos, echamos la bilis que no nos atrevemos a echar contra los presentes. *Él,* de ordinario, es la desdichada cabeza de turco en donde chocan nuestro mal genio, nuestros celillos, nuestra maledicencia... ¡Qué malos somos frecuentemente para con la tercera persona del pronombre personal!

3447. Estas frases: esto no lo digo por *ti, sino por el otro*, si estuviera *él* delante, lo mismo se lo diría: si no fuera por la prudencia, yo le diría a *él*..., y otras parecidas y usadas hasta la saciedad, confirman la verdad de mi aserto. Resulta, pues, la conjungación enunciada:

Yo soy... el número uno: *tú eres*, por condescendencia mía, el número dos, y *él es*... lo más malo del mundo; es decir, sobre *él* echo todo lo malo que me figuro no tener, y que *te concedo* no tengas tú.

Así conjuga siempre nuestro amor propio.

Señores: mucho cuidadito con estas conjugaciones.

Hay que conjugar, no según la gramática *parda* del amor propio, sino según la gramática divina del amor del Corazón de Jesús.

Que es precisamente una conjugación a la inversa, como veréis en el próximo artículo, en que proseguiremos esta clase de gramática que viene a enseñaros a hablar correctamente con Dios y con los hombres.

OTRA LECCIÓN DE GRAMÁTICA

La conjugación de la humildad

3448. Quedó demostrado en el artículo anterior que su merced el amor propio es todo un maestrazo en *gramática parda*, y que, sobre todo, en punto a conjugar el verbo *ser* se las *pinta solo.*

Yo soy el número uno; *tú eres* el número dos, por benevolencia mía, por supuesto, y *él es el pagache* de todos los enconos, bilis, despechos y resentimientos de mí y de ti.

Así, decíamos, conjuga el amor propio, y, movido más o menos conscientemente por él, casi todo el género humano. Y como es mala cosa dejarse llevar de tan mal consejero, yo quiero, con el favor del Sagrado Corazón, proponeros otro modelo de conjugación.

La conjugación de la humildad y su hermana la caridad.

Que aunque es tan fácil de proponer como la del amor propio, no es tan fácil de aprender, y sobre todo de practicar.

Yo soy

3449. ¡Primera persona! ¿Qué se le cuelga a esa primera persona?

Como la humildad es la verdad, aquélla no puede colgarle a la primera persona más que lo que sea verdaderamente suyo.

De modo que para saber lo que hemos de poner detrás de «yo soy», tenemos que empezar por preguntar: ¿yo quién soy?

¡Y ahí es nada el problemilla que se nos viene encima con la inocente preguntita!
Quiere decir esto, que para poder decir con humildad y, por consiguiente, con verdad, «yo soy esto o lo otro», es preciso haber resuelto antes el arduo problema del propio conocimiento.
Y como este problema es de tan difícil solución y está sin resolver por la mayor parte de los hombres y de las mujeres, me parece que lo más prudente y lo menos expuesto a error es abstenerse de conjugar esa primera persona, y decir de ella lo que en gramática se dice del vocativo de algunas palabras: *carece*.

3450. ¿No os parece preferible callar sobre sí mismo a decir que uno es talentoso, siendo un tonto de capirote, que es bueno, no teniendo el demonio por donde desecharlo, o por lo contrario, que es malo o ignorante, siendo una excelentísima persona?
Después de todo, nosotros no somos en realidad lo que creemos ser, sino lo que somos delante de Dios.
Sería buena regla de humildad la que se formulara así: mirar con prevención el «yo soy» en nuestras conversaciones.
Y caso de tenerlo que usar, preferir el «no soy» al «yo soy».

3451. Que es más fácil saber lo que no somos que lo que somos.
Como que en realidad, comparados con Dios, autor y conservador de todo ser, no somos otra cosa que ceros a la izquierda.
¡Ni más ni menos!
Y hago observar que ni aun para hablar mal de sí mismo es conveniente, de ordinario, meter el «yo soy».
¡Se disfraza tantas veces el amor propio con esos *yo pequé*, muchas veces no sentidos...!

Tú eres

3452. Quizá a alguno se le esté ocurriendo completar esa frase con la palabra «bueno» y que ya está dicho todo.
Pues no, señores. No debe ser éste el modo de hablar siempre a nuestro prójimo: tú eres muy bueno, séalo o no lo sea.
Dos extremos hay que evitar en el trato con nuestro prójimo: decirle siempre que es muy bueno, y decirle por cualquier motivillo que es malo.
Yo no creo que ni la caridad, ni la humildad, nos aconsejen que estemos siempre con el tarro de la miel en la mano para echársela por la cara al prójimo, ni con el incensario para echarle humo a todas horas, porque, entre otros inconvenientes, la mucha miel empalaga y el mucho humo... *ahuma*, y ni una cosa ni otra es muy caritativa, que digamos.

3453. Tampoco permiten ni la caridad, ni la humildad, ni la justicia, que tratemos mal al prójimo, por cualquier cosilla.
Tenemos una facilidad asombrosa para ver puntos negros en las obras y dichos del prójimo, aun en lo bueno que hacen.
Con una facilidad pasmosa se pasa de la obra exterior, quizá indiferente o no mala, a suponer la intención torcida y perversa; y a veces sobre una obra hecha inconscientemente

se amontonan segundas intenciones y malevolencias, hasta el punto de presentar como un pájaro de cuenta a un pobre infeliz que quizá no pase de la categoría de buen hombre.

Pues frente a esa facilidad en pensar y hablar del prójimo, está el conocido principio moral y de derecho: *A nadie hay que tener por malo hasta que no se pruebe.*

3454. El prójimo tiene perfecto derecho a que se hable bien de él, mientras no se le demuestre que es malo.

¿Y sabéis lo que hace falta saber para demostrar que un hombre es malo?

Hace falta saber: 1º, que ha hecho algo malo; 2º, que lo ha hecho sabiendo que aquello era malo; y 3º, que cuando lo hacía se daba cuenta de que obraba mal.

Que es precisamente lo que se necesita para que Dios lo tenga a uno por malo.

Si falta alguno de estos requisitos, podrá uno quizá ser delincuente legalmente hablando, pero pecador, verdaderamente hombre malo, no.

3455. Consecuencia de esta doctrina: que siendo difícil conocer esas disposiciones internas, es muy difícil poder decir con certeza; este hombre es malo.

Que es después de todo lo que se manda en el Evangelio, cuando se nos dice que no nos metamos a juzgar a nadie y que lo dejemos a Dios que es el único que está en perfectas condiciones para juzgar.

Entonces, me dirá algún aficionado a la *tijera*, ¿cómo vamos a hablar con el prójimo?

No se le puede decir que es bueno por temor al empalago o al *humo*, ni que es malo porque es muy difícil saberlo. ¿Cuál es entonces el término medio?

La caridad y la humildad, que son muy finas y delicadas, proponen éste: tratar con los demás de manera que les *demos a entender* que los tenemos por mejores que nosotros.

3456. El dominio de la tierra que en las bienaventuranzas se promete a los mansos, me lo explico yo por la influencia de la aplicación de esta regla.

El corazón más duro y depravado se siente, sin darse cuenta, tarde o temprano, subyugado por el influjo de esa estima y de esa benevolencia.

En suma, fórmula de caridad y de humildad es ésta: *tú eres,* aunque no te lo diga, mejor que yo.

3457. *Él es* ¡el ausente! ¡Qué mal parado sale de ordinario de nuestras conversaciones el prójimo ausente!

¿Y no os parece una villanía cobarde, y un acto innoble, acuchillar la fama del prójimo, aprovechando la ausencia que impide a aquél defenderse?

Para mí, poca diferencia hay entre herir a un hombre atándolo codo con codo y tapándole la boca para que no se defienda y quitarle fama a espaldas suyas, sin que lo vea, ni lo oiga, ni pueda defenderse.

Así que lo primero con que a la caridad y a la humildad se le ocurre completar la tercera persona es con esta palabra: él es *inatacable.*

Por eso, porque está ausente y no puede defenderse.

Pero no sois vosotros los que atacáis, sino que son vuestros amigos los que se ceban en la fama del ausente, y quizá, por desgracia, tenga éste sus puntos vulnerables, ¿qué podéis hacer?

3458. La caridad y su hermana os mandan conjugar así: *él es* menos malo de lo que decís; o en menos palabras; *él es excusable*.

Y en general, para el prójimo ausente, aunque no sea más que por ese solo título de ausente, la boca cristiana debe tener siempre una palabra buena, sin interrogaciones, ni puntos suspensivos, ni conjugaciones adversativas o convencionales, ni más perendengues gramaticales...

¿Os gusta la lección de gramática?

Un poquito difícil de aprender es, lo comprendo, pero cuando se acuerda uno de que los santos hablaban conforme a esas reglas y que el mismo Jesucristo nuestro Señor fue el que las compuso y enseñó, ¡la verdad!, se siente uno más gramático que Nebrija.

3459. Conque, amigos, ¡a hablar con *propiedad y corrección* la *gramática*... del Corazón de Jesús!

Que es la única que enseña el mejor de todos los idiomas; el idioma de la caridad y de la humildad.

UN AVANCE DE CUENTAS
PARA AÑO NUEVO

3460. Son exclamaciones muy oídas en los últimos días de un año que se va y primeros del que se empieza a disfrutar, éstas u otras parecidas: ¡Un año más! ¡Cómo se pasa la vida! ¿Cómo será el año nuevo...?

Aprovechando yo esa disposición del ánimo a desprenderse de la consideración del momento actual y fijarse en la de lo pasado o de lo futuro, y enderezándola a cosas de más monta y enjundia que preocuparse de la cana que apuntó, o de la arruga que comienza a dibujarse, etc., me atrevo a proponeros una operación comercial sobre vuestra alma. *Un avance de cuentas*.

3461. Figuraos que paso a paso y llevados por el ángel de vuestra guarda, os encamináis a las mismísimas puertas del cielo y que, después de llamar con todos los respetos que tan alta puerta merece, os encontráis de manos a boca con el buenísimo de san Pedro, con quien, con toda la finura y modestia de que sois capaces, entabláis la siguiente conversación:

-Señor san Pedro, ¿nos permitís haceros una súplica?

Un gesto de bondadosa curiosidad del santo responde que sí y qué queréis.

-Habéis de saber, amable portero de la gloria, que con el fin de prepararnos bien para el día en que tengamos que ajustar definitivamente las cuentas de nuestra vida con el Justo Juez y no llevarnos chascos irremediables, desearíamos conseguir *un avance de cuentas* con Dios.

Un gesto de asombro del bendito santo quiere decir que cómo se las va a arreglar él para eso.

3462. Señor, vuestro gran valimiento para con el santo tribunal os permitirá sacar afuera por breves momentos, de una manera *extraoficial* desde luego, los libros de nuestras cuentas, y ya afuera, podremos con una ojeada conseguir nuestro intento.

Enternecido san Pedro con la insistencia y con el ardid, aunque no muy conforme con aquello de *extraoficialmente*, porque en el cielo no se conocen esas distinciones, ni tampoco las *mentiras oficiales*, desaparece de la ventanilla por donde os estaba dando audiencia, no sin antes haberos hecho señal de que volvía pronto.

Los libros de cuenta

3463. Aquí están, parecía querer decir san Pedro de regreso de su ida al *santo tribunal* de cuentas del cielo, mientras presentaba a los devoradores ojos de sus devotos curiosos los libros de *cuenta diaria* de cada cual.

Antes de entrar en el examen de esos libros, permitidme que os cuente un hecho que tiene mucha relación con vuestro avance de cuentas.

Un hecho de Don Bosco

3464. Visitaba este venerable Siervo de Dios y patriarca de la juventud desvalida a un piadoso obispo.

Sabedor éste de la gran virtud y extraordinarios dones de Don Bosco, se encierra con él en sus habitaciones, para evitar una huída, y así a *bocajarro*, le endilga esta pregunta:

-Dígame usted, Don Bosco, ¿estoy yo en estado de gracia o de pecado mortal?

Don Bosco pasó los apuros grandes, luchando con su humildad, que rechazaba responder, y su deseo de agradar.

Habló por fin y, según las crónicas, no fue la respuesta desfavorable para el señor obispo, que quedó con la tranquilidad que puede suponerse al saber por tan buen conducto que iban en regla sus cuentas con Dios.

3465. Pues bien, ¿y nosotros? ¿Seremos dignos de odio o de amor? ¿Adelantamos o atrasamos? Si ahora mismo nos sorprendiera la muerte, ¿tendría que cerrarse nuestro libro con un «en paz» consolador o con «un saldo» lúgubre...?

Ved aquí el fin de este artículo: enterarnos, con la certeza compatible con nuestra condición, de cómo andan nuestras cuentas allá arriba.

Quedamos en que el señor san Pedro, y vuelta a fantasear un poco, nos había traído, *extraoficialmente* según nuestra parla política, y caritativamente, según él, el libro de marras.

Hecho todo ojos y con ansias de hambriento de ocho días, nos ponemos a mirar cada cual el suyo, y ¿qué vemos?

Allá va una idea más o menos aproximada, y que cada cual se aplique su parte.

El «debe»

3466. Más que páginas escritas son páginas atiborradas de borrones.

Comienza con uno muy grande que ocupa por entero las primeras páginas, dejando sólo un huequecillo para un letrero: «Pecado original».

Corta este gran borrón una franja encarnada en la que se lee: «Bautismo». Siguen unas cuantas páginas en blanco con esta palabra: «Inocencia».

Pero a lo mejor, ¡qué pena!, aquel blanco tan puro de la inocencia empieza a verse manchado como con salpicaduras de lodo...

3467. Y después un ¡gran borrón!, negro como la ingratitud, y un letrero: «¡El primer pecado mortal!».

Nueva franja encarnada: «La primera confesión».

Y de aquí en adelante, alternativas de color *morado* «penitencia» y negro, separados por las franjas rojas de las confesiones.

En algunos libros se ven unas cuantas hojas todas de negro; son los años del abandono de los sacramentos y de la explotación de las pasiones.

Total que, sumados los claros a un lado y los oscuros a otro, hay en el libro de cada cual ordinariamente más de éstos que de aquéllos. ¡Vaya un «debe» lucido!

El «haber»

3468. Apartemos, paréceme oír a alguno de vosotros, la vista de ese «debe» tan abrumador y recreémosla con las cifras consoladoras de nuestro «haber».

Porque es lo que quizá dirá ese mismo: Es verdad que el «debe», está cargadillo; pero también es verdad que mis rezos, mis mortificaciones, mis limosnas, mis actos de humildad y de otras virtudes, mis confesiones y demás obras de mi vida de piedad darán valor a mi «haber» y rebajarán la carga del «debe».

Es verdad eso, digo yo también, siempre y cuando todas esas obras *buenas* se hayan hecho *bien*; porque si no... Pero en fin, dejémonos de filosofías y volvamos al libro, que él, mejor que aquéllas, nos pondrá en lo cierto.

Oraciones vocales

3469. Es la primera partida de nuestro «haber».

Allí debe de estar nuestro fuerte; porque ¡cuidado que un cristiano medio regular reza al cabo de su vida! ¡Por la mañana, por la noche, antes y después de comer, en los apuros y en multitud de ocasiones! Verdaderamente, será curioso ver todo lo que yo he rezado en mi vida. Pues ahí en el libro aparece como grabado en una placa de fonógrafo. Veamos: En primera línea aparecen unos signos como jeroglíficos que dan al papel aspecto de cuarta plana de periódico ilustrado; garabatos por aquí, garabatos por allí y en un rincón con letras muy claritas estas palabras: *la señal de la Cruz*. ¡Dios mío!, ¿así me he persignado yo???... *Pade nues... ques cie... satiados... tunon... toluntá concielo... Amén...* Pero, ¿qué está usted diciendo? ¿Habla usted en inglés o en chino?

3470. No, señores, estoy leyendo el Padre nuestro que rezáis de ordinario tal como consta en vuestro libro del cielo; ese Padre nuestro que se reza pensando en todo menos en Él; que se reza, como dice un amigo mío la mitad para fuera y la otra mitad para adentro, dando lugar a esa sarta de medias palabras que no entiende ni el mismo que las pronuncia.

Y siguen después unos *gloria Patri* en los que no se lee bien más que «*siculera, lera*, en un principio *secalá secaló*... Amén»; y unos *creos* que se pasan al *Señor mío Jesucristo* o crucifican a Poncio Pilato que resucitó de entre los muertos... y unos *Dios pecador* que meten miedo, y que a lo mejor se pasan al *creo*; y unos rosarios con bostezos por jaculatorias, con razones y riñas a la criada o los chiquillos por misterios, y unas letanías formadas por un *Matacristi* (Mater Christi), un *Jauna Coli* (Janua coeli) y otras que tiran de espaldas. Pero guardad vuestro asombro que aún queda tela por cortar.

Mortificaciones

3471. Unas palabras que parecían decir «propio juicio, vana complacencia, más ruidos que nueces», y otras cosas así daban una sombra un poco siniestra a esta página.

Limosnas Realmente se ven en este apartado cosas muy bonitas y muy atrayentes, y que seguramente harán bajar la cuenta del «debe»; pero unas palabrillas que se intercalan de vez en cuando afean y a veces hasta desfiguran tan bello cuadro. Éstas eran: «Relumbrón, fiesta de caridad, bien parecer, por compromiso, por simpatía, vanidad...» ¡Que lástima!

Virtudes **3472.** De vez en cuando se lee por aquellas páginas: humildad. Pero desgraciadamente la acompaña esta coleta algunas veces: de *boca de gato*... También suena mucho la palabra piedad, seguida a veces de motes parecidos a estos: *rutinaria, impresionista, seca, tibia, interesada, de doublé*... No dejan de animar estas listas, dos palabritas que con frecuencia aparecen: Confesión, Comunión. Y tampoco a éstas falta algunas veces su colgante: *poco dolorosas, poco agradecidas*...

Y también

3473. Pero, ¿quién se atreve a extractar todo aquel cúmulo de cosas buenas, afeadas, disimuladas y hasta desfiguradas por pequeños o grandes defectos?

Basta, basta; que si para muestra es bastante un botón, bastantes *botones* hemos visto en esa ligera ojeada, que, gracias a la condescendencia de san Pedro, hemos echado a nuestro *libro de cuentas eternas*, para convencernos de que hay que vivir *muy alerta*, si no queremos vernos obligados, cuando llegue la hora inevitable de la *suspensión de pagos, a quebrar* por toda una eternidad.

3474. Lo que ciertamente sería un malísimo negocio.

Conque, ¡a trabajar sin descanso en rebajar vuestro «debe» con buenas confesiones, constante penitencia y huida del pecado! ¡Y a hacer que suba vuestro «haber» injertando en vuestras buenas obras mucha *rectitud de intención*, que impedirá que os tengan que castigar por las *buenas* obras *mal* hechas!

Señores y amigos, a negociar, a negociar bien la gloria.

EL PÁJARO AZUL

Una noticia alarmante

3475. En un periódico de la corte, de los más leídos, encontré días atrás bajo el epígrafe en letras gordas de «la nueva religión y el pájaro azul» la noticia de que en Londres se había puesto de moda el *culto al pájaro azul*, como símbolo o dios de la felicidad, que no había casa elegante, ni casino ídem que no ostentara en sitio preferente el consabido pájaro, y que hasta se había formado un *club feminista del pájaro azul*, con el fin exclusivo de buscar la felicidad para sus socias, bajo los auspicios del consabido pájaro.

¡Está bien!, me dije; esto y volver a adorar los ajos y las cebollas de los huertos egipcios son cosas muy parecidas.

3476. Parece mentira, seguía yo comentando a mis solas, que a los veinte siglos de cristianismo, a los veinte siglos de demostración evidente e irrecusable de que la única felicidad del corazón está en Jesucristo, único *Camino, Verdad y Vida*, parece mentira que después de tanta *luz* del cielo y de tantas luces de la tierra, los ojos de los elegantes y *civilizados* de la culta Londres no vean la felicidad sino entre las pintarrajeadas plumas de un pájaro disecado, ¡el pájaro azul!

3477. ¿No es verdad, señores, que resulta ridículo, por no decir triste, ver a esos hombres y a esas mujeres elegantes mendigando a un muñeco, que no puede verlos ni oírlos, lo que tan abundantemente podrían encontrar en la casa del Dios verdadero?

¡Ay!, puede repetirse a esos pobrecillos, que pobrecillos muy dignos de lástima son, ¡ay!, ¡si conocieran el don de Dios! ¡Si supieran lo que se goza a la sombra de un Sagrario...!

No creáis, sin embargo, que vaya a dedicar este artículo a esos desgraciados adoradores del *pájaro azul*, que yo estoy bien seguro de que entre vosotros no hay peligro de que se propague ese culto; sino que ahondando en la significación de ese hecho, yo he visto algo que podrá serviros de provechosa enseñanza.

3478. Mirad, en ese acto tan ridículo y tan extravagante de adorar en un pájaro azul la felicidad, se revelan dos grandes verdades: primera, la necesidad que siente el hombre de la felicidad; y segunda, la facilidad con que se engaña en encontrarla.

Y como esa necesidad la sentís vosotros como yo, y a esa facilidad de la falsificación estamos expuestos, no os asustéis si os digo, que, si no en esa forma grosera y material de los elegantes de Londres, todos, unos más y otros menos, estamos en gran peligro de hacernos un *pajarito azul*, encarnado o amarillo, y sin darnos cuenta caer en la idolatría de él.

Nuestros pájaros azules

3479. ¿Recordáis lo que hace un momento os decía de *nuestros muñecos*?

Os los definía así: «Una reproducción, por obra y gracia de nuestra fantasía aliada con el amor propio, de nuestro ser, adornado, corregido y aumentado con todas las buenas cualidades, prendas, méritos y excelsitudes que *creemos poseer*».

Pues nuestro *pájaro azul* podría definirse: la criatura en que equivocadamente hemos puesto la esperanza de nuestra felicidad, o más breve: el idolillo de nuestra felicidad.

3480. El *muñeco* es lo que *creemos ser*, el *pájaro azul* es lo que *quisiéramos tener* para ser felices.

Esa criatura para unos será el dinero, los honores, los placeres brutales; para otros será la amistad, un cargo, una posición social, una correspondencia de cariño, un objeto estimable, una carta, un retrato, una palabra... ¿Su calidad? No importa: el corazón humano en estas elecciones suele alambicar poco. ¿Su importancia? La cosa en sí misma, a veces ninguna; con relación al sujeto, o según éste le mira, suma.

Es cierto, y la experiencia lo dice a todas horas, que hecha la elección del idolillo, todos los demás asuntos y cuestiones pierden su interés; por no sé qué secretos ascendientes, en cuanto la cresta del *pájaro azul* asoma por el horizonte de un alma, a él se le consagran, aun sin querer, pensamientos, afectos, preocupaciones, ensueños, entusiasmos...

3481. ¡Qué! ¿no hay entre todos los deseos que agitan vuestro corazón uno que empuja más, entre todos vuestros afectos, uno que es más hondo y más perturbador, entre todas vuestras preocupaciones una que os roba casi toda vuestra atención? ¿No tenéis ahí en el fondo de vuestro pensamiento y de vuestro corazón una idea, un deseo que os acompaña en la comida, en el paseo, en la visita, en el recreo, en la alegría, en la tristeza, en el trabajo, hasta en el sueño?

Me diréis, seguramente, que sí; y quizá también me digáis que no tenéis miedo porque es cosa inocente, sin trascendencia...

¡Está bien! Pero decidme, ese pensamiento, ese deseo, esa preocupación ¿no es Dios ni cosa que a Él os lleve? ¿No? ¡Pues temed! ¡ése es vuestro idolillo, vuestro *pájaro azul!*

Pero

3482. ¿No hay término medio?

No, no lo hay. Tanto, que yo no conozco más que una sola clase de personas que no haya caído en esa clase de *idolatría* más o menos consciente.

Los santos. Que precisamente por haber quemado en el fuego de su amor a Dios todos esos idolillos para hacer de Dios el *único objeto* de sus pensamientos y de sus amores, de sus entusiasmos y de sus anhelos, han sido santos.

De los demás, aun de las personas que pasan por buenas, raro es el que se escapa sin quemar su granito de incienso al *pajarito azul*.

Porque habéis de saber que ese dichoso animalito es muy sutil.

Tanto, que se mete por los ojos, por los oídos, por el olfato, y a veces tan sin sentir se mete, que no se da uno cuenta por donde entró. Diríase que su naturaleza es muchas veces gaseosa, por la facilidad con que entra al interior, lo vago de sus contornos y lo difícil que es echarle mano para arrojarlo fuera.

Hipócrita

3483. Tanto, como que no pocas veces huele a incienso, inclina a prácticas piadosas, parece que habla de Dios, conmueve el corazón y hasta sirve para quitar de enmedio algunos defectos.

Un frégoli

3484. Así merece llamarse por la variedad de formas, ropajes, actitudes, estados y naturalezas que toma, según la edad y las condiciones de cada individuo.

Para el niño, el idolillo toma la forma de trompo, aro, juguete, etc.; para la niña, de muñeca, moños, lazos y perifollos; para el joven, el idolillo se viste con el ropaje de la profesión a que aspira, aunque casi siempre prefiere vestirse de *hada* de quince abriles, como para la joven se viste de *hado* con *bigotes*...; para el hombre maduro y para el viejo, como para la mujer de esa misma edad, tampoco faltan idolillos con sus cambiantes oportunos, con sus *después* ilusorios, con sus sueños de cosas que nunca serán.

3485. Y puede decirse que es tan larga la vida del famoso idolillo, y tan adaptable a todas las circunstancias, que hasta el moribundo en su agonía reserva los pocos alientos que le quedan para ofrecerlos al ídolo que todavía le persigue, con la ilusión de una felicidad siempre soñada y nunca conseguida. Se podría decir de él lo que un santo decía del amor propio: «que moría un cuarto de hora después que nosotros...»

Y no se olvide que es siempre malo, ora se presente descaradamente incompatible con el reinado de Dios en el corazón, ora se presente hipócritamente mendigando no más un rinconcito en éste y con el fin sólo de amenizar la vida, o hacerla más llevadera, ya se presente avasallador y tirano queriéndolo todo sin partir con nadie, ya se presente blando y tolerante, es lo cierto que el culto al *pájaro azul*, es decir, al idolillo de la felicidad, es siempre nocivo, siempre injusto, siempre infructuoso, porque aparte de que no otorga la felicidad que se le pide y que de él se espera, *roba a Dios* la gloria, el amor y el *número uno* a que Él tiene derecho.

3486. Y que conste que, aun en el caso de que el idolillo se presente en actitud blanda, tolerante y diríase inofensiva, los hechos se encargarán, a la corta o a la larga, de establecer incompatibilidad e inconvivencia de él y de Dios en un mismo corazón.

Es decir, que si no nos decidimos a poner en *Dios sólo* la esperanza de nuestra felicidad, o nos entretenemos en ir mendigando un poquito de felicidad a cada una de las cosas que nos rodean, no tardaremos en echar fuera de nuestro corazón a Dios y, en entregárselo todo entero sin condiciones y casi sin libertad a aquel miserable idolillo de quien esperamos tanta dicha. En donde está Dios no caben los ídolos, y viceversa.

3487. Entonces..., paréceme oír decir a algunos, ¿no se puede querer nada ni a nadie fuera de Dios?

Sí, señor, le respondería yo. Usted puede querer todo lo bueno que usted vea y conozca del cielo y de la tierra, y en eso no hay maldad ninguna; pero lo que usted no puede, sin gran peligro de *idolatría*, es hacer de esas cosas, por buenas que sean, el *término definitivo* de su cariño, y el *único motivo* de su felicidad, porque eso no se debe hacer más que con Dios.

3488. Querer esas cosas, en cuanto que le llevan a usted a Dios, y gozarse en el bien y en la felicidad parcial que de ellas dimanan como bien y felicidad que vienen de Dios y a Él llevan, no es sólo cosa permitida, sino muy santa y muy querida de Dios, que ha puesto en esas cosas un poquito de bien y de alegría para que lo recordemos a Él y lo vayamos conociendo, que es bondad y felicidad sumas.

Y en esto mismo tenéis una señal clara para conocer si vuestros afectos son apegos desordenados, esto es, culto al *pájaro azul* o afectos como Dios quiere.

La peana se quiere porque sostiene al santo, el aceite en la máquina se quiere porque suaviza y facilita sus movimientos, el tren se quiere porque nos transporta bien y pronto.

3489. Pues eso, según la hermosísima doctrina de san Ignacio de Loyola, son las cosas criadas y la felicidad que pueden proporcionar: *peana* que sostiene y nos presenta la imagen de Dios, *aceite* suavizador de las asperezas del deber, y *tren* que debe transportarnos desde la *estación* de las *cosas visibles* de esta vida a la *estación* de las cosas *invisibles* de la vida eterna.

Conque ¡abajo los ídolos, y mucho cuidado con los *pájaros azules!* Y yo os aseguro que llegaremos a esa venturosa *estación*, que para todos como para mí deseo.

LAS ALMAS CON CARETAS

3490. Alguien ha dicho, y yo estoy con él, que cuando hay menos máscaras es en carnaval, y que para la inmensa mayoría de los mortales es todo el año carnaval.

Y es verdad, y muy requeteverdad; sólo que entre este carnaval de tres días y el otro de todo el año hay esta diferencia: que en el primero la careta va tapando la cara y dejando al descubierto generalmente el alma, y en el segundo se deja de ordinario descubierta la cara, y lo que se disfraza es el alma.

3491. Es decir, que si alguna preferencia hubiera que otorgarse, se daría ciertamente al carnaval de las caretas en la cara; éste sería por lo pronto menos peligroso.

Pues del otro carnaval, del que dura un año, de ése quiero hablar para evitaros que hagáis el triste papel de máscaras.

Clasifiquemos la materia, que bien lo merece, ofreciendo además esa clasificación la ventaja de que no tendré necesidad más que de citaros los nombres de cada clase de caretas para que quedéis enterados de todo.

Pues, sí, señores, hay muchas clases de *almas con caretas*, o mejor, de *caretas de almas*, y la primera división que de ellas podría hacerse es ésta:

Caretas para engañar al prójimo.

Caretas para engañarse a sí mismo.

Y caretas para intentar engañar a Dios.

Como véis, pongo en cada grupo de la clasificación el miembro común *para engañar a* porque desde luego convendréis conmigo en que el fin principal y esencial de la careta es ése, engañar.

Primer grupo

3492. *Caretas para engañar al prójimo.*
Es el grupo más numeroso y de tipos más variados.
Para su clasificación podría servirnos la distinción liberal de persona pública y persona privada, que en este caso sería *careta pública y careta privada*, según que tenga por objeto engañar en una esfera o en otra.
Caretas públicas. A ese subgrupo pertenecen entre otras las caretas *políticas* con sus varias posiciones de sinceridad, desinterés por la patria, arraigadas convicciones, amor al pueblo, a la libertad, a la democracia, etc., etc. Las *caretas científicas y literarias* con sus variantes de la despreocupación, *superhombría*, desdén olímpico, indiferentismo religioso, *perdonavidas* de los hombres y de Dios, etc., etc. Las *caretas de sociedad* con sus infinitas variantes de buen tono, *sprit*, *chic*, modernismo, retoques de años y achaques, galantería, coquetería, cultura, filantropía.

3493. *Caretas privadas*, o para el uso de la vida privada. Este subgrupo ofrece tal variedad y presenta tanta diversidad de matices, que es de todo punto imposible la clasificación.
Baste decir que de ordinario estas caretas son tantas y tan varias, cuantas son las personas con quienes se habla (hombres o mujeres, superiores o inferiores, buenos o malos, alegres o tristes, parientes ricos o pobres, rumbosos o tacaños). Tantas, cuantas sean las ocasiones por que se pase, los fines que se intenten, y hasta según el buen o mal humor del individuo.
Mirad, no exagero, son tantas las caretas que un hombre o una mujer de mundo se pone en la cara de su alma para engañar a los demás al cabo sólo de un año, que, si se pudieran arrancar y poner en exposición, habría que llenar los escaparates de veinte tiendas de comercio.
Repito que no exagero.

Segundo grupo

3494. *Caretas para engañarse a sí mismo.*
Pero eso ¿es posible? Se comprende que se pretenda engañar a los demás; eso alguna vez puede tener cuenta. Pero ¿engañarse a sí mismo? ¿Qué cuenta puede tener ese engaño?
Más del que a primera vista parece. Más, digo; a nadie tiene el hombre más interés en engañar que a sí mismo.
¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque no hay acusador más pesado e inflexible que la propia conciencia.
¿No habéis observado cómo se alarma sólo con que cometáis una falta leve? ¿Qué digo, una falta? Sólo con que os pongáis en peligro remoto de cometerla, empieza ella a deciros, con una voz que no produce ruido y sin embargo se oye. ¡No lo hagas que eso no es bueno! ¡Que no lo hagas!

3495. E insiste tanto y echa tanto en cara el mal que hacemos, que no nos es posible deshacernos de su, a veces, molesto aguijón.
¿Qué hacemos entonces?

Tratar de engañarla y de paso engañarnos a nosotros mismos.

¿Quién, decidme, no ha sentido en su interior muchas veces esas discusiones entre esos *yo y el otro*, que, en frase de *Maistre*, están metidos dentro de nosotros mismos?

¡Y qué resortes toca, y qué argumentos trae y lleva *el otro* para persuadir al *yo* de que no tiene motivos para alarmarse tanto, ni para ponerse tan machacón con sus protestas!

3496. Pues todos esos esfuerzos que hacemos por engañarnos, esas falsas posiciones que buscamos ¿qué otra cosa son sino caretas que tratamos de poner a nuestra alma y a nuestros actos íntimos para engañar a nuestra conciencia?

Y añádase, aunque sea triste decirlo, que muchas veces parece como que la conciencia se *entontece* con tanta discusión y tantas argucias y se traga la careta, digo se queda engañada.

¡Qué situación más triste!

Tercer grupo

3497. *Caretas para intentar engañar a Dios*.

Y añado «intentar», porque vosotros comprenderéis que es imposible engañar a Dios.

¿El procedimiento?

Muy parecido al que los gitanos usan con la guardia civil y por motivos precisamente muy semejantes.

¿Cuál es el ser de toda la creación que más le estorba a un gitano?

Sin tartamudear os responderán: Un Guardia Civil.

Las razones él se las sabe muy bien y a nosotros no se nos ocultan.

3498. ¿Y qué hace un gitano cuando se encuentra *un tricornio* en un callejón sin salida?

Convencido de que no puede volver pies atrás, lo primero que se le ocurre es *quitarlo* de enmedio o desarmarlo, o *untarle* las uñas, es decir, que lo que él desearía con toda su alma es que *aquel civil no fuera civil*.

Y cuando se convence de que esto no puede ser, se coge al disimulo: vedlo con cara beatífica, y ademán de distraído, como si a él no le preocupara la presencia del *vecino*... Y si llega a hablar, ¡vaya usted a oírlo! Es el hombre más bueno e inofensivo que viste pantalones.

¿Robar él? ¡Ni un alfiler!

Pues ved aquí lo que precisamente hacen muchos y muchas con Dios.

3499. La presente vida, por muchos años que tenga y dilatados horizontes que presente, es para los hombres en su relación con Dios un verdadero callejón sin salida, en el cual no hay más remedio que venir a para a las manos del Justo Juez.

Pues bien, los que, como el gitano de la comparación, andan con la conciencia intranquila, no tienen grandes ganas de vérselas con Dios.

Y primero, desearían que Dios no fuera Dios, es decir, se empeñan en forjarse un dios a su gusto, un dios bonachón, *tolerante*, abstraído allá en la contemplación de su gloria, sin preocuparse, dispuesto siempre a hacer la *vista gorda*. Y con una avilantez sacrílega tratan de poner careta al mismo Dios.

3500. Después, como para asegurarse más el buen éxito, se forjan otras caretas para su uso, y unas veces con la careta de las exigencias sociales, otras con la de los adelantos modernos, unas con la de la vida de hombre público, otras con la de la tolerancia o con la piedad de *doublé*, y siempre con cualquier añagaza, se pasan la vida forjándose la ilusión de que son los hombres o las mujeres más religiosos que van a entrar por las puertas del cielo. Religiosos desde luego, con una religión de elaboración privada y con *patente de invención* sólo para unos cuantos años...

¡Pobrecillos! Y lo peor del caso es que, a fuerza de decirlo y decírselo, acaban por creérselo, atándose así de pies y manos para hacer el viaje de la eternidad...

3501. Conque, ¡abajo caretas!, y que vivan en vuestras almas y brillen en vuestras obras la *modestia y sencillez* cristianas, admirables para prevenirse contra las caretas para engañar al prójimo, la *humildad* fundada en el propio conocimiento y muy a propósito para no engañarse a sí mismo, y la *rectitud de intención*, que mira a Dios como es y no como les conviene a nuestras pasiones.

Porque si no, se exponen esas *mascaritas* entre otras cosas, a que cuando lleguen al juicio de Dios les digan en un tono muy serio y que no admite réplica: ¡Atrás, que no os conozco!

UNA COMPOSICIÓN MUSICAL UN POCO RARA

Para la fiesta del Sagrado Corazón

3502. Yo no sé si por ese prurito que todos los que vivimos en este siglo sentimos de meternos en todo, especialmente en aquello que no entendemos, o no sé por qué fenómeno psicológico o *idiosincrásico* me siento con ganas de salirme por los campos de Verdi, Beethowen y demás maestros compositores, que para mí es lo mismo que salir por los célebres campos de Montiel, por donde diz que salen los atrevidos desfacedores de entuertos más o menos soñados.

Sí, señores, aquí me tenéis dispuesto, no obstante mi ignorancia hasta casi del pentagrama, a presentaros una composición musical para una de las coplas que más se cantan en las fiestas del Sagrado Corazón de Jesús.

Me refiero al

«Corazón Santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás».

3503. Yo os prometo, sin miedo a que me llaméis inmodesto, que si cantáis esa letrilla con arreglo a la composición que os voy a enseñar, no podéis hacer cosa más grata al Sagrado Corazón, ni más conveniente a vuestros prójimos ni más útil para vosotros mismos.

Es una composición que tiene todos los encantos de la buena música y todas las aprobaciones de la iglesia. Repito que no hay inmodestia, y vamos al preludio o motivo de la composición, que no será cantado, sino recitado muy bajito, cada uno para sí mismo.

Señorita que canta el

«Corazón santo,
Tú reinarás...

y sobre el pecho ostenta devoto escapulario, y luego no procura ni hace porque reine ese Corazón santo en sí misma ni en los que de ella dependen, esa señorita, por muy buena voz que tenga y muy bien que cante, *desentona*.

3504. Por consiguiente, si después de cantar esa letrilla sigue poniéndose su escapulario sobre un traje que en *vez de cubrir* sirve para *dejar al descubierto*, y asistiendo a espectáculos o reuniones en donde Él no reina, o tratando a los criados y a los pobres como Él no quiere, o leyendo o hablando lo que a Él no le gusta, o haciendo, diciendo o pensando como Él prohíbe, esa tal señorita con todos los *gorgoritos* que hace para cantar la letrilla y con todo su escapulario y su actitud de querubín tocando el arpa delante del Señor, canta mal, muy mal, rematadamente mal, aunque la composición de la letrilla sea del mismísimo Palestrina o del tan celebrado Perossi.

3505. Recitado este preludio, o mejor dicho, *digerido* este preludio, paso a exponer los coros de mi composición.

Son tres, como las hijas de Elena, pero éstas sí que son buenas.

Y advierto que todo el mérito de la composición está en la acertada y armónica combinación de los tres coros.

Y para satisfacer pronto vuestra curiosidad, os diré los nombres de esos coros, primero en latín y después traducidos y explicados en castellano.

Los nombres están tomado del *Sacris solemniis*
y son:

Voces, corda, opera

Y ahora veréis cómo la repetida letrilla cantada por esos tres coros es de lo mejor que se conoce en los repertorios de la música celestial y terrena.

El coro de las voces

3506. Es el primero.

¡Claro, no se puede cantar sin voces! El Corazón de Jesús bien merecida se tiene la alabanza de nuestra voz; como que Dios nuestro Señor nos ha dado la lengua principalmente para eso, para que con ella le alabemos y le demos gracias y gloria.

Sí, señores, está muy bien y es muy justo que no una vez, sino muchas veces se le diga al Sagrado Corazón de Jesús:

«Tú reinarás.
Tú nuestro encanto
Siempre serás».

Porque para eso vino al mundo Él, para reinar en los corazones, en la familias y en los pueblos con reinado de paz, de justicia y de amor.

3507. Está muy bien y es muy justo que en público y en privado, en el templo y en la calle aboguemos por ese reinado y demos a los cuatro vientos nuestras ansias porque se establezca pronto, para que se enteren los ángeles y se alegren; para que lo sepan las almas buenas y se entusiasmen; para hacérselo saber a los impíos, que no quieren que Él reine y se vayan acostumbrando; y para que no se le olvide al demonio y tiemble...

3508. Sí, sí, está muy bien que la lengua de los católicos y de las católicas, de los chicos y de los grandes se complazca en decir y cantar muchas veces y con toda la voz.

«Corazón santo,
Tú reinarás.
Tú nuestro encanto
Siempre serás».

Pero conste que esas voces no son más que uno de los coros, y las composiciones a *voz seca* no salen muy bonitas que digamos.
Es preciso el acompañamiento de

El coro de los corazones

3509. ¡Magnífico acompañamiento para el «Corazón santo»!
Muy buen efecto produce en verdad oír esa copla a un coro de 200 ó 300 voces en torno al altar del Sagrado Corazón de Jesús; pero si la copla no sale más que de la *campanilla* para arriba, me temo yo mucho que sus ecos no pasen de las bó
vedas y muros del templo.
No, es preciso que esa copla salga de otra parte para que vaya más lejos, es menester que todo eso salga de un poco más abajo de la *campanilla*, ¡del corazón lleno y rebosante de amor al bendito Corazón de Jesús!
¡El corazón! Ése sí que es el gran cantor del «Corazón santo».

3510. Y cuando el canto de nuestra voz es el eco de ese otro canto, cuando nuestra lengua se mueve más que por las indicaciones de las notas escritas en el papel, por los impulsos y latidos del corazón amante que lucha por salirse del pecho, entonces sí que nuestro canto sube más arriba de la bóveda del templo y, después de dejar perfumada la tierra, llega al cielo a regocijar a los ángeles y a glorificar a Dios.
Sí, repitámoslo: ¡qué bellos son los cantos que brotan del corazón! ¡Qué hermoso acompañamiento el del *coro de los corazones!*
Y por una ley, que pudiera llamar ineludible, junto con ese acompañamiento siempre viene

El coro de las obras

3511. Que es el tercero de mi composición.

Del corazón salen los pensamientos buenos o malos, y las palabras buenas o malas y las obras buenas o malas, según sea él bueno o malo.

Pues dadme un corazón que cante *sintiéndolo* el «Corazón santo», y por esa ley ineludible de que os hablaba antes, al canto de las voces y de los corazones, se unirá bien pronto el *canto de las obras*.

3512. Pues ¡qué! ¿no os parece que si yo canto a la faz del mundo con todas las veras de mi corazón que quiero que reine Él y que Él sea mi encanto siempre, no os parece, repito, que he de trabajar con todo empeño y con todo ahínco en que se acelere ese reinado?

3513. Cuántas veces, al oír entusiasmado en procesiones y cultos el canto de esa letrilla a centenares de voces, me he dicho: si se cantara *de corazón*, ¡qué pronto reinaría el Corazón de Jesús!

¿No os parece una falta garrafal de armonía decir con la boca que reine y con las obras hacer que no reine?

Y figuraos lo que pasaría, si todos los que sólo en el mes del Corazón de Jesús cantan en tantas iglesias de España el «Corazón santo» lo hicieran de *corazón* y *de verdad*.

3514. Yo os aseguro que los ecos de ese «Corazón santo» resonarían no sólo en los ámbitos de nuestras iglesias y en las alturas del cielo, sino que retumbarían fatídica y desastrosamente en el infierno y en todas sus dependencias de la tierra, desde la presidencia del sanedrín de los ministros perseguidores de la Iglesia y de los palacios de la mala prensa y las malas artes y las malas modas hasta el último rincón en donde se maquine contra Cristo y sus obras...

3515. ¡Corazón santo! Qué pronto reinarías Tú sobre España, si todos los que te cantamos lo hiciéramos no *como cómicos* que cantan lo que no sienten, sino con la *voz*, con el *corazón* y con las *obras*.

Señores, señoras

que amáis al Corazón de Jesús, mirad qué poco se os pide: cantad, cantad bien el «Corazón santo» y veréis qué pronto

Él reinará
Y nuestro encanto
Siempre será.

LOS DESMEMORIADOS

3516. Un síntoma, y por cierto muy significativo aunque poco estudiado, es la *falta de memoria* de la gente de nuestra época.

Nuestro tiempo, que aparte de otras cosas es el tiempo de los *apodos*, se ha llamado el siglo de las luces, del vapor, de la electricidad, del *radium*, y, en otro orden de cosas, de la

propaganda, de la libertad, de la neurastenia y... ¡echen ustedes letanías de nombres y apodos! Y como por ponerlos, *todavía* no se ha puesto contribución, ni lo llevan a uno preso, me siento con ganas de colgar a nuestro tiempo un apodo más.

El siglo desmemoriado

3517. Y voy a demostrar que no es un capricho el que me impulsa a oficiar de bautizante del siglo actual.

Yo no me explico, sino por una gran falta de memoria, la mayor parte de las cosas raras que hoy ocurren a nuestro alrededor, tanto en el orden político como en el religioso, en lo oficial como en lo particular.

Ya hablando del orden político, por lo menos en nuestra España, apuntaba no ha muchos días un profundo pensador católico el fenómeno singular de *la depresión de la memoria*, fatigada por la imposibilidad de recordar la complicada historia de sus hombres públicos. Y en el orden religioso social, ¿cómo pueden concebirse sin una monstruosa falta de memoria, la ingrata conducta de los pueblos modernos con Dios, con Jesucristo, con la iglesia y con el clero tanto secular como regular?

3518. Y en la esfera de lo privado y sólo en nuestras relaciones con Dios y con el prójimo, ¿se darían esas rebeldías contra Dios, esos irritantes egoísmos entre los hombres, ese ambiente de dichos y hechos malos que respiramos, si hubiera más memoria de los beneficios recibidos de Dios y del prójimo? ¿Pasarían los males que hoy deploramos, tanto en el orden social como en el religioso, si hubiera más memoria del catecismo, de la historia, del sentido común, y hasta de las verdades del célebre Pero Grullo?

¡Vivir al día! He aquí la palabra, la divisa, la aspiración de nuestro atolondrado siglo. ¡Y claro! Para vivir vida tan fugaz y variada, ¿qué falta hace la memoria?

Las enfermedades de moda

3519. Que aunque parezca increíble también ha entrado o se ha impuesto la moda en las dolencias humanas.

Las enfermedades del día más que físicas son psíquicas.

Se habla hoy mucho de la *abulia* (debilidad o atrofia de la voluntad). Se habla también de la *amencia* o eclipse del entendimiento. Y médicos y sociólogos se preocupan del desarrollo alarmante de esas dos enfermedades. Y la verdad es que, a pesar de sus buenas intenciones, de sus específicos y fórmulas, la *abulia* y la *amencia* siguen haciendo estragos horribles entre los hombres del siglo XX.

Y nota que, según observaciones, las fatídicas enfermedades se ensañan más entre los que viven más metidos en el espíritu del siglo y casi no se acuerdan de los que todavía tienen el mal gusto de vivir a lo siglo XVI.

Pues bien, sin meterme ahora a inquirir las causas y procesos de esas dolencias, yo propondría a los médicos y curanderos de este pobre enfermo, que se llama sociedad moderna, que añadan a la lista de enfermedades modernas de la voluntad y del entendimiento las de su compañera la memoria.

Una agravante

3520. La que tiene esta enfermedad sobre las otras, y es la de que el enfermo se halla a gusto con ella.

¿No habéis visto a alguno de esos pobres degenerados de la voluntad o de la inteligencia?

Lo primero que notaréis en su semblante es una huella de tristeza; saben y sienten que están malos. Pero en estos enfermos de la memoria no observaréis eso; no sólo no se manifiestan tristes por haber perdido la memoria, sino que ¡hasta lo tienen a gala!

¿No habéis observado con qué refinado deleite repiten la conocida frasecilla: ¡tengo tan mala memoria!?

Y ¡claro!, una enfermedad que se mira con tanto gusto, ¿quién piensa en curarla?

¡Pobres desmemoriados!

El remedio

3521. Como afortunadamente entre mis lectores no abundarán esos *desmemoriados a gusto*, no tengo por qué meterme con éstos por ahora.

Pero como todos, quien más, quien menos, están expuestos por el peligro del contagio a padecer *ataques de desmemoria*, voy a permitirme indicarles algunas reglas preventivas que les impidan caer en la desventurada clase de *desmemoriados*.

Vamos a ver, señora, o caballero, que lee estos renglones.

¿Tiene usted memoria?

Sí, por la misericordia de Dios, ¿es verdad?

Él es quien, teniendo en cuenta lo corto de nuestros dedos y de nuestros ojos y de nuestros oídos y de todos nuestros alcances, y lo fugaz de las cosas que hacemos y que nos ocurren *alargó* nuestros alcances con las facultades de nuestra alma, y en particular con la memoria, por la cual *alargamos* nuestro alcance a las cosas pasadas y ausentes y les damos presencia y como nueva vida en nuestro espíritu.

3522. Y si es Dios quien le ha dado la memoria, como le ha dado el entendimiento y la voluntad, ella le ha de servir a usted para lo que Él quiera. ¿no es verdad también?

¿Y sabe usted para qué quiere Dios que le sirva su memoria?

Pues se lo voy a decir con palabras de san Ignacio de Loyola, que en estos secretos de fin del hombre y de fin y uso de las criaturas andaba muy enterado.

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto, salvar su alma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden al fin para que es criado».

Eso es hablar claro y con filosofía.

3523. De modo que la memoria debe servir a usted *primero y principalmente* para acordarse de Dios. Y por consiguiente de los beneficios, mandamientos y enseñanzas de Dios.

¡Qué felicidad, Dios mío, que no estando Tú al alcance de mis manos, ni de mis ojos, mientras peregrino por esta vida, me has dado la memoria para que estés siempre presente a mi alma!

¿Qué me importa no verte, ni tocarte, si por ese don que me has dado yo te traigo a mi pensamiento para que éste se recree en tus bondades y bellezas y excite a mi corazón a derretirse en tu amor?

¡Bendita memoria que Dios me ha dado para que, mientras dure esta ausencia de su vista, a todas horas me esté diciendo: ¡Allí está Él, con sus ojos que me miran, con su mano que me bendice, con su Corazón que me ama...!

3524. Para eso debe servir en primer lugar mi memoria, para llevar mi alma a Dios y traer a Dios a mi alma en un incesante y amoroso ir y venir.

Para eso también ha querido Dios que las cosas que me rodean sean bellas y buenas, para que me lo recuerden a Él, que es el bello y el bueno por excelencia.

Para eso ha puesto Dios en torno mío mares y campos, flores y pájaros, cielos y astros, para que, viendo en todo su huella, me acuerde mucho de Él.

Para eso también ha puesto Dios a mi lado amigos buenos, almas puras y abnegadas, ejemplos santos, escarmientos saludables, libros sanos, para que me hablen de Él.

¡Qué campo tan dilatado se abre a mi memoria!

En resumen

3525. ¿Para qué debe servir mi memoria?

¿Para nido de enconos? ¿Desván de *chismes*? No.

¿Para tenerla ociosa? No.

Para lo que sirve el *ascensor eléctrico*.

Para subirnos a lo alto.

Para remontar hasta Dios a nuestro corazón y a nuestra inteligencia.

¿No habéis visto con qué *prontitud y fidelidad* sube el ascensor a la orden de vuestro dedo oprimiendo el botón o el resorte eléctrico?

Pues tomad el ejemplo: que cada recuerdo que llegue a vuestra memoria sea el botón que la dispare hacia *arriba*, ¡siempre arriba!

LOS ENTAPONADOS

3526. Con la alegría del médico o del químico, que tras de largas pesquisas, observaciones y análisis, llega a descubrir el microbio productor de enfermedades pertinaces y hasta entonces inexplicables, con esa misma alegría comunico hoy a mis amigos el descubrimiento, que sin temor a inmodestia me atrevo a llamar grande y magnífico, de una enfermedad, o mejor, de una causa de enfermedades, que he tenido la dicha de hacer.

Hay un hombre de buena cara, buen apetito, buen pulso, y todas las apariencias buenas, pero que a lo mejor se queda como *muerto* o se pone como loco o con cualquiera irregularidad notable, y se llama al médico.

3527. Auscultar por aquí, tocar por allá, observar, preguntar, estudiar, pedir antecedentes, eso hace aquel médico, y no parará hasta que dé con la explicación de aquel tan raro e inexplicable fenómeno.

Pues en esa misma perplejidad y afán de saber me he encontrado yo, no pocas veces, ante un caso parecido del orden espiritual.

Yo me he encontrado, y seguramente vosotros os habréis encontrado también, con cristianos y cristianas con mucha y arraigada fe, con sólida ilustración, con delicadeza de sentimientos, hasta con ternura de corazón y facilidad de lágrimas para las emociones del culto y de la caridad, es decir, con todas las apariencias de una buena salud espiritual; y sin embargo, *a lo mejor*, se quedan como *muertos*, se ponen como *locos* u obran como si en ellos no existieran aquellos síntomas de buena salud.

3528. ¿Qué enfermedad será ésta?, me he preguntado muchas veces. ¿Cómo se explica que aquel señor laureado en teología se permita un lenguaje tan poco *teológico*, o que aquella señora tan abundante de lágrimas en el templo y ante los pobres de su conferencia sea tan dura luego con sus criados o que aquel orador tan entusiasta y arrebatador obre de tan poco acuerdo con sus enseñanzas, o que... y eche usted *etcéteras* de cosas de éstas, raras y anómalas?

Metido en estas perplejidades, la visita a una alberca de huerta me ha descubierto el enigma y, como a Arquímedes su baño, me ha hecho cantar el *eureka* del triunfo.

Ved lo que me ha enseñado esa fuente.

3529. Érase una alberca grande que recibía el agua de una buena noria inmediata y la transmitía a unos depósitos más pequeños para repartirla con más facilidad y equidad por toda la huerta.

Y era bonito ver salir el agua en tantas direcciones, obedeciendo sólo a la llave de paso, manejada por el hortelano, y cómo en menos de media hora quedaba la tierra aquella regada y fertilizada.

Pero algunas veces no llegaba el agua a algunos de estos depósitos o no pasaba de éstos a la tierra: un poquillo de yerba, un chinillo, un pedacillo de madera o corcho había obturado el conducto y detenía el agua. Y ya podía la alberca madre mandarle agua: antes rebosaría por los bordes de ésta que la cañería obturada darle paso.

Y aquí de mi descubrimiento.

La vista de ese vulgarísimo fenómeno me hizo ver que la humanidad, lo mismo que aquellos depósitos de agua, padece de *entaponamiento* espiritual, y desgraciadamente casi crónico.

3530. Y allá va la teoría que sobre ese hecho he formado y que propongo a la consideración de los lectores.

Sustituyo el agua por una buena doctrina, y la alberca y las alberquitas por los cuatro recipientes por los que Dios ha dispuesto que pase aquélla para llegar a convertirse en buenas obras.

Ved cómo Dios nuestro Señor ha dispuesto el funcionamiento de esas especies de vasos comunicantes.

El agua de la buena doctrina que brota del *manantial* de las buenas palabras, de los buenos libros y de los buenos ejemplos, entra por los ojos o por los oídos, que son la alberca primera o primer depósito; de éste pasa al segundo, que es el *entendimiento*; de aquí al tercero, que es el corazón, y de aquí a las manos o a la boca, para salir convertido en buena obra o buena palabra.

3531. El primer recipiente, o sea el sentido, *recoge* la buena doctrina que le dan, el segundo, la *elabora*, la transforma, aplica, asimila, y así preparada, la transmite con buena recomendación al tercer depósito, que es el corazón, para que éste la abrace, la quiera y se entusiasme con ella y la mande a las manos y a la boca para que éstas le den la forma y hechura de la buena obra o de la buena palabra, fin único para el que Dios nos ha dado la doctrina, como los recipientes enumerados.

De modo que, si en los ojos y en los oídos de un hombre o de una mujer se echa abundancia de doctrina buena y las manos de aquel hombre o de aquella mujer no salen *haciendo* lo que aquella doctrina mandaba hacer, ¿no se podría decir a esos mozos que padecen *entaponamiento* espiritual, que algunos de los conductos de comunicación de esos recipientes están *entaponados*?

¿Los tapones?

3532. Sí, señores, también he llegado a descubrirlos, y allá van sus nombres, pelos y señales.

Cañería entre el sentido y el entendimiento: su *tapón* es el atolondramiento y la rutina.

Suelen verse colocados estos tapones en los oídos de sacristanes, cantores y ministros de la iglesia que oyen *sin escuchar* y ven sin fijarse, y de los elegantes y *elegantas* que van al templo a *ver o ser vistas* o con libros buenos sin *enterarse* de lo que les conviene.

Cañería entre el entendimiento y el corazón: la *entaponan* de ordinario la *frivolidad*, que no medita, ni toma las cosas en serio, el *convencionalismo* amantísimo de los paños calientes, y la *inconsecuencia*, enemiga acérrima de la lógica y de los extremos.

Cañería entre el corazón y las manos: son muy numerosos, tenaces y duros esos *tapones*; los principales son las *pasiones y la sensualidad, la pereza y la volubilidad*.

Y nota que estos tapones son de muchas clases: los hay temporales y perpetuos, duros como piedras y blandos como estopa; directa o indirectamente voluntarios; pero todos convienen en *entaponar* los conductos e impedir que la buena doctrina se convierta en buena obra.

De donde resulta

3533. 1.º Que puede uno oír más sermones que se predican en una catedral y ser como el herrero de marras que olvidó el oficio de tanto machacar, un ignorantón en materias religiosas.

2.º Que puede uno saber tanta teología como santo Tomás de Aquino y tener el corazón *pagano o moro*.

3.º Que puede uno llorar y enternecerse y entusiasmarse de satisfacción por una buena idea y tener las manos como con *sabañones* perpetuos.

4.º y último, que habiendo hecho Dios nuestro Señor tan corto el trayecto entre la buena doctrina y la buena obra como entre el oído y la mano, los hombres con sus *entaponamientos* se han empeñado en hacerlo de miles y millones de kilómetros.

Por eso sería éste un buen punto de examen de conciencia:

¿Obro y hablo como yo siento y pienso?

Que daría, por cierto, motivo para no pocos *dolores* de corazón y propósitos de la enmienda, es decir, *saltos de tapón*...

EL ARTE DE SUMAR

3534. Ahora son las matemáticas las que nos van a dar el tema para este rato de conversación familiar.

Cuatro son, como sabéis, las operaciones fundamentales de la aritmética: sumar, restar, multiplicar y dividir, y bien puedo aseguraros que cada una de ellas nos enseña algo en orden a nuestra alma y a la salvación de la de nuestros hermanos.

De modo, que así como antes nos metimos a *gramáticos* en aquello de las conjugaciones que del verbo *ser* hacía nuestro amor propio, autor acreditado de *gramáticas pardas*, ahora nos vamos a meter a matemáticos más o menos caseros.

3535. Sentado esto como exordio, paso a presentar mi proposición:

«Para salvarme y ayudar a la salvación de los demás es de gran conveniencia saber sumar».

Y sin detenerme a disipar la extrañeza que proposición tan rara de seguro ha de producir en no pocos de mis lectores, empiezo la prueba de mi aserto.

Para ello me bastará recordar la ley fundamental de la suma, puesto que, aunque no sea más que *por los dedos*, ¿quién no sabe sumar? La ley fundamental de la suma es que sólo se pueden sumar números *homogéneos*, o sea, de una misma especie.

Como la proposición sentada tiene dos miembros, pues en ella se habla de la salvación propia y de la ajena, voy también a dividir mi prueba, para que no se me tache de sofista.

3536. Y digo que para salvarse uno tiene bastante con saber sumar minutos.

¿No habéis oído nunca hablar de esa suma? Pues, seguid leyendo y veréis cuánto os interesa.

¿Qué es un santo? Un hombre que emplea el tiempo de su vida en servir a Dios. Y ¿qué es la vida? ¿Qué es el tiempo? No temáis que me dé por meterme en filosofías indigestas.

La vida y el tiempo en orden a la salvación del alma no son ni más ni menos que una reunión de minutos aprovechados o perdidos en mayor o menor número.

Y notad que digo *reunión* y no suma de minutos, porque falta la *homogeneidad*.

3537. Y como no se pueden sumar peras y bancos, sino que las peras se han de sumar con las peras y los bancos con los bancos, a la vida de un hombre sobre la tierra no se le puede llamar suma de minutos, porque de ordinario y desgraciadamente no son de la misma especie esos minutos.

¿Cómo van a ser de la misma naturaleza, en orden a la salvación, el minuto empleado en servir a Dios y el empleado en ofenderle?

¿No hay mucha más diferencia entre una alabanza y una ofensa a Dios, que entre una pera y un banco? Hay que establecer, por consiguiente, dos especies de minutos: minutos aprovechados y minutos perdidos.

De modo, que un santo no es ni más ni menos que un hombre con una gran *suma de minutos aprovechados*.

Un Bú

3538. Eso viene a ser para no pocos cristianos la santidad.

¡Ser santo!, se dicen, y como por ensalmo aparecen en sus fantasías cilicios e instrumentos de torturas, y celdas oscuras y solitarias, y noches pasadas en oración y penitencia, y días llenos de milagros y cosas estupendas, y ¡qué se yo cuántas cosas a cual más difíciles y duras!

Y, ¡claro!, con esa idea que se forman del santo, el nombre y la memoria de éstos más les sirven de miedo que de admiración y ejemplo.

Pero si esos cristianos miedosos se fijaran bien en que ser santo no es esa vida tan desdichada que se fingen, sino que es sencillamente una *suma de minutos* empleados en hacer la voluntad de Dios nuestro Señor, yo estoy seguro de que se desvanecería el *bú* y ellos tendrían más ganas de ser santos.

3539. De modo que, ¿queréis de verdad salvar vuestra alma y ser santos?

Pues mirad a qué se reduce todo: a santificar el *minuto presente* con el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Mirad si esto es fácil y cómodo; no hay que preocuparse de lo que se hará mañana o luego, basta con que os ocupéis del minuto presente.

¿Qué me pide Dios en este minuto? ¿Escribir? Pues escribiendo bien me voy salvando y haciendo santo. ¿Orar? ¿Leer? ¿Comer? ¿Pasear? ¿Recrearme? Pues orando, leyendo, comiendo, paseando y recreándome bien, en ese minuto voy por buen camino.

¿Que eso es muy poco?

Pues ahí de la utilidad de saber sumar; cada minuto en sí mismo bien poca cosa es.

3540. ¿Veis todas esas virtudes y heroísmos de los santos que tanto os asustan?

Pues oídlo bien: esas virtudes y esas maravillas no son ni más ni menos que *sumas* de minutos de vencimiento propio, de pequeñas mortificaciones, de actos momentáneos de amor a Dios y de paciencia en las flaquezas del prójimo.

Nadie de repente se hace grande, reza el antiguo adagio, y en ninguna ocasión se aplica mejor que en ésta. Los santos de ordinario no se han hecho de un *solo salto*, sino paso a paso; es decir, *minuto* a *minuto*. Y si queremos como ellos obtener *sumas totales* admirables, tenemos que poner todo nuestro ahínco en reunir los pequeños *sumandos*.

3541. Quitad, si os place, a esas sumas admirables unos cuantos minutos, uno solo tal vez, y en vez de un gran santo quizá no encontraréis más que a un hombre adocenado.

¡Y cómo consuela y ensancha el alma, tan oprimida por tanta miseria y por tanto asalto del enemigo, saber que con sólo tener buena intención habitual y gracia de Dios, los 60

minutos de la hora, y los 1.440 del día, y los 526.600 del año, y los millones que suman nuestra vida pueden valer virtudes en esta vida y gloria inacabable en la otra!
¡Ay! Si supiéramos y quisiéramos sumar minutos!

La suma de fuerzas

3542. Otra suma que recomiendo muy de veras a los que andan en trabajos de salvar o ayudar a salvar almas.
¡El desaliento! Esa temible *filoxera* del celo y de la acción católica ¿sabéis cómo se cura muy fácilmente? Sabiendo sumar o penetrándose bien del valor de una suma.
¿De dónde viene el desaliento?
Sin intentar meterme ahora en hacer un estudio sobre él, me contento con apuntar que la palabra o la idea que precede al desaliento suele ser ésta: ¡puedo hacer tan poco! O esta otra: ¡está todo tan malo, que apenas si se consigue algo!

3543. Yo, pobre hija de familia, oscura celadora del apostolado, desconocida socia de la conferencia, modesto propagandista, olvidado sacerdote, ¿qué puedo contra tanta maldad como me rodea?
¿Qué va a hacer mi palabra, mi limosna, mi trabajo, en medio de ese mundo, que no quiere ni ver, ni oír, ni entender?... Y luego ¡está uno tan solo! ¡Menos cuando no se burlan de mí hasta los que debieran ayudarme...!
¡Ése es el proceso del desaliento!
De aquí a cruzarse de brazos no hay más que uno o quizá medio paso.

Un ejemplo

3544. Mejor y más brevemente que otras razones demostrará la eficacia del «arte de sumar» para hacer desaparecer ese desaliento.
El árbol nos da el ejemplo.
En un árbol hay frutos, flores, hojas, ramas, tronco, raíz y raicillas. Todo en él tiene su utilidad y su importancia, pero no todo tiene el mismo gusto.
¿No es verdad que *gusta* mucho más el fruto maduro y dulce que la raicilla terrosa, obscura, irregular y casi imperceptible?
¿A que si fueran sujetos capaces de libertad las diferentes partes del árbol, a todas les gustaría ser fruto *que endulza*, o por lo menos hoja *que da sombra*, que raicilla ignorada? ¡A que sí!
Y, sin embargo, un árbol sin fruto y sin hojas es árbol y vive; pero sin raicillas tan feas y tan despreciables se seca y se muere.
¿Comprendéis el ejemplo?

3545. Raicillas casi imperceptibles y metidas debajo de la tierra del gran árbol de la iglesia, el divino Sembrador os quiere ahí para que con el jugo que labréis con vuestros sudores y lágrimas, y con el rocío de la gracia del cielo, estéis alimentando ese árbol por Él plantado.

¿Lo oís bien? Vuestra misión como raicillas no es más que ésa: dar *jugo* en la medida que podáis; no os inquietéis por lo demás.

Cuando el *Sembrador bueno quiera*, vuestro jugo ensanchará el tronco del árbol, se convertirá en hojas que den sombra y aires puros, en flores que recreen y en frutos que alimenten y regalen a las almas y a los pueblos.

3546. En vuestro oficio de raicillas no busquéis más satisfacción que la que sentirían las del árbol del ejemplo, si fuesen capaces de sentirla: ¡la satisfacción de contribuir a la vida de su árbol! ¡No busquéis otra! ¡La satisfacción del *sumando* de una hermosa *suma*!

¡Y qué! ¿Os parece chico honor y poca dicha contribuir a una *suma* en la que entran como *sumandos* todas las gotas de sangre de los mártires, el valor de los apóstoles, los suspiros de amor y los heroísmos de los santos, los perfumes de las vírgenes, y todo lo virtuoso, y santo, y decente, y bueno que ha habido, hay y habrá en los cielos y en la tierra, avalorado y divinizado todo por la sangre y el amor del bendito y santo Corazón de Jesús?

¡Ay, Dios mío! ¡Si todos nos dedicáramos a sumar!

EL ARTE DE RESTAR

3547. Y siguen las matemáticas dando temas para estos ratos de conversación, que en algo se ha de conocer que el que esto escribe es maestro de escuela o cosa muy parecida.

Ante todo advierto a mis lectores que yo miro con mucha prevención, y no poca antipatía, esta operación aritmética, como todas las de sustracción, tal vez porque de ordinario tenga más sabor cristiano *dar* que *quitar*.

No obstante mi antipatía, yo prometo sacar todo el partido posible de la citada operación en provecho de los que me lean.

Y empiezo por poner tres sujetos, un cómo y una interrogación al verbo *restar*, y ellos me darán el orden y la materia de este articulejo.

¿Cómo restan Dios, el hombre y el demonio?

La resta de Dios

3548. Y contesto.

Dios nuestro Señor, que es el gran *sumador* (perdónese la palabra) y el gran *multiplicador*, tanto en el orden natural como en el sobrenatural tiene a veces que ponerse a *restar*.

Las operaciones predilectas de Dios puede decirse que son las de sumar y multiplicar dones, gracias y maravillas, ésas son las tareas en que se ocupa con más gusto la actividad infinita de su bondad, de la que es propio comunicarse y difundirse en incesantes efluvios de amor.

Pero para conservar esas *sumas* de cosas buenas que da, tiene no pocas veces que *restar* cosas malas que hay en nosotros.

3549. Y allá van unos cuantos ejemplos.

Ellos mejor que otros razonamientos enseñarán la exquisita delicadeza y bondad inefable de nuestro Padre en las *restas* que hace en sus criaturas.

¿Veis aquella cara de quince primaveras, verdadera *suma* de maravillas y encantos?
¡Qué ojos! ¡qué nariz! ¡qué labios! ¡qué colores! No falta un *sumando* para que aquella *suma total* se pueda llamar a boca llena una cara hermosa.
Y ved ahora un proceso muy curioso y muy triste.
Se entera la agraciada de lo que vale su cara (el diablo y su vanidad se encargan de enterarla bien), y en vez de levantarla toda ella al cielo para buscar allí a quien se la ha dado y rendirle gracias, la vuelve a todos lados buscando adoradores de la misma.

3550. Es decir, comienza una idolatría en la que hace de ídolo la cara de referencia o cualquiera de sus encantos, de sacerdotisa la vanidad propia, elevada a la potencia, y de adoradores (pongámoslo en latín para que ofenda menos) *animalis homo*...
Decidme, ¿no será una obra de mucha misericordia en Dios el *restar* un poco a aquella *suma* para que se acabe el ídolo y con él la idolatría? Y ved ahí la razón de ser de esas caras picadas de viruelas, de esos ojos bizcos, de esas narices largas o romas, de esos dientes rebeldes o cariados, de esas bocas que huelen y no a ámbar, de esos cabellos encanecidos o caídos prematuramente, y de ese sinnúmero de miserias y miseriucas que afligen las caras de la pobre humanidad femenina.
Son *restas* que remedian o precaven los abusos de una *suma*...

Otros ejemplos

3551. Lo que he dicho de las caras aplicadlo a las inteligencias esclarecidas, a los corazones magnánimos, a las almas buenas, a las almas grandes..., y a todo lo bueno que lleve la marca del hombre. Yo os aseguro que más tarde o más temprano, al lado de esas grandes sumas de cosas buenas, encontraréis *restas* de limitaciones, defectos naturales, idiosincrasias y miserias que Dios permite en odio y en prevención de la idolatría consabida.
¡Pobres de nosotros, si con esta carne pecadora y con este espíritu soberbio que nos legó el pecado original, Dios no nos hubiera dado más que *sumas* y no hubiera puesto o permitido algunas *restas!*
Y ¡dichosos nosotros, si sabemos entender esas *restas* para aprovecharnos de las *sumas!*

Nuestras restas

3552. Ése podría ser el título de un libro en el que habría que decir cosas muy feas y muy desagradables de nosotros.
Diríase que gran parte de la historia de la humanidad podría escribirse sólo con un signo, con este triste signo ¡-!
Estúdiese bien la historia del hombre a su paso por la tierra en sus relaciones con Dios, hacedor y gobernador supremo, como en sus relaciones con los demás hombres, y se sacará el convencimiento de mi afirmación.
¿En qué otra cosa se ocupa de ordinario el hombre, sino en *sumarse* el mayor número posible de bienes reales o ficticios a costa de los que *resta a Dios* y a su prójimo?

3553. ¿Qué es un soberbio?

Un hombre que trata de *sumar* para sí toda la gloria que le *resta* a Dios.
¿Qué es un incrédulo?
Un hombre que quiere *sumar* para sí todo el crédito que le *resta* a Dios.
¿Qué es un avaro?
Un hombre que trabaja por *sumar* en sus arcas todo el dinero que *resta* al bolsillo ajeno.
¿Qué es un lascivo, un calumniador, un ambicioso, un revolucionario?
Un hombre que trabaja por *sumar* para sí la tranquilidad, el honor, el derecho, el bienestar que *resta* al prójimo o a la sociedad.

3554. Y escudríñese bien y por todos sus rincones la historia del hombre abandonado a sus propios instintos, y en resumidas cuentas no se sacará en claro más que eso: que cada hombre y cada pueblo, en cuanto se desvía de Dios, no se ocupa más que en restar gloria a Dios y bien al prójimo, para convertirlos en sumandos de su insaciable egoísmo. Casi siempre en el fondo de las conquistas, adelantos, inventos y luchas del hombre no hay más que eso: una *suma* egoísta formada con los *residuos* de una *resta* injusta.
Y ahora una autopregunta:
¿Soy yo de los que *restan*?
¿A Dios? ¿A los prójimos? Y de éstos, ¿a mis criados, amigos, familia, conocidos, dependientes...?
¡Qué buen punto para un examen de conciencia!
Cuyo resultado, entre otras ventajas, tendría la de ser matemático.

La resta del demonio

3555. Ésta sí que es la operación favorita del diablo.
¡Restar y dividir! ¡No hay quien le gane a eso!
Y se explica: así como la acción vivificadora de la bondad de Dios es *sumar y multiplicar*, la acción del odio no tiene más remedio que ser acción esterilizadora de *resta y división.*
¿Y cómo resta el rey del odio?
Por un procedimiento sencillo y que, por lo antiguo, debiera ser muy conocido y por desdicha nuestra no lo es.
Vedlo aquí.
Para restar, basta poner debajo de la cantidad de que se va a restar, y que por ésta razón se llama minuendo, otra inferior, que por ser la que se va a restar, se llama sustraendo.

3556. Pues bien, en las *matemáticas demoníacas* existe un sustraendo formidable, de unos efectos verdaderamente asoladores: como que se da el caso no pocas veces que el sustraendo anula todo el minuendo.
Y funciona así: ve el demonio que un alma ha recibido de Dios una buena *suma* de dones y gracias, ve que esa alma trabaja con ahínco por aumentar esa *suma*, con la correspondencia y la cooperación fiel de la voluntad, y con suavidad y finura, que recuerdan sus cualidades de ángel, va metiendo un sustraendo a aquella cantidad de méritos y buenas obras.
Y cuando esto lo ha logrado, deja a la *fuerza de las cosas* el verificar la *resta*. Y cuenta que no para hasta lograr una lista de *ceros* por resultado de la operación.

3557. ¿Sabéis cómo se llama ese sustraendo misterioso?

Con sólo daros el nombre, os convenceréis de que no he fantaseado en la aplicación del procedimiento diabólico.

Los números de ese sustraendo se llaman vanidad, orgullo, envidia, sensualidad, afán de comodidades, de popularidad, debilidad de carácter, y otros parecidos. Y la cantidad que con esos números se forma se llama *amor propio*.

¿Os enteráis bien? El amor propio, con sus hijuelos enumerados, es el gran sustraendo de las *restas del demonio*.

Es algo como el célebre *tío Paco, el de la rebaja*.

¡Y a qué estudio tan interesante y tan sorprendente se prestaría un cuadro en el que apareciera gráficamente la acción de ese sustraendo sobre las almas de los buenos!

Sin verlo, es, y ya por los frutos se adivina, que debe haber muchas almas que padezcan ataques y hasta *indigestiones* del dicho sustraendo...

3558. ¿Verdad que en muchas obras de la gente que pasa por buena se nota no pocas veces la presencia del maléfico sustraendo?

Y lo peor del caso es lo difícil de que la víctima de la *resta demoníaca* se dé cuenta de que lo están *restando* miserablemente.

Y peor, todavía, el chasco que se llevarán algunos y algunas al presentarse ante el justo Juez a darle cuenta de la vida y encontrarse en vez de una *suma* total favorable, una *resta* contraria. ¡Vaya si será un chasco!

Conque, señores y amigos míos, mucho ojo con la *resta* que, como veis, es una operación aritmética que hay que mirar con prevención.

Porque cuando menos se lo piensa uno, se encuentra con un signo ¡-! que deja al mismo y a sus obras a la *luna de Valencia*.

EL ARTE DE MULTIPLICAR

3559. Si yo fuera *gerundiano*, aprovecharía la bonita ocasión que se me presenta ahora de lucir mi erudición escrituraria, encabezando este articulillo, que va a tratar de la conveniencia de multiplicar, con las palabras del Génesis «creced y multiplicaos», con las cuales cualquier discípulo del célebre Fray Gerundio de Campazas demostraría sobradamente que el arte de multiplicar era nada menos que de derecho y mandamiento divinos.

Renuncio modestamente a estas pruebas tan sutiles y elevadas, y a la buena de Dios y como mi pobre caletre vaya dando de sí, voy a entretenerme con mis amigos en hablar de los maravillosos resultados que se obtienen con esa operación aritmética aplicada a nuestra alma y a las acciones que de ella provienen.

3560. Porque, decidme: ¿No sería un gran descubrimiento el que yo os hiciera, si os enseñara el secreto de la tan buscada piedra filosofal?

¿No sería una gran revelación la que os descubriera el procedimiento de convertir un *cero* en un *millón*?

En las matemáticas terrestres sabemos que un cero multiplicado por un número cualquiera, sea éste todo lo grande que sea, no da más que cero; pues en esta teoría de la

multiplicación, que yo os voy a explicar, se realiza el prodigio de que el cero es multiplicable, y que multiplicado por una *cifra* especial, que ya os diré, produce millones y millones, más aún, infinito.

Y antes que os asome a la cara una sonrisa entre burlona e incrédula, voy a tener el gusto de haceros la presentación del *cero* ése que sale tan bien parado de mi teoría de la multiplicación.

3561. Y para que no me salga por ahí algún *don Quijote* de la dignidad humana, quiero curarme en salud, haciendo algunas observaciones sobre la naturaleza de ese *cero.* Que es un *cero* de cuentas.

En el hombre, y vamos a picar un poco en el campo de la teología, hay tres clases de operaciones, correspondientes a su triple carácter o condición animal, racional y cristiano.

Tiene, por consiguiente, obras animales, como el comer, beber, sentir; obras racionales, como pensar, discurrir y querer; y obras sobrenaturales, como hechas por un alma elevada al orden sobrenatural por la gracia del Bautismo.

Todavía en este orden sobrenatural cabe una clasificación de obras, correspondientes a los dos estados en que puede estar esa alma, viva o muerta, es decir, con gracia santificante o con pecado mortal; y, por consiguiente, las obras pueden ser vivas o muertas, según que las haga un alma en gracia o en pecado.

3562. De modo, que cada hombre tiene dos clases de operaciones: naturales y sobrenaturales. Las naturales pueden ser animales o racionales; y las sobrenaturales vivas o muertas.

¿El precio?

3563. Y vamos acercándonos ya el *cero* en cuestión.

¿Qué valen estas obras?

Según la cantidad y calidad del bien que nos produzcan, porque, indudablemente, Dios Creador nos ha dado las facultades de esas operaciones para nuestro bien. Las operaciones animales producen bien o bienestar físico, las racionales bien intelectual o moral, y las sobrenaturales bien sobrenatural, o sea, aumentos de gracias y virtudes en esta vida y gloria sin término en la otra.

Más claro: Yo como (función animal), y ese alimento quita a mi estómago las angustias del hambre y fortalece mi cuerpo; yo estudio (función racional), y mi entendimiento se solaza en la contemplación de la verdad; yo en estado de gracia doy limosna a un pobre por amor de Dios, y mi alma se enriquece con un aumento de gracia de Dios y adquiere un nuevo título a gozar del cielo.

Pero entiéndase bien, sólo estas acciones sobrenaturales vivas son las que me dan cielo, las que me salvan. Las demás, por útiles y perfectas que en su clase sean, no pueden por sí mismas darme ni un rayito de gloria.

3564. Podrá tener un hombre unas fuerzas hercúleas y unos pulmones de bronce, y un estómago de acero, y habrá conseguido ser un hombre con buena salud. Podrá componer unos versos como Virgilio y decir unos discursos como Cicerón, y escribir más que el Tostado, y tener buen corazón y sentimientos delicados, y con todo eso adquirir fama y

gloria, y dinero, y cariño, y admiración, y bendiciones de Dios y de los hombres; pero ni con la buena salud, ni con las muchas fuerzas, ni con la mucha fama se adquiere un adarme de gloria sobrenatural.

Por muy alto que suban nuestros merecimientos naturales, siempre entre ellos y el cielo habrá una desproporción infinita.

Todo eso, con ser tan bueno en sí mismo, vale *cero* para nuestra salvación.

Cero, que lo sería eternamente, si la misericordia inagotable del Corazón de Jesús no se hubiese compadecido de nosotros, enseñándonos y concediéndonos la multiplicación de los *ceros*.

3565. Y aquí, hermanos y amigos míos, sí que hay motivo para que se nos alegre el alma y nos estalle de agradecimiento el corazón.

Mirad qué operación más ventajosa para nosotros.

Poned arriba, en lugar del multiplicando, el *cero* de nuestras acciones, naturalmente buenas o indiferentes, y poned debajo, en vez del multiplicador, estas dos cifras: *Estado de gracia y rectitud de intención*, y ¡a multiplicar! Y veréis con gozo indecible cómo aquellos *ceritos* insignificantes y tan aburridos de la línea de arriba comienzan a estirarse y a pasarse al producto, convertidos en millones y billones de méritos para el cielo.

3566. El secreto de esa operación tan maravillosa está, como se ve, en el multiplicador, la gracia y la recta intención.

¡La gracia!

¡Y qué poca cuenta echan de ordinario los cristianos en el valor de ese factor tan poderoso!

¡Qué poca estima hacen de ese tesoro que se llama gracia de Dios!

¡Estar en gracia de Dios, es decir, recibir sobre nuestra debilidad y miseria todo el esplendor, toda la santidad y todos los encantos de los méritos de Jesucristo, presentarnos ante el eterno Padre cubiertos con la túnica perfumada de su Hijo muy amado, ofrecerle como homenaje de adoración y gratitud toda la sangre, todas las virtudes santas, todo el corazón de su Hijo bendito!

3567. ¡Ay! ¡Si supieran bien los cristianos lo que es *estar en gracia*! ¡Cómo la buscarían con más ansia y cómo no la dejarían perder tan fácilmente...!

¿La rectitud de intención?

Es decir, dirigir nuestras obras a Dios como a fin nuestro y de ellas que es: movernos, no por fines rastreros de lucro o codicia, ni aun por fines naturalmente honestos, sino por Él, porque Él lo quiere, porque Él se lo merece, porque le amo y quiero darle gusto. Esto es, pensar, querer, andar, trabajar, comer, beber, dormir, reír, llorar, vivir y morir, todo yo y todo lo mío a mayor gloria de Dios.

3568. ¿Es cosa ésta difícil?

No, ni muchísimo menos, tanto más cuanto que no se nos exige que cada momento estemos pensando en Dios para hacerle estos ofrecimientos, sino que basta la intención *virtual* de referirlo todo a Él, no retractada por la comisión de un pecado.

Santo Tomás de Aquino, príncipe de los teólogos, ha llegado a decir que para un alma en estado de gracia y dirigida por esta recta intención habitual no hay actos indiferentes: todos los que realice o son meritorios de gloria o son pecados.

3569. De modo que oídlo bien, almas deseosas de vuestra salvación y oprimidas por el peso y el temor de vuestras miserias: cuantos actos humanos, buenos o indiferentes realicéis, teniendo la conciencia limpia y la intención recta, aun sin pensar en cada uno de ellos en Dios ni en el mérito que podéis recibir, son otros tantos aumentos o grados de gloria a que *adquirís derecho*.

Y, por consiguiente, no sólo rezando, mortificándoos y haciendo actos de piedad ganáis cielo, sino escribiendo, hablando, recreándoos moderadamente, vistiendo según vuestro estado, comiendo, bebiendo o durmiendo ordenadamente, y ¡hasta bailando! (modestamente se entiende), ¡cada acto de esos un grado más de gloria!

Así mismo lo enseña el angélico maestro.

3570. ¿Y sabéis lo que santa Teresa de Jesús hubiera dado por un grado más de gloria?

Hubiera, dice ella, sufrido con gusto todas las penas de esta vida y todos los tormentos de los mártires.

¿No es verdad que se ensancha el alma de gozo al contemplar tanto empeño y tanta generosidad por parte de Dios en salvarnos, y tanta facilidad en nosotros para enriquecernos con riquezas imperecederas que ningún ladrón, si nosotros no queremos, podrá quitarnos?

3571. Y notad que ese multiplicador maravilloso es susceptible de aumento; es decir, que mientras más limpia de pecados veniales y faltas esté la conciencia y más dirigida al puro amor de Dios vaya nuestra intención, más valdrá el multiplicador y mayor será el *producto* de nuestra multiplicación.

¡Qué estímulo tan poderoso aparece por aquí para nuestro perfeccionamiento espiritual y para el aumento siempre creciente de nuestro amor a Dios!

3572. Una fórmula muy sencilla para ese multiplicador podría ser ésta: Conservar nuestra alma y hacer nuestras obras de tal modo, que si le preguntaran al Corazón de Jesús por nosotros, Él pudiera responder: ¡Estoy contento..!

¡Hacerlo todo para darle gusto al Corazón de Jesús!

¡Vaya una buena *multiplicación*, o mejor, vaya una *elevación a potencia!*

EL ARTE DE NO DIVIDIR

3573. Así, de no dividir, porque como dije al hablar del *arte de restar*, estas operaciones de sustracción no son ordinariamente del agrado de Dios nuestro Señor y no debe serlo, por tanto, de nosotros.

Sólo Dios es el único que sabe sumar y multiplicarse siempre sin *dividirse jamás*.

Eso de dividir y dividirse es propio sólo de nosotros, seres limitados, que no podemos dar a uno sin quitar a otro, es decir, que no podemos multiplicar sin dividir o dividirnos.

El dividendo

3574. Y sin más, os voy a presentar el dividendo de esa división contra la cual trato de preveniros.

Es un dividendo sumamente divisible, tanto o más que las bolitas de azogue con que juegan los niños.

¿Las habéis visto? Poned una de esas bolitas sobre la palma de vuestra mano, y al menor movimiento, la bolita de vuestros entretenimientos se ha divido en porción de bolitas y éstas, más tarde, en otras, para volver a sumarse otra vez y luego a dividirse, formando así un juego que nunca acaba.

3575. Pues ¿sabéis cuál es en nosotros esa bolita tan inquieta y tan divisible?

Nuestro corazón.

Ése es el dividendo más temible que tenemos.

¿No lo habéis observado?

Por donde quiera que vamos, en donde quiera que nos entretenemos, a donde quiera que miramos o tendemos, allí se verifica una operación de dividir, en la que el corazón hace de dividendo y las cosas que nos rodean y atraen de divisor.

Y como estamos hablando de operaciones aritméticas, para seguir más fielmente el símil, vamos a darle un valor numérico al dividendo y veréis qué teoría de la división más inesperada y más instructiva.

3576. Supongamos dividido el cariño que puede dar nuestro corazón en cien gramos o céntimos.

De donde deduzco que querer a una persona o a una cosa con *todo el corazón*, es darle *cien céntimos de cariño*, quererla a medias es darle *cincuenta céntimos*, quererla un poco es darle *unos centimillos* de cariño.

De modo, que en el lugar del dividendo pongo este número cien; en el del divisor pongo las personas o cosas entre quienes quiero dividir mi cariño, y el cociente me dirá los *céntimos* de cariño que doy a cada una de las cifras del divisor.

3577. Para mayor claridad de los que hayan olvidado las cuentas que aprendieron en la escuela, cuando niños, pondré varios ejemplos con corazones, o mejor dicho, con dividendos de distintas edades o sexos.

Corazón de un mes a dos años o tres años: los cien céntimos de este corazón de ordinario se *dividen* entre dos: el pecho de la madre y los brazos de la niñera.

Corazón de tres a doce años: estos cien céntimos suelen dividirse en tres: los padres, los amiguillos y el juego del tiempo (pelota, trompo, bolas, aro, piola, billarda, o si es niña, muñeca, casitas, etc., etc.). Nota: Si hubiera céntimos de odio o de antipatía, se le guardarían un ochenta por ciento por lo menos, a la escuela y al maestro.

Corazón de doce años a los veintitantos: en esta edad suele añadirse al *divisor* una nueva cifra un poco vaporosa al principio, afectando después la forma de un misterioso *príncipe azul* (o *princesa*, según el sexo del dividendo), y que termina por tomar la forma de un pimpollo con bigotes apuntados o una *pimpolla* tras de una reja.

3578. De ordinario, esta nueva cifra que se añade al divisor es muy egoísta y no tarda en hacerse incompatible con las demás hasta echarlas fuera, terminando entonces la división por trasladarse todo entero el dividendo al pie del divisor.

Pero después, en otras edades, y a veces en esas mismas que llevo escritas, se multiplica el número del divisor, y en él entran muchas clases de cifras, como el dinero, la gloria mundana, el placer, los pájaros, los caballos, los toros, el perrito faldero y seres y hasta monstruos de todos los órdenes de la naturaleza.

3579. Y puedo aseguraros que la única operación en este mundo de este pobre corazón humano es ésta: buscarse divisores entre quienes distribuir los céntimos de su cariño.

Lo que da por resultado, entre otras cosas, la fama de inconstante y desleal que pesa sobre el corazón humano.

Porque, ¡claro es!, mientras más cifras meta en el divisor, a menos parte de cariño caben, y hasta tendrá que echar fuera *cifras viejas* para que las *nuevas* quepan a algo.

Y pregunto ahora

3580. Después de tanto dividir y dividirse nuestro corazón, ¿qué le guardará a Dios? ¿Qué lugar le señalará en su divisor?

Triste es decirlo, pero no creo equivocarme mucho afirmando que en muchos de esos divisores ocupa Dios nuestro Señor el lugar de uno de tantos; esto es, metido en la fila de perritos, gatitos y pájaros azules y de todos los colores, y ¡pluguiera a Él que no estuviera entre cosas más malas!, y que en otros divisores ni aun entra siquiera.

En los primeros tiene para Él el dividendo los *centimillos* de la atención de un Padrenuestro rezado alguna vez que otra, de una Misa oída más o menos distraídamente en los días de fiesta, de una genuflexión al pasar el santo Viático, de una señal de la cruz al acostarse, algo en fin; pero en los segundos, nada: en aquellos corazones no hay *ni un céntimo* para su Dios.

3581. Y cuenta que el mismo que nos ha formado y dado el corazón, ha mandado que lo amáramos con toda el alma y *todo el corazón*.

Es decir, Dios no quiere ni veinte, ni treinta, ni noventa céntimos de cariño nuestro, los quiere todos, los exige todos.

Y no transige con que lo incluyan en divisores de cariño.

Y aquí surge un conflicto.

Si Dios me manda que mis *cien céntimos* de amor se los dé a Él, ¿qué me va a quedar para mis otros cariños legítimos? Y ¿cómo ese mismo Dios que me manda amarlo a Él con todo el corazón me ordena en el siguiente mandamiento amarme a mí rectamente y a mi prójimo como a mí mismo? ¿Cómo me las voy a arreglar para amar con todas mis ganas a quien debo, y no dejar de amar a Dios con todo el corazón?

La fórmula nos la da la misma teoría de la división.

3582. La división que nuestro corazón hace entre las criaturas es una división de números *decimales*.

El dividendo lo forman céntimos, esto es, *fracciones decimales* de cariño humano, y el divisor lo forman *fracciones decimales* de bondad: que las criaturas, entre las que dividimos nuestro cariño no son ni más ni menos que fracciones o participaciones de la bondad de Dios.

De tal modo, que en tanto les damos cariño en cuanto las vemos o nos parecen buenas.

3583. Y ¿cómo enseña la aritmética que se dividen los decimales?

Pues, si puede ser, se reducen a unidades y se simplifica la operación.

Y ahora veréis qué modo de simplificar.

Pongo en el dividendo 100 = 1 corazón; y en el divisor pongo todos los objetos lícitos y legítimos de mi cariño, padres, parientes, amigos, fortuna, comodidades, aspiraciones, etcétera; y en torno de todas esas cifras trazo una línea que se parezca a esta figura:

El Corazón de Jesús

3584. Y tendréis todas las *fracciones decimales* reducidas, o mejor dicho, *elevadas a su unidad*.

Y ahora, ¡a dividir!, digo si podéis, porque resulta esta fórmula: 1 corazón, o mejor, 1 *corazoncillo dividido entre un Corazón de una vez*.

Y como la unidad no puede dividirse por otra unidad y mucho menos la unidad de orden inferior, como la de nuestro corazón que vale sólo ¡cien céntimos!, ¡una peseta!, por la del orden superior como la del Corazón de Jesús que vale *infinito*, resulta que... *no cabe*.

3585. De donde saco: 1.º Que *dividir* nuestro *cariño* es mala operación con respecto a Dios, porque lo ofende, rebaja y lo roba; con respecto al prójimo, porque lo reduce a cifra divisoria de *quita y pon*; y con respecto a nosotros, porque es angustioso y depresivo andar vendiendo don tan precioso como el amor a *cuarto* y a *ochavo* como los altramuces.

2.º Que el único modo digno y noble de dar nuestro corazón no es por *división*, sino por *entrega total* y sin reserva al Corazón de Jesús.

Ahí caben y se engrandecen, y hasta se divinizan, todos los amores buenos y puros.

3586. Querer sin Él es dividirse y esterilizarse; es poner un *puesto de cariño* a céntimo el gramo.

Querer por Él y con Él es multiplicar nuestro amor y darle una fecundidad y grandeza casi infinitas.

Una chiquitina de mi catecismo, a quien había regalado repetidas veces *detentes* o estampas del Sagrado Corazón, se me acerca un día, y temerosa de poner más a prueba mi generosidad, me presenta una moneda de cinco céntimos, diciéndome al mismo tiempo con un desenfado encantador: Deme usted una *chica de Corasó*...

Pues un grito parecido, aunque no con ese desenfado encantador, están dirigiendo a nuestro corazón las personas y cosas que le rodean.

¡Danos un céntimo de cariño!

El céntimo pasa después a la *perra chica* del caso, de la *chica* a la *gorda*, y de la *gorda* hasta la *peseta*, es decir, hasta quedarse con todo el cariño de nuestro corazón.

3587. Hermanos, hermanos, ¡a no dar *chicas* de corazón a nadie!

¡A dar el corazón entero a quien entero lo dio por nosotros!

¡A no olvidar la coplilla:

Corazones partidos
Yo no los quiero,

Que cuando doy el mío
Lo doy entero!

¡Entero! ¿Lo oís? Sin *división*.

GRANITOS DE SAL

SEGUNDA SERIE

(Aperitivos para las almas inapetentes)

AL LECTOR AMIGO

3588. *Y llámote así, porque, aunque de mi no conozcas sino la portada, tengo por cierto que tú, quien quiera que seas, si no eres amigo mío, estás en peligro inminente de serlo, como voy a demostrártelo en un periquete.*

Por lo pronto, demuéstrote que no eres enemigo, y ya esto es un paso para la amistad presunta.

¿Quién, por muy rebosantes que tenga los depósitos de sus bilis, se atreve a poner ceño adusto y humor de perros a unos pobres **granitos,** *que diz que es lo menos a que se puede llegar en la escala de las elevaciones sociales, fisiológicas y físicas?*

3589. *¡Un granito! ¿Quién va a enemistarse con él?*

Sí, aunque fuera de dinamita, no serviría más que para triquitraques y cohetes de chicuelos y gente divertida.

Muy poco, es verdad, se paga en el mercado por la sal, pero no es menos verdad que sin ella, tanto en sentido real, como metafórico, no se condimenta ningún guiso ni para el estómago ni para la inteligencia, que es el estómago espiritual.

¡Soso! Poned ese mote sobre el plato de vuestra mesa, sobre el libro que vais a leer o sobre el amigo que os busca, y por muchas y buenas dotes que aún les queden, nada ni nadie os quitará de la cara un gesto que quiere decir: ¡qué lástima!

De manera que, por el pronto, yo ni a título de **granito**, *ni a título de* **sal,** *pongo en tu cara ningún gesto que signifique disgusto o malquerencia.*

Pero ¿amigos?

3590. *También, lector, voy a demostrarte que tú y yo somos o seremos a las primeras hojas que de mí leas dos buenos amigos.*

¿Sabes por qué? Aunque se ha dicho, y no seré yo el atrevido que lo ponga en tela de juicio, que «quien bien te quiere te hará llorar», no creo yo que siempre sea menester hacer llorar a la gente para demostrarle que la queremos bien.

Paréceme que también se puede probar y ganar cariño haciendo reír.

3591. *Y yo, tan chiquitín y esmirriado como me ves, vengo lleno de esas intenciones.*

Quédese para otros más graves que yo el oficio de arrancar lágrimas, única agua que ablanda y limpia las almas endurecidas y sucias, que yo para mí tomo el menos enojoso y más grato de arrancar no carcajadas, que no soy payaso, sino sonrisas de benevolencia, gestos de agrado, mohines de sorpresas un poco intencionadas y equilibrios de buen humor; y en Dios y en mi ánima prometo no desperdiciar tan buena coyuntura para entrarme más adentro y ejercitar mi doble virtud de preservar de la corrupción y estimular el apetito en las almas de mis asaltados.

Porque, y ya voy a ponerte en claro todos mis intentos, para que siquiera por la lealtad me quieras, porque, repito, yo voy en busca de tu alma.

3592. *A tu alma, quizá dormida o aburrida, quizá inapetente para las cosas que le convendría gustar, tal vez poco enterada o tal vez corta de vista, tu alma que vale más que todo el dinero del mundo, puesto que costó Sangre de Cristo, y de cuyo precio quizá tú haces poca estima, a esa alma viene buscando* ***granitos de sal*** *para despertarla y alegrarla, si está dormida o adormilada; para abrirle las ganas de trabajar por Dios y por el cielo, si está inapetente y floja; para condimentarla con sal de sentido cristiano y gracia de Dios, si está sosa; para alargarle la vista, si la tiene corta; para... y me paro aquí porque me b¡voy poniendo serio y eso me está prohibido.*

Conste que vengo con las mismas intenciones que mi hermano mayor, el otro ***granitos de sal*** *que anda años ha por esos mundos benditos de Dios y acogido con cariño por los hombres.*

3593. *Quieran el Sagrado Corazón de Jesús, para cuya gloria esto se escribe, y la Madre Inmaculada, dueña y señora de los pensamientos y cariños del autor de estos renglones, deparar a esta nueva serie de* ***granitos de sal*** *la misma suerte que concedió a la primera, y que, como ésta, despierte en todo el que los saboree muchas hambres de verdad de Dios, de amor de Corazón de Jesús, de delicias de Sagrario, de trabajo abnegado por la santa Iglesia y por el pueblo.*

Ojalá la lectura del último renglón de estas páginas coincida con un gran bostezo no de hartura por lo leído, sino de hambre por lo dejado de comer, y que a ese bostezo de la boca corresponda un grito del alma pidiendo al Corazón de Jesús el cumplimiento de la obra de misericordia, de dar de comer al hambriento.

Porque esas hambres sólo Él las satisface.

EL ARCIPRESTE DE HUELVA

Primer viernes de enero de 1914.

POSTDATA PARA LA 2ª EDICIÓN

3594. Un derroche de misericordia del Corazón de Jesús ha trocado al arcipreste de Huelva de la 1.ª edición en el obispo de Málaga de esta 2.ª, y declaro que ahora con el báculo, como siempre con la pluma, quiero seguir quitando inapetencias de almas y despertando hambres de fe viva y de amor de Jesús hasta la locura.

+ MANUEL GONZÁLEZ
Obispo de Málaga

Primer viernes de marzo de 1929.

OTRA POSTDATA PARA ESTA 3ª EDICIÓN

3595. ¡Dos derroches! Uno de fuego revolucionario, tan ardiente como el odio que lo incendia, consumió lo que quedaba de la 2.ª edición de este libro con todos los demás libros del pobre GRANITO DE ARENA y todo lo mío como obispo y como persona en la noche del 11 al 12 de mayo de 1931..., y otro derroche de misericordia del Amo, que me

salvó la vida y tocó los corazones de los buenos para que resucitaran de sus cenizas éste y otros librillos míos... ¿Qué voy a decir que explique mejor la aparición de esta 3.ª edición?

A esos dos derroches añado otro de perdón a mis enemigos, y de ganas de *vengarme* de ellos haciéndoles todo el bien posible con mi pluma, con mi lengua, con mi corazón y hasta con mi pobre *sal*.

Y ¡hasta la 4.ª que la *provoque un derroche* de lectores de esta 3.ª!

+ MANUEL GONZÁLEZ
Obispo de Málaga

Gibraltar, noviembre 1931.

OTRA PARA LA 4ª EDICIÓN

3596. Agotado el *ejército* de **GRANITOS DE SAL** que hemos venido echando por esos mundos, dudo entre echarlo de nuevo o dejarlo dormir el sueño del descanso que se tiene tan bien ganado con sus *batallas*.

Pero me pregunto: ¿Abundan todavía por el mundo los inapetentes de cosas buenas, morales y espirituales, los *desaboridos*, los *sosos*?... Un sí aplastante me responde; y el peso de este sí me hace coger la pluma para decir al amigo impresor: Adelante con los **granitos de sal...**, y Dios los siga bendiciendo.

+ MANUEL GONZÁLEZ
Obispo de Palencia

Diciembre de 1939.

DESCUBRIENDO MUNDOS

UN VIAJE AL PAÍS DE LOS LIMPIOS

3597. Cuando escribo esta líneas, Huelva se halla *ardiendo* en fiestas, para celebrar al 419 aniversario de la salida de Colón del Puerto de Palos para descubrir el nuevo mundo.

Y en verdad que Cristóbal Colón no habrá quedado disgustado de los entusiasmos de Huelva por él.

Como que en término de tres días, que han durado las fiestas colombinas, miren ustedes todo, o mejor, algo de los que se ha hecho y dicho en honor de Colón en estas tierras.

Recepción de una compañía de infantería y de cuatro barcos de la escuadra, un certamen literario-artístico con la consabida ración de poesías, música y discursos, hasta del padre vicario, misas en la Rábida y de campaña en el muelle, recepciones, conciertos musicales, tres o cuatro banquetes, dos o tres jiras campestres, iluminaciones fantásticas y, ¡asómbrese!, *cinco* bailes consecutivos de sociedad, ¡en tres días!

3598. Creo, señores, que no se puede hacer más en menos tiempo, y que el inmortal genovés no tendrá queja de que en Huelva no se le quiere y se le festeja.

No es ahora mi intento analizar la finalidad, utilidad y trascendencia de esos festejos, y sí convendría, en vez de esas fiestas vertiginosas, algo más práctico y más en armonía con las corrientes de hoy de decidida simpatía iberoamericana. No, quédese eso para otras plumas y para otras columnas, mientras yo, tomando pie del hecho de Colón, me dedico a presentar a mis amigos y lectores

El arte de descubrir un mundo

3599. Un mundo, sí, más grande, más rico y para la inmensa mayoría del género humano más desconocido y misterioso que el mundo de Colón.

¿Quién quiere ser *Colón* de ese mundo?

A responder a esa pregunta vienen estos GRANITOS DE SAL..., que por arte de *birlibirloque* van a convertirse ahora en las célebres *naos* o carabelas que llevaron a aquel puñado de locos heroicos a la conquista del *mar tenebroso*.

Conque ¡abordo, y a bogar!

No me detendré yo aquí en contar las peripecias del viaje, tanto más cuanto que su duración es muy varia; hay ocasiones en que se llega pronto y otras en que se tarda mucho.

3600. De un golpe nos ponemos dando vista a tierra y empezamos a describir el mundo que nuestros ojos van descubriendo.

La primera cosa rara que encontráis allí es que no hay límites geográficos; el país de nuestros descubrimientos unas veces está limitado por los muros de una casa, otras por los de un poblado, y otras por los mismos límites de una persona.

Eso os quiere decir que este mundo no es un mundo material, formado con piedras, tierras, ladrillos y tejas, sino espiritual, pero, ¡cuidado!, no por esto menos real.

Desembarcamos, y nos detenemos ante la puerta principal de aquel pueblo, que por cierto es una puerta propia para el palacio de un rey.

3601. Os dejan admirados dos ángeles que coronan el arco de entrada, sosteniendo un letrero que dice:
«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».
¿Os enteráis? Entramos en *el país de los corazones limpios*.
Veréis qué bello país.
¿No habéis visto nunca los ángeles?
Pues aquí veréis muchos de ellos.
Y se explica: como aquí no viven más que corazones limpios, y los ángeles lo son en alto grado, viven aquí como en su casa.

3602. Yo creo que una de las razones porque en este valle de lágrimas no vemos la cara a los ángeles es porque la tienen la mayor parte del tiempo tapada de vergüenza, de asco, de horror...
¡Cuidado, que esto no es más que una opinión mía!
Pero ¿qué digo ángeles?, si en aquel país parece que se ve a Dios: por lo menos, se le oye, se le siente y se anda con Él, y, ¡claro!, como en donde está el rey está la corte, ¿qué extraño es que, estando allí el rey celestial en medio de los *corazones limpios*, los ángeles de su corte campeen a sus anchas?
¡Adelante!, nos dice más con el ademán, alegremente suave y atractivo, que con la voz uno de los guardias de la puerta.
Y, anda que anda, nos internamos por las calles del país de nuestras exploraciones.

3603. Fijaos en el pavimento.
¡Qué terso, qué pulimentado, qué limpio!
Y, ¡cosa rara!, de trecho en trecho lo cubren montones de cardos silvestres y plantas espinosas o de pedazos de vidrio, tan agudos y cortantes unas y otros, que los que por allí pasan, salen con los pies ensangrentados. A poco de fijarnos en aquellos montones de espinas, vemos unos letreros formados por las mismas que decían: *calumnias, desprecios, ingratitudes, enfermedades*...
Uno de los felices habitantes del país misterioso salió al encuentro de la extrañeza que nos producía aquel contraste de alegría inalterable en las caras de todos y de heridas dolorosas en los pies de muchos.
-Aquí las espinas, como veis, no punzan la cabeza, ni el corazón, ni el alma, como allá en el mundo, *sino sólo los pies*, que son los únicos que aquí tocan el suelo; por eso, aunque se derrame sangre, la cara no deja de estar risueña.

Las calles

3604. ¡Qué calles! ¡Si parece que por cada una de ellas se va a dar uno de cara con las mismas puertas de la gloria!
En vez de rótulo en las esquinas, hay ángeles que con la expresión o con la palabra dan a entender el nombre de la calle y condición de los habitantes.

Calle de la contrición, quería decir el ángel de la primera calle por donde entramos, con su túnica morada y su cara entre dolorida por un recuerdo y esperanzada por una palabra de perdón y de olvido.

Y ¡qué caras las de los vecinos de la calle *contrición!* Las hay de todas las edades y de todos los sexos. ¡Qué caras más interesantes! con unos surcos abiertos del mucho llorar, con unos ojos de mirar tranquilo y humilde, con una expresión en toda ella muy parecida a la mezcla de dolor y esperanza del ángel de la entrada. Por el interior de las viviendas se oyen golpes como de disciplinas cayendo sobres espaldas penitentes, mezclados con cantos sollozantes de estrofas del *miserere;* pero ni los sollozos que acompañan a las estrofas, ni el ruido de aquellos golpes, ni la expresión dolorida de aquellos vecinos destruyen el ambiente de paz y de dulce calma que allí se respira.

3605. *Calle de la amistad*: ¡qué bien lo expresan los ángeles de la calle! ¡Qué bienestar se siente aquí! ¡Qué palabras tan tiernas, qué miradas tan puras, qué ademanes tan finos, qué manera de ayudarse unos a otros para amar a Dios, qué afán por servirse unos a otros, por evitarse molestias, por adivinar deseos para satisfacerlos! ¡Qué a gusto se vive en la calle de la *amistad* del país de los *corazones limpios!*

3606. *Calle de la esperanza*, ¡qué cerquita debe estar esta calle del cielo! ¡Cómo levanta y acerca a él el ángel de la entrada con su mirada y sus manos señalando allá arriba...!

3607. *Calle del dolor alegre*: Aquí hay paralíticos de muchos años, y enfermos incurables y heridos sin cicatrizar, y huérfanos de padre y madre, y hombres y mujeres con muchas penas y lástimas y dolencias de cuerpo y de alma. Y, ¡raro fenómeno!, en vez de llorar, ríen; en vez de quejarse, cantan; en vez de maldecir su suerte, bendicen a Dios...

3608. *Calle del perdón generoso; calle de la paz del alma; calle de la pobreza de espíritu; calle del amor puro; calle de la humildad triunfante; calle de los desengaños, de la gratitud, etc...*

Y ¡eche usted calles y títulos deslumbrantes y caras hermosas y alegría inacabable, y suavidad y olor de cielo y paz y ventura y todo lo bueno que puede uno imaginarse!

3609. Y si de las calles se pasa a los elegantes y variados palacios que entre ellas se levantan, el papel es poco y la pluma torpe para decirlo todo.

Aquí el *palacio de la indulgencia habitual*, allí el de las *menudas gracias diarias*, a un lado el de la *generosidad a prueba de ingratos*, a otro el de la *limosna oculta*, acá el de la *paciencia inagotable*, allá el de los *pequeños vencimientos diarios*...

¡Qué variedad de tipos y de escenas, qué ir y venir tan animado, tan alegre, tan armónico, tan suave!

3610. Y como marco de este gran cuadro, el río que circunda a todo aquel país. Nace al pie de la única iglesia, o mejor, altar-Sagrario, coronado con una hermosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús y situado sobre la colina más elevada; es un río manso, perfumado, transparente, azul, como el río de la Virgen de Lourdes, con la rara propiedad de ser el *sostén* y la *medicina* de toda aquella comarca.

Se desborda de tiempo en tiempo, y riega, fertiliza y hermosea todo cuanto baña.

Si alguno de los moradores se siente inquieto o herido o tentado de salir del país, un baño en aquellas aguas le quita inquietudes, tentaciones, heridas...
Aquel río se llama el *río de la caridad*.

3611. Pero, paréceme ya oír a algún *prosaico* lector de GRANITOS DE SAL, ¿esto es realidad o sueño? ¿Existe ese mundo de verdad o sólo en la fantasía del escritor? ¿Se trata quizá de un cuento o leyenda presentados al certamen en honor de Colón?
No, no, ese país existe y con muchos más encantos y maravillas que el cronista narra. Un país real y verdadero, tanto por lo menos como este otro país de odios, pecados, malas voluntades y falsías en que vive la inmensa mayoría del género humano.
¿En dónde?

3612. Otra singularidad de este raro país: se le descubre no en un sólo punto del globo, sino en muchos, y además en donde uno quiera.
Su tierra es unas veces el claustro de un convento observante y fiel, otras el hogar de una familia cristiana de verdad y por *unanimidad*, otras es el lugar en donde varios amigos, según el Corazón de Jesús, se reúnen y se tratan, y otras, por último, es el alma de uno mismo, cuando de verdad se propone tener *limpieza habitual de corazón*.

3613. No, no es mundo de allá de las estrellas, es el *reino de Dios*, que, según la palabra del Maestro, *está entre nosotros*...
¡Reino bendito y venturoso! ¡Reino de paz, de virtudes y de amor! ¡Qué desconocido eres y qué lejos estás de para muchos, estando tan cerca! ¿Por qué los hijos de los hombres no quieren morar en tus alcázares, ni descansar a la sombra de tus árboles, ni cruzar tus calles alegres, ni refrescarse a la orilla de tu deleitoso río, ni postrarse al pie de tu deleitoso Tabernáculo...? ¡Dios mío! ¡Piedad para ellos, y bendiciones para Ti por haber hecho tan bienaventurados a los *limpios de corazón!*

UN VIAJE AL PAÍS DE LOS SUCIOS

3614. La ley de los contrastes me impulsa, lector amigo, después de haberte acompañado a dar un paseo por el encantador *país de los corazones limpios*, a proponerte ahora otro paseíto por el antípoda suyo, o sea, por el *país de los corazones sucios*.
A guisa de provisiones para el viaje, te advertiré que éste no tiene nada de pintoresco ni de agradable, pero que, en cambio, una visita a él, con las debidas precauciones *antisépticas*, ofrece provechosas y utilísimas enseñanzas.
Con esta advertencia, y con la de que es preciso recogerse bien el vestido para no salpicarse al andar por aquellas tierras y tomar para el alma todas las precauciones que se toman para evitar al cuerpo el contagio del cólera.

¡En marcha!

3615. Y no creas, amigo mío, que haya que andar mucho; el camino para el *país de los limpios* es mucho más largo y molesto que el del *país de los sucios*.

¿Ves el tiempo que se echa en formular un pensamiento y conseguirlo? Pues ése es a veces el tiempo que se emplea en colarse de rondón por el mal oliente país.

Hay, aparte de ésa que pudiéramos llamar *trocha*, otro camino, tan suave, que se anda casi sin sentir, tan entretenido, que apenas se da uno cuenta de que va por él, y tan seguro y eficaz para llegar a aquel país, que son raros los que, andándolo, no llegan a él, y llegando, se salen.

Se llama ese camino: *la carretera de la tibieza espiritual...*

¡Alto!

3616. Estamos dando vista al país de nuestras exploraciones.

¡Cómo alegra los ojos esta pintoresca explanada que rodea la entrada!

Allí de floridos jardines, de salones de bailes, de variadas clases de juegos para todas las edades y todos los gustos, de apuestos galanes y estiradas damas, de tiernas parejas, de figurines vivientes de la moda, demasiado escasas de ropa y de figurones demasiados sobrados de atrevimiento... Pero todo, ¡qué confortable, qué enloquecedor, qué chic!

Allí hay un letrero: *Avenida de las tentaciones*, ése debe ser el nombre de todo este barrio; y aquí y allí, otros que dan nombre a sus paseos.

Paseo de la coquetería, de la desaprensión, de la frivolidad, del atolondramiento, del respeto humano, del buen tono, y el más extraño de todos, de la *piedad de doublé...*

¡Adentro!

3617. Atravesamos la puerta, que es baja y ancha, sin duda porque los que por allí entran son gente ruincilla y de *anchuras*, y henos de hoz y de coz metidos en el *país de los sucios.*

¡Y vaya si tiene bien merecido el título!

¡Qué olor y qué color el de aquellos suelos, de aquellas casas y de aquellas calles!

Desde luego, se echa de ver que aquella tierra es bastante extensa y muy poblada; ofrece el aspecto de una ciudad grande en ruinas; ¡y qué ruinas!

Figúrense ustedes que el pavimento de las calles es de un cieno pegajoso y mal oliente que trepa de espaldas. Y ¡cómo apena el ánimo del visitante ver a los moradores de aquel pueblo andar trabajosamente por entre el cieno, unos hasta las rodillas, otros hasta la cintura y muchos hasta los mismos labios! ¡Y cómo aumenta la pena al distinguir de entre aquellos encenagados algún que otros niñito de doce años, no pocas jovencitas de quince y veinte y, ¡Dios mío!, hasta... ¡qué contraste tan aterrador causa el ver flotar sobre aquellas olas negras el escapulario azul o la medalla, que todavía prenden de aquellos cuellos...!

Las calles

3618. ¡Vaya un rótulo el de la primera que encuentro!

Calle del dolor rabioso: Y de unos zaguanes oscuros y de unas ventanas tapadas con telarañas y de todos los huecos de aquellas casas, ¡qué gritos!, mejor ¡qué alaridos!, ¡qué

blasfemias!, ¡qué salir y entrar de los vecinos sin preocuparse de otra cosa más que de llorar y despedazarse!

Es la calle de los arruinados por el juego, de los destrozados por la lujuria, de los enfermos incurables que no saben rezar, de los vencidos de la vida que no se han enterado nunca o han olvidado para qué sirve un Jesucristo crucificado con los brazos abiertos.

Calle de la mala suerte: ¡Cómo rechinan por allí los dientes!

Calle del sobresalto continuo, de la muerte repentina, de los empedernidos, de los reincidentes, de los cobardes, del sacrilegio...

El gran boulevard

3619. Éste merece párrafo aparte: forma lo que pudiera llamar el corazón de la ciudad.

Se llama el *gran boulevard de los siete*.

Por lo que después se ve, esos siete se refieren a los *pecados capitales*, pues una estatua de cada uno de ellos preside las siete amplias avenidas que forman el *boulevard*.

Avenida de la soberbia: Si no fuera porque la impresión de asco y de pena que le sobrecoge a uno al entrar en aquel país es tan extensa que domina a toda otra impresión, habría que reírse al echar la vista por la *avenida de la soberbia*.

Como aquí se ven las cosas como son y no como aparecen ante los ojos del mundo, tienen que ver y que admirar aquellos soberbios y soberbias (que de los dos sexos hay) haciendo el papel de oso; aquí, un señorón vestido de *punta en blanco*, para quien las aceras son estrechas, que resbala y cae al cieno y sale de *punta en negro*; allí, una elegantísima señorita con aires de diosa del olimpo, a quien la tralla de su cochero distraído cruza la cara, dejándole como nacidos por generación espontánea unos bigotes del cieno que casualmente traía la malhadada tralla.

3620. Bien pudiera llamarse aquello la avenida de *contrastes humillantes*, que nunca faltan a los soberbios.

Avenida de la lujuria: ¡Tapa, tapa! ¡Cuánto cerdo, cuánta cerda y... cuánta peste!

Avenida de la envidia: ¡Si parece un cementerio! Figuras humanas que, a fuerza de roerse, parecen esqueletos ambulantes con ojos muy grandes para ver y llorar el bienestar del prójimo. ¡Qué horror!

Avenida de la pereza: ¡Pobre gente! ¡Cuánta mosca y cuánta miseria caen sobre ella! ¡Qué horror!

Monumentos públicos

3621. Los hay numerosos.

El palacio de la moda de París: Yo le llamaría el *palacio de las equivocaciones:* Allí entra una ramera y sale *pareciendo* una mujer elegante; entra una señora o señorita decente, y sale pareciéndose a la ramera de antes; entra una con el pelo negro o cano, y sale *pareciendo* rubio como las candelas o negro como el azabache; allí entra *un o una pergamino* de setenta otoños, y sale pareciendo un oloroso *bouquet* de quince abriles, no más. Allí entra el jorobado, y sale sin joroba, la gorda o delgada, y sale delgada o gorda, y

el tuerto, con los dos ojos, y el cojo, con las dos piernas, y todos los averiados salen orondos y flamantes como recién salidos del horno.

Pero lo interesante de este palacio es la *puerta falsa*; por allí pasa lo que no *puede pasar* por parte alguna: caras que a fuerza de afeites y mejunjes, se han envejecido y arrugado. Cabezas que a fuerza de tinturas y rellenos, se han quedado vergonzosamente calvas; talles deformados de tanto ajustarse, y *alambicarse*, pies callosos y *ajuanetados* de tanto apretarse, y un ejército de enclenques y de viejos y viejas prematuros, a fuerza de vivir contra la naturaleza y el sentido común.

3622. *Palacio del rey Jorge*: La puerta más concurrida de esta casa es también la de escape, que comunica directamente con el *despeñadero de la desesperación*, que luego describiré.

Palacio del placer: Este palacio y el anterior son los que dan más contingente de vecinos a la calle del *dolor rabioso* y al *despeñadero de la desesperación*.

Pero como mi objeto no es escribir un *guía oficial* de ese desdichado país, paréceme que será ya tiempo de buscarle la salida.

Permítanme, sin embargo, hacer pasar un mal rato a la imaginación y al estómago de mis lectores, presentándoles el fenómeno más raro y espeluznante que allí se contempla.

La lluvia de gusanos

3623. Así merece llamarse aquel entrar y salir de la boca de todos los moradores del país de unos gusanitos tan feos como repugnantes, que de día y de noche, solos y acompañados, se dedican a la angustiosa tarea de roer sus conciencias.

Para tratar de exterminarlos o distraerlos, han puesto los *sucios* multitud de tabernas, casinos, teatros, cines de todos los colores y *bar*; pero la experiencia demuestra que estos centros atraen y multiplican los gusanos roedores...

¡Qué tormento, Dios mío, y que modo de amargar los contentos de la vida!

3624. Las salidas son dos: una, el despeñadero de la *Desesperación*, que es un precipicio muy hondo y peñascoso, de cuyos enmarañados jarales penden brazos, piernas y brazos mutilados, restos de habitantes desgraciados que por allí han buscado en vano descanso a sus remordimientos.

Da acceso directo a la puerta del infierno...

La otra salida está por el *callejón de la misericordia*: una calles estrecha, larga, penosa, alumbrada de trecho en trecho por una lámpara que deja leer estos letreros: llora, pide, espera...

A la terminación de la calleja, una casita con aspecto de confesonario..., y después, el montecillo florido en donde se levantan el Sagrario y la imagen del Corazón de Jesús, que presiden y embellecen la *ciudad de los limpios* y de los *purificados*...

Acompañante amigo, a cambio de estos dos mundos que he descubierto, ¿querrías tú descubrirme por qué se empeñan los hombres en poblar el fétido y horrible *país de los sucios* y en dejar vacío el *país de los limpios?*

¿Verdad que eso es un misterio?

UNA LECCIÓN DE GRAMÁTICA PARDA

3625. No sé como me las arreglo, que casi siempre en mis escritos salen a relucir mis aficiones escolares.

El constante oír a los niños de nuestras escuelas hablar de números, verbos, líneas, sílabas y todo lo que constituye el *argot* escolar, dan *tinte ídem* hasta a mis conversaciones.

Y después de todo, no creáis que me va mal con mis excursiones morales por los campos de la gramática, aritmética y demás asignaturas de la instrucción primaria, pues de más de un maestro y de algún profesor de religión de escuelas normales sé que aprovechan las comparaciones de *granitos* para echar un puente entre sus explicaciones técnicas y las cosas del alma y de Jesucristo, faena muy propia de maestros cristianos y *cristianizadores*.

3626. Alentado, pues, con esa noticia, voy ahora a hablaros de los tiempos del verbo, que, como sabéis, son tres: *presente, pasado y futuro*.

Ya en tiempos os dije que nuestro amor propio era gran autor de *gramática parda*, y hoy os vuelvo a prevenir contra las malas artes de ese avinagrado *dómine*, indicándoos el uso, o mejor, el abuso que hace de esos tres tiempos del verbo.

Como de la abundancia del corazón habla la boca, por las palabras de ésta podemos sacar lo que bulle por allá dentro.

Y si no, vamos a comprobarlo.

Si yo veo que una persona habla mucho en primera persona de presente, tengo indicios muy claros de que el amor propio está allí soplando por la *cañería de la vanidad*.

Yo soy esto o lo otro, yo tengo, yo puedo, yo soy capaz, yo valgo, yo costeo, yo sufro, yo gano, yo mando, yo entiendo, yo, yo... Frases son éstas de tiempo presente, en las que si se meten las *pinzas* de un buen examen, se saca por onzas y libras la *vanidad*.

3627. ¿No os habéis fijado en el gusto y el afán que tenemos en hacer saber a los demás lo bueno que somos o tenemos o creemos ser o tener?

¡Qué alegrón tan grande llevarían no pocas personas el día que viniera la moda de llevar en un cartel, al lado o a la espalda, escrita con letras muy legibles la ejecutoria de cada cual!

¡Con que gusto pondría en el cartelito de marras aquella joven elegante estas o parecidas palabras: Tengo unos ojos, unas manos, una mirada, un porte...! Y aquel joven literato en agrás esto otro: ¡Cuidado, que he escrito dos artículos crepusculares y un soneto a ella! ¡Ay qué soneto!... Y aquel politiquillo o *politicazo*, su letrero de: ¡Soy un Maquiavelo! Y el uno con su cartel de sinceridad, y el otro con su cartel de talento, etc. etc. ¡Qué alegría, si viniera esa moda! Por más que no hace falta que venga, que bien se encargan la boca, los ademanes, la mirada, el traje, la compostura y el *aire*, de decir muy a las claras el *presente* real o ilusorio de cada cual.

3628. Días pasados, se me acerca en la calle una niñita, como de tres años, a pedirme una *meallita*; doile un caramelo, y ella, agradecida y hablándome con su boca, con sus manillas y con todos sus ademanes, me dice: *Mía,* cura, yo soy *mu* bonita, y me llamo Angelita, y tengo unos zapatitos *banco*...

Decidme, personas mayores, ¿no es verdad que esa explosioncilla de vanidad infantil es el *eco o preludio* de la mayor parte de las conversaciones del género humano, masculino y femenino...?

3629. Pues vamos al *pretérito*. Porque ocurre a veces que el relieve de nuestras miserias actuales es de tanto bulto, saltan tanto a la vista los deterioros que los años, las circunstancias, los acontecimientos y las contrariedades van introduciendo en nuestro ser físico o moral que, ¡la verdad!, hace falta ser tonto de remate para enamorarse y hablar entusiasmado del tiempo presente.

Y entonces, el amor propio, que de todo tendrá menos de tonto, se dedica, o mejor, nos induce a que nos dediquemos a conjugar los verbos, con preferencia en tiempo pasado.

Tal es el caso de la solterona a la fuerza o *sin vocación*, del viejo abuelo arrinconado en el hogar y licenciado de la vida, del artista cien veces fracasado, del presumido o presumida pasados de moda... Vedlos: hoy no valen nada, absolutamente nada, ni ellos, ni las cosas que les rodean... ¡Qué desengaño de vida, qué desilusión, cuánta vanidad, qué modas, qué exageraciones!... Es decir, que os falta muy poco para tenerlos por unos san Francisco de Asís de humildad y desprecio del mundo...

3630. Pero antes, prosiguen ellos, y empiezan a conjugar el que dijimos, antes era otra cosa. Si se trata de *ellas*, ¡cuántos partidos ventajosos despreciados, cuánto derroche de diversiones, cuántos manicomios llenos de gente *loca* por *ellas*... Y si se trata de ellos. ¡qué conquistas amorosas, qué calaveradas más ingeniosas y felices, qué gente la de su tiempo más valiente y más sabia, qué campañas tan brillantes en la milicia, en las artes o en las ciencias...! ¡Qué chaparrón de pretéritos perfectos!

Y ¡qué! ¿no veis y oléis en ese salidero de *jactancia* al amor propio con su gramática *parda*?

Así como el presente es el tiempo favorito de la *vanidad*, el pretérito lo es de la *jactancia*.

Y queda el futuro, que también hace no flaco servicio al de la *parda*.

3631. Debo deciros, aunque supongo que ya habréis tenido ocasión de haber caído en la cuenta, que su merced el amor propio es un grandísimo *embustero*; siempre anda buscando cómo engañar al propio interesado, al prójimo y, si fuera posible, a Dios mismo.

Y ¿no os habéis fijado en lo que usan y abusan todos los embusteros del futuro imperfecto?

Y además de embustero, tiene el grave y feo vicio de la *flojera* para todo lo que no le halaga. Es tan *flojo* para lo que no le halaga como activo para lo que le gusta; para esto, ni la electricidad le gana en actividad.

Embustero y flojo, eso es nuestro amor propio.

Y ¿no os habéis fijado en el lenguaje de todos los que tienen alguno de estos dos vicios? ¿Sabéis cuál es el tiempo que más y mejor conjugan?

3632. ¡El futuro imperfecto!

Yo iré, yo pensaré, yo veré, yo buscaré, yo cumpliré, yo haré..., total: *futuros*, todo lo *imperfectos* que queráis, que nunca pasarán a *presentes*.

Pues ése es precisamente el lenguaje de nuestro amor propio en las cosas que no le halagan.

Yo iré a Misa, yo confesaré, yo me venceré de tal o cual vicio, yo daré limosna, yo dejaré en mi testamento, yo asistiré a esta junta, yo ayudaré a los que trabajan en aquella buena obra... Total: *futuros imperfectos*..., y ¡tan imperfectos! ¡Como que encubren dos cosas malas, una mentira y una pereza!

Una conjugación conveniente

3633. Para el pretérito, una conjugación que se parezca a ésta: *peccavi, pequé,* que en esa sola palabra se encierra la *verdad de todo* nuestro pasado.

Para el presente, una conjugación que se parezca a ésta: *somos siervos inútiles,* que ésa es la verdad de nuestro presente.

Y para el futuro, una que se parezca a ésta: *te seguiré (a Cristo) a donde quiera que vayas,* que es la única verdad que nos tiene cuenta abrazar.

Y si logramos que sobre el pasado y el presente, y sobre los buenos pronósticos para el futuro, el Corazón de Jesús eche unas gotas de su gracia, ocurrirá el día menos pensado que desaparecerán los pretéritos, y los futuros, y nos quedaremos con un presente, no de infinitivo, sino infinito y eterno de felicidad, que a todos mis amigos como para mí deseo.

UNA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA ESPIRITUAL

LAS ESTACIONES

3634. Yo no se por qué cuando llega el otoño, todos nos sentimos algo picados de poetas chirles y se nos entran ganas de entonar endechas a las melancólicas tardes grises, a las hojas caídas, a los árboles desnudos como gigantescos esqueletos, y a todas esas cosas apaciblemente melancólicas del otoño, a las que no hay escritor imberbe, ni poeta barbilampiño, que no haga algunas galeradas de *¡ay! ¡oh!* muy tristes y muy hondos.

Yo, que de poeta tengo lo indispensable para no se excepción de tan sabido refrán: «de médicos, poetas y locos todos tenemos un poco», y en cambio de moralistón, como me llama un amigo, tengo dosis por arrobas, he dedicado también al entrar el otoño algún ratillo a la contemplación de las consabidas hojas caídas, y en vez de descolgar la lira del sauce llorón, como los poetas hebreos para *cantar llorando o llorar cantando* las tristezas del destierro, he cogido mi prosaica pluma para estampar en el papel algo relacionado con las estaciones del año y con las del alma...

3635. Porque, aunque te produzca asombro, he de asegurarte que no es sólo el tiempo el que se permite el lujo de tener estaciones, sino que también su merced el alma tiene las suyas, y doite mi palabra de cristiano de que no hemos de perder el tiempo en hablarte yo y oírme tú sobre esas estaciones, aún no registradas en nuestros almanaques.

Una diferencia encuentro por de pronto entre las estaciones del año y las del alma: las primeras son sucesivas y periódicas, y las segundas no siempre están sujetas a esas sucesiones periódicas.

Es decir, el tiempo unas veces está en primavera, otras en otoño, y nunca se da el caso de que del otoño pase al verano, sino al invierno, y de éste a la primavera: hay sucesión a plazo fijo.

3636. En las almas no pasa así: Hay almas de invierno, y por nada del mundo pasan a primavera o verano. Las hay, en cambio, de verano, por vida, como las hay de otoño y de primavera.

Otras pasan con suma facilidad del otoño más melancólico que hayan podido cantar los poetas románticos, a la primavera más risueñas o viceversa.

Diferencia que yo me explico por la existencia de la libertad en el alma y la carencia de ella en el tiempo, es decir, por la misma razón por la que la célebre hija de aquel alcalde leía su devocionario al revés «porque siendo hija del alcalde podía leerlo como le diera la gana».

3637. A las almas les pasa eso: les da, a lo mejor, por estacionarse en otoño, y hasta que no les de la gana de mudarse a otra estación, también la que les de la gana, ya puede usted irles con razones para que se *desotoñen* (y propongo la palabra a la academia).

Pero todavía, parece que te oigo decir, no nos ha explicado en qué consiste ese estar las almas en invierno o en verano o en las demás estaciones.

Y mucha razón que llevarías, y allá voy a salir al encuentro de ese pero.

Empecemos por

Las almas de invierno

3638. ¿No te has encontrado en la vida con esas almas, tan frías como el invierno más frío?

Frías en sus pensamientos, en los que no hay más que cálculo; frías en su corazón, del que nada ni nadie saca más que nieve; frías en sus obras, en las que en vano buscan calor los prójimos; frías en su conversación, en la que todo es artificio e intención; frías con los amigos, con los bienhechores, ¡hasta con sus hijos!

Si hablan, es para echar un jarro de agua fría al interlocutor; si miran a uno, es para dejarlo helado; y su especialidad es decir frescas.

Si alguna vez parece que calientan un poco, es calor como de invierno, que dura poco, la hora del mediodía.

3639. Como almas de invierno, tienen lluvias frecuentes de llantos, de rabia, de despecho, de odios reconcentrados...

Y, ¡claro!, con esos fríos y esas aguas tan corrompidas, no hay que esperar de esas almas ni flores, ni aromas de virtudes de primavera, ni frutos sazonados de buenas obras del verano, ¡nada! Allí no hay más que eso: mucho frío. muchas soledad y mucha agua de aquella...

¡Pobres almas de invierno! ¡Qué tristes los inviernos del alma!

Las almas de primavera

3640. Deja ahora, pluma, de mojarte en tinta negra, para zambullirte en... agua de rosas. ¿Con qué tinta mejor se va a escribir sobre la primavera? Las almas de primavera tienen, como la naturaleza en esa estación, mucha lozanía de hojas, flores y aromas. Son esas almas siempre floridas y casi siempre risueñas, que a pesar de los deterioros que los años van causando en su cabello, en sus dientes, en su cara, en su agilidad, se conservan siempre jóvenes, siempre esperanzadas, como gozándose en la vista de horizontes de color de rosa, siempre optimistas, engañadas cien veces y otras cien veces dispuestas a ser engañadas, sin acabar nunca de pasar a la categoría de desengañadas...

Son las almas de las amistades ingenuas, de las entregas sin reserva, de las candideces casi infantiles a pesar de los años y del saber, de los ratos amenos e interesantes, de la benevolencia constante y de los sacrificios hechos sin darse cuenta.

3641. No por esto creas, amigo mío, que, a pesar de esas bienandanzas, no haya en esas almas, como las hay en la primavera del tiempo, ráfagas heladas o chubascos de defectos de invierno, o vientos y tormenta de pasiones huracanados, propios de la estación, o calores anticipados de verano, que secan las hojas y flores o impiden el fruto...

Fuera de estos percances, las almas de primavera son almas encantadoras.

Las almas de verano

3642. Es un pleito, al que todavía la humanidad no ha dado solución unánime, el de si el verano es mejor que el invierno o éste mejor que aquel.

Dejando la solución a los abueletes, que parece que tienen el gusto especial en discutir ese tema mientras toman el sol en los mediodías del invierno, yo me contentaré con decir que, como los extremos suelen ser viciosos, ni el mucho frío del invierno ni el mucho calor del verano me hacen ni pizca de gracia.

Y por esa razón, yo miro con mi poquito de suspicacia a las almas de verano.

3643. Son esas almas siempre atropelladas, siempre echando chispas, que llevan media riña por lo menos en el bolsillo, buscando la otra media en el primer ciudadano con que topan, almas que, en vez de hablar, dan resoplidos; en vez de amar, queman; en vez de alentar, atropellan, almas triquitraques o dinamitas en estado de explosión perpetua, que más debieran servir para soplete de platero que para motor de un ser humano.

Son las almas de los iracundos, de los irreflexivos, de los exaltados, de los alcoholizados...

Son almas al lado de las cuales, más que calor, se siente asfixia.

¡Cuánto fuego!

Las almas de otoño

3644. ¡Pobrecillas! Como el otro otoño, estas almas tienen sus hojas caídas de ilusiones, desengaños, excepticismo de la vida, y sus tardes tristes, y sus tonos grises y su melancolía que trascienden a muerto, y sus días apacibles y sus mañanas frescas y sus noches frías.

Suelen vivir en esta estación las almas de los caídos, de los desengañados, de los enfermos incurables, de los calabaceados por la fortuna o por el amor, de los desengreídos

del éxito, de los tristes, de los por naturaleza pesimistas, y de los poetas melenudos que se han empeñado en mirar el mundo como una inmensa sala mortuoria...

De ordinario, se llega a esta estación por averías sufridas en las otras estaciones.

Y ¿cuál será la mejor?

3645. Aquí tenemos otra vez el pleito del verano y del invierno.

¿Cual de esas estaciones es la mejor para el alma?

Allá va mi respuesta en pocas palabras.

Como cada estación, por alegre que sea, tiene su contra, y por antipática, como el invierno, su pro, yo creo que la mejor estación para el alma sería aquella en que se reunieran todos los pros de cada una de ellas y se espantaran todos los contras, ni más ni menos que como lo desearíamos en la naturaleza.

Un alma que reuniera los aromas y las flores, y los horizontes rosados y los encantos de la primavera, junto con los días diáfanos y el calor de verano suficiente para que todo eso luzca y viva, y con las lluvias de buenas lágrimas de invierno que den jugo, y se defendieran contra la vanidad y las pompas mundanas con algo de las desilusiones otoñales, sería un alma colocada en una estación de Paraíso.

¿Qué hacer?

3646. La geografía nos da la solución de ese problema y nos enseña a conseguir, para el alma, esa estación ideal.

¿Cuál es la causa de las estaciones del año? Preguntad a un geógrafo de diez años.

Y os responderá: La distinta posición de la tierra con respecto al sol.

¿Os enteráis, amigos?

Todo se reduce a que el alma se *coloque bien* delante del Sol suyo.

El Corazón de Jesús, ése es el sol de las almas.

3647. Almas, ¿queréis evitaros los rigores de las estaciones?

¿Queréis una primavera eterna, sin ninguno de sus inconvenientes y con todas las ventajas del verano, del otoño y del invierno?

¡*Situaos bien* delante del Corazón de Jesús!

OTRA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA ESPIRITUAL

LOS ECLIPSES

3548. La lección anterior de *geografía espiritual* sobre las estaciones del año y las del alma pide como complemento esta lección sobre los eclipses del alma, o mejor, sobre *las almas en eclipse*.

Se dan casos de almas bien situadas con respecto a su Sol, que, como allí se dijo, era el Corazón de Jesús, y que por esta razón debían gozar de una estación deliciosa y

paradisíaca, y, sin embargo, sienten fríos heladores como de invierno o fuegos abrasadores de verano y hasta oscuridades de noches de los polos.

¿Cómo se explica ese fenómeno?

La teoría de los eclipses da de él una explicación satisfactoria.

3649. Y vean ustedes cómo por arte de encantamiento GRANITOS DE SAL ya no son tales granitos, sino astrolabio más o menos cabalístico de astrólogo, de cónico gorroy larga capa adornada con estrellitas de papel dorado, como diz que pintan a los del oficio todos los almanaques conocidos hasta el día.

Iniciado ya en el nuevo oficio, en el que tengo el gusto de ofrecerme a ustedes como atento y seguro servidor, comienzo a ejercerlo.

El caso

3650. Que los médicos llamarían patológico o clínico, y que *nosotros los astrólogos* llamamos geográfico-astronómico, es éste.

Un astro, léase alma, gira con regularidad en torno de su Sol, léase Corazón de Jesús, y parte por gracia de su Sol y parte por propio esfuerzo ha conseguido no tener que *volver la espalda* nunca a su Sol y recibir *directamente* sus rayos de luz y de calor.

¡Cuidado que tiene que dar tumbos y vueltas constantemente! Como que entra en los designios de ese *Sol* no dar ni un átomo de luz ni de calor a las almas *paradas*.

Y anda que anda, gira que gira, llega, a lo mejor un momento en que el alma aquella pierde de vista a su *Sol* y con él la *luz*, el *calor* y el *gusto* que recibiría de ser bañada cara a cara y directamente de sus rayos.

3651. Los astros del mundo físico no sienten ni padecen; pero si sintieran, ¡qué pena sentirían cuando se quedan sin su sol!

Estos otros astros espirituales sí sienten, y ¡cómo padecen cuando se quedan a oscuras!

¡Qué sombríos se ponen sus pensamientos, qué tristes sus amores, qué cerrados sus horizontes, qué tenebrosas e indescifrables sus vidas!

¿Qué ha pasado para que aquellas almas, que por su buena posición respecto a su sol habían conseguido días sin mañanas frías, sin tardes tristes, sin noches oscuras, sin temperaturas desapacibles, qué ha pasado para que se queden sin sol?

El eclipse

3652. Un cuerpo opaco se ha interpuesto entre el sol y el alma, y aquel se eclipsa para ésta. ¿Cuánto durará?

Lo que dure la permanencia del cuerpo opaco entre el sol y el alma.

Y ¿cómo se ha interpuesto? ¿Quién lo ha colocado en aquella línea?

La geografía terrestre explica esas interposiciones por la rotación de los astros; no es extraño que dando tantas vueltas, alguna vez unos corten las relaciones de sus compañeros con el sol.

3653. Los astrónomos terrestres, midiendo distancias y velocidades, pueden anunciar a ciencia cierta el encuentro de dos astros para producir eclipse; los astrónomos espirituales tienen que medir, o mejor estudiar, otras dos fuerzas: la voluntad del sol y la del astro que gira en torno suyo, que esta particularidad ofrecen, entre otras cosas, estos astros espirituales, que se mueven no por fuerzas ciegas, sino por voluntad libre.

De modo que en todo eclipse espiritual hay siempre esta razón: la voluntad del sol o de su planeta. Es decir, que no se dan eclipses casuales, por coincidencia o por causa fatal; estos eclipses son siempre queridos y buscados por uno o por otro.

3654. Extrañeza, y quizá dudas muy cercanas a la negación, producirá a alguno de mis lectores esta afirmación de los *eclipses voluntarios*.

¿No cree usted, paréceme oír a alguno, que implica cierta contradicción que un alma, que en el caso propuesto se supone buena, quiera y busque que se le eclipse su Sol y que ese Sol, tan bueno y tan deseoso de darse, vaya a querer y a buscar el eclipsarse para esas almas buenas?

Yo explicaré, con dos ejemplos, esos eclipses voluntarios por una o por otra parte, y desaparecerá la extrañeza.

Primer ejemplo

3655. ¡Qué buena es aquella jovencita, tan fervorosa en su Comunión diaria, tan recogida en el templo, tan leal con sus amigas, tan obediente con sus padres...! ¡Qué buena es! ¡Cómo se adivina en aquella cara que es la luz brillante y pura del Corazón de Jesús la que la ilumina!

Pero un día... la *hoja* de una lectura frívola, la *tela* de un vestido transparente y ceñido a la moda, la *cara* de una amistad demasiado impetuosa y agitadora, la *sortija*, el *abanico*,o el *zarcillo* elegante y rico de un regalo de intención dudosa, las lágrimas de una pena con poca generosidad recibida, las *muecas* de burla de quienes afean su vida devota..., cualquier cosa, se interpuso entre aquella alma y el Corazón de Jesús, y como, aunque pequeñas y ligeras eran cosas *opacas*, interceptaron la luz del Sol y proyectaron sombra sobre aquel pobre planeta.

Y entonces se presentaron las arideces, los desconsuelos, la turbación, las oscuridades y dificultades en cosas que antes se veían claras y fáciles; y a las obras buenas les faltó el brillo, y a las virtudes su frescura, y al alma le vino algo así como una noche de invierno...

3656. ¡Pobre alma en eclipse!

¿Que cómo unas cosas tan pequeñas, como esas que he enumerado, pueden incomunicar al alma con un Sol tan grande, como el Corazón de Jesús?

Una pajita, que es millones de veces más pequeña que el sol, puesta sobre nuestros ojos nos priva de su vista.

El mal no está en que sea grande o pequeño el cuerpo interpuesto; sino en que sea *opaco*, es decir, en que *no se puede ver a través de él al Sol*.

3657. Quitad de aquellas cosillas *el desorden* con que las mira vuestro corazón, que es lo que las hace *opacas*, y tendréis siempre sol, y si no lo quitáis, permitidme que os diga que queréis y que buscáis el eclipse, por lo menos indirectamente.

Y plegue a Dios que la interposición del cuerpo *opaco* dure poco y no coja todo vuestro corazón, porque entonces el eclipse sería *total* y probablemente *perpetuo*...

Segundo ejemplo

3658. ¡Qué buena es aquella almita! ¡Cómo se recrea en ella el Corazón de Jesús! ¡Cómo irradia sobre ella su paz, su belleza, sus atractivos! ¡Es su alma toda luz y todo fuego de amor!

Y como es tan buena, a su paso por la tierra va levantando miradas de simpatía, palabras de amistad, cantos de alabanza; su palabra, su ejemplo, su acción, su presencia, ¡hacen tanto bien! Diríase que esa alma es como una *luna* de aquel *sol* por la luz que de Él recibe y por la que ella da a las otras almas.

3659. Pero, ¿no es verdad que en medio de tantas alabanzas y de tanto cariño está en mucho peligro aquella alma de olvidarse de que es *luna* y creerse que es *sol*?

Para prevenir ese riesgo y frustar ese peligro, el Corazón de Jesús se *eclipsará* de vez en cuando, y sus eclipses recordarán a aquella alma buena que Él sólo es el sol y que sin Él no hay lunas.

¡Cómo se sentirá Él reconocido, amado y tenido por indispensable en las lágrimas resignadas y tranquilas que arrancará su *ausencia aparente* de aquella alma en eclipse!

Y ¡cómo ésta se fortalecerá con ese reconocimiento humilde y sincero de su calidad de *luna...!*

Pues ahí tenéis un *eclipse de sol* querido y buscado por el mismo Corazón de Jesús.

3660. Y también tenéis explicados esos períodos de sequedades, desconsuelos y tentaciones, al parecer insuperables, por los que pasan a veces *sin culpa de ellas* las almas buenas o que andan detrás de serlo.

Y también explicadas esas frialdades y ligeras inconstancias y defectos, más aparentes que reales, que observáis a veces en vuestros mejores amigos.

El Corazón de Jesús los está sometiendo *a la prueba del eclipse*, para que ellos en Él vean su único *sol* y nosotros en ellos no veamos más que *lunas* que no tienen más luz que la que Aquél les da.

3661. Y ved por dónde este pobre astrólogo, de esas observaciones astronómicas saca una regla de finísima *astrología espiritual*.

No caerán jamás en eclipses culpables de *sol* las almas que únicamente se rodeen de cosas *a través de las cuales se puede ver siempre el Corazón de Jesús*.

¡Guerra a los gustos, lecturas, adornos, amistades, entretenimientos, alegrías, y dolores *espiritualmente opacos*...!

OFTALMIA ESPIRITUAL

Mi nuevo oficio

3662. Ahora me tienen los amigos convertido por arte de birlibirloque nada menos que en *oculista* del alma.

Porque como no deben de ignorar, así como cada hijo de vecino tiene en su cara dos ojos grandes o chicos, azules o pardos, entornados o abiertos, despiertos o adormilados, rasgados o sin rasgar, y demás adjetivos que les cuelgan a los ojos los poetas y sobre todo los revisteros de salones de baile, hablando de sus diosas danzantes, también los dichos hijos tienen en su alma otros ojos, con los cuales ven cosas que no se pueden ver con los otros ojos de la cara.

3663. Un amigo mío, célebre por su *chispa* y por sus *chispas*, distingue al hombre del burro y demás irracionales, y da de paso una prueba de la existencia del alma, con esta frase digna de un filósofo y que él pronuncia con aires de tal: «El hombre es un animal que ve con los ojos cerrados y el burro es un animal que tiene que abrir los ojos para ver».

Y lleva razón que le sobra el amigo de las *chispas*; el hombre ve con su alma mucho más que con los ojos de su cuerpo.

3664. Decidme, ¿qué es una aldeílla en comparación con la provincia en que está enclavada? ¿Y qué es una provincia en comparación con la nación a que pertenece? ¿Y qué una nación en comparación con todo el globo? ¿Y qué este globo en comparación con esos millares de masas enormes que voltean por el firmamento?

Pues en una relación mucho más reducida que esos seres pequeños con respecto a los otros grandes está el mundo de lo material, que cae bajo nuestros ojos de carne, con respecto al mundo de lo espiritual, que alcanzan los ojos de nuestra alma.

¡Cuánto hay que ver en este mundo de lo invisible!

Dios, los ángeles, las almas, sus operaciones, sus relaciones, su ciencia, sus amores, sus virtudes, su orden, su belleza, sus misterios, sus armonías, su intervención en el mundo de lo corpóreo...

3665. ¿Habéis leído el *paraíso perdido* de Milton y la *Divina Comedia* de Dante?

Esos libros, escritos con los ojos de la cara cerrados, descubren algo, un poquillo no más, de ese mundo que ve el alma.

¡Qué interesante es, por ejemplo, descubrir la acción amorosa de la providencia de Dios sobre la yerbecilla que ignorada crece en el prado, como sobre el pajarillo que se calienta en su nido, como sobre el niño huerfanito que llora abandonos y penas que no entiende...! ¡Qué emocionante sorprenderlas leyes y armonías inmutables que rigen a los seres corpóreos, lo mismo a los infinitamente pequeños que a los infinitamente grandes! ¡Qué alentador descubrir detrás de la letra muerta de un libro de historia o en el interior de un acontecimiento, al parecer casual, o de accidentes y revoluciones de hombres y de cosas, presididos, a lo que parece, por un destino ciego, qué alentador repito, descubrir en medio de todo eso una idea directora, un amor impulsivo, un porqué justo, una enseñanza útil, un algo grande a que no alcanzan los ojos de la cara!

3666. ¡Qué consolador ver en el amigo que me busca, en el enemigo que me persigue, en el suceso próspero o adverso que llama a mis puertas, en la enfermedad que me atribula, en el arte que me recrea, en todo lo que está a mi alrededor, *algo* que viene a hacerme más bueno, más avisado, más limpio, más puro, más probado, más elevado!

¡Cuánto puede ver nuestra alma!

Y sobre todo si mira por el telescopio de la *fe viva*.
¡Qué horizontes, qué sorpresas, qué mundos de maravillas!
Pero ocurre con estos ojos espirituales lo que con los ojos corporales, que están sujetos a enfermedades.
Y en el orden corporal, así como en el espiritual, hay *ciegos, tuertos, miopes, présbitas*, y simplemente delicado de la vista.
Y aquí entra de lleno mi profesión de *oculista espiritual*.

Los ciegos del alma

3667. Por ser la enfermedad más grave, empiezo por ella.
Estos ciegos, unos lo son de nacimiento, que nunca han visto dos dedos más allá de sus narices, y otros que han visto algún tiempo y luego, por su *propio gusto*, han quedado ciegos.
Y digo por su propio gusto, porque esta ceguera, no nativa, siempre es voluntaria *absolutamente* o *secundum quid*, como dicen los moralistas.
O decididamente han cerrado los ojos para no ver, o han hecho tales barbaridades, que necesariamente ha tenido que sobrevenir la ceguera.

3668. Estos ciegos voluntarios son los ignorantes engreídos, los sabios infatuados, los hundidos en el cieno de la lujuria, los materialistas, los positivistas, y todos los que dicen de sí mismos que están por lo positivo.
¡Pobrecillos! Para ellos la vida, el mundo y el destino del hombre se reducen a la grosera materia. Para ellos no hay mundo sobrenatural, ni espiritual, ni moral, ni intelectual, ni las palabras: virtud, heroísmo, santidad, amor, abnegación, patria, honor, tienen sentido real, sino sólo un *buen sonido*. Ellos no ven en el mundo otra cosa que una *gran copa* rebosando vino de placeres, y ponen todo su afán en beber de él lo más que puedan, hasta emborracharse...
El Espíritu Santo llama a estos ciegos con esta palabra rigurosamente exacta: *hombre animal*, hombre, por lo que aparecen, animal por lo que son.

3669. ¡Pobrecillos! Y lo peor del caso es que en muchos arraiga tanto la enfermedad, que se hace incurable, ¡eternamente incurable!
Otros no; el *lancetazo* de un apuro gordo, de una contradicción humillante, de una enfermedad larga, dado a tiempo por la mano siempre paternal del gran *cirujano* Dios, les hace saltar las cataratas de sus ojos y les devuelve la vista. ¡Dichosos ellos!

Los tuertos del espíritu

3670. Es otro grado de la enfermedad que voy estudiando.
Estos tuertos ofrecen, entre otras cosas, la particularidad de serlo del ojo derecho.
ven algo, sí, del mundo moral y material; pero *no miran derecho.*
Entienden algo de virtud, de justicia y misericordia de Dios; de un honor basado en la conciencia, llegan a enternecerse a veces en la contemplación de la belleza religiosa o moral; pero a lo mejor... se quedan a oscuras.

3671. ¿No creen ustedes que son tuertos del espíritu esos cristianos que *ven* en Dios una misericordia rayana en una debilidad bonachona, y no *ven* su justicia? ¿No son tuertos del espíritu esos católicos que *ven* todo el mal que viene al pueblo por la lectura de la mala prensa, y *no ven* que ellos cooperan a ese mal comprándola y leyéndola? ¿No son tuertos esos que *ven* a Dios en sus personas, en sus casas y en sus templos, y *no lo ven* en su vida pública?

¿Y esas señoras y señoritas *piadosas* que *ven* el estrago que va produciendo la inmoralidad en el mundo, y *no ven* que ellas con sus trajes ceñidos y transparentes, y sus bailes atrevidos y sus conversaciones licenciosas, son las que más fomentan esa inmoralidad?

3672. Tuertos y muy tuertos del espíritu son todos los que *ven* la paja en el ojo ajeno, y *no ven* la viga en el propio, y son todos los que se empeñan en *ver* en nuestra santa religión sólo lo que les halaga y recrea, y *no quieren ver* lo que les levanta remordimientos o escozores de conciencia.

¡Cuánto tuerto espiritual, Dios mío!

El remedio

3673. De ordinario, estas *torturas* son curables: unos *pinchacitos* al *tumor* del egoísmo, unos *sinapismos* al capricho, unas *sanguijuelas* que extraigan un poco de engreimiento o vanidad, y unos *bañitos* de *buen sentido* cristiano, suelen volver la vista al ojo tuerto y dan al alma más vista que tienen los linces.

Otras enfermedades

3674. Que pudiera llamar de menor cuantía, o achaques de la vista.

Miopes, présbitas, ulcerosos, granulados, etc., etc. Todos convienen en este defecto: en *desfigurar* lo que ven, por la sencilla razón de que no ven bien. Unos *ven* lo que no hay, como los suspicaces, mal pensados, fastidiosos, celosos, etc.

Otros ven más de la cuenta, como los exagerados, jactanciosos, soñadores, bravucones y presumidos; otros tienen la triste propiedad de verlo todo oscuro, como los pesimistas, pusilánimes, desconfiados, perezosos, etc.; otros, por último, de color de rosa, como los ilusos.

Tratamiento

3675. El uso de unas *gafas* de cristal de caridad, para *ver bien* al prójimo, de humildad para *ver bien* a sí mismo, o de limpieza de corazón para *ver* en todo a Dios, y unas *lociones* de agua de pureza de intención, y si no cede, mezclada con unos granitos de mortificación de sentidos, restituyen a la vista toda su potencia y todo su brillo.

Comprobación patológica

3676. Allá va un caso en el que se ponen de manifiesto los distintos grados de enfermedad de la vista del alma, que he explicado.

Escena: Una calle cualquiera.

Personajes: Un mendigo andrajoso que va, y un padre rico con su niño que vienen.

Acción: El mendigo alarga su mano al paso de los otros dos personajes y les pide una limosna por amor de Dios; el padre se detiene, saca una moneda de su bolsillo, la entrega a su hijo para que éste la deposite en la mano del mendigo. El niño lo hace, y el pobre besa, agradecido, la limosna.

Eso es lo que han visto los ojos de la cara.

Suponed que ese hecho lo han presenciado esos enfermos de la vista del alma de que os he hablado, ¿qué han visto?

3677. *El ciego* ha visto exactamente lo que hubiera visto el perro que estaba husmeando; no ha visto más que la acción mecánica de una mano sucia que se alarga y una manita blanca que entrega una moneda; su alma no ha visto nada allí, ¡está ciega! Se encoge de hombros, o se ríe y pasa de largo.

El tuerto ha visto algo; ha visto una lástima en el mendigo, un sentimiento de delicada compasión en el padre y un acto de obediencia en el hijo, pero protesta de que la mendicidad pasee sus repugnantes harapos por la vía pública.

3678. *Los turbios* de la vista han visto la bondad de la acción, pero con ella quizá también *bigardonería* en el mendigo, algo de vanagloria jactanciosa en el padre por dar en público su limosna, y hasta algo de mira interesada en el niño, que así trata de congraciarse con su padre para que le compre un juguete.

3679. *Los sanos y limpios* de ojos allí ven, detrás de los harapos del mendigo, a nuestro Señor jesucristo, que ha dado su representación a los pobres; en la acción del padre ven un acto de fe, de educación y de caridad cristiana, y en la finura del hijo alargando su manita hasta estrechar la del pobre, ven al ángel de la caridad, que está allí repartiendo bendiciones al rico que da, y consuelos al pobre que pide, y envolviendo aquella acción en un ambiente de cielo...

Señor, que yo vea

3680. ¡Cuántos, como el ciego de Jericó, deberían ponerse a orillas del camino por donde pasa Jesús y clamar como aquél: ¡Señor, que yo vea!

¡Ah, *si vieran* las maravillas de esos mundos de lo moral, de lo espiritual y de lo sobrenatural, que se esconden tras la corteza de estas cosas materiales que nos rodean!

¡Corazón bendito de Jesús, Luz de Luz, ten piedad de esas pobrecillas almas ciegas y a oscuras en medio de un mundo de maravillas y de luz!

¡Señor, que vean los que no ven, y que vean bien los que ven mal!

¡Señor, que veamos con los ojos cerrados!

DE FONÉTICA ESPIRITUAL

I

El tono

3681. He aquí el título de un capítulo que encajaría muy bien en los libros de piedad, y que habría de evitar a más de dos y a más de mil personas buenas un defecto en que no han reparado y por el que les ha venido a ellos y a los que con ellos viven más de un disgusto.
¿Más defectos todavía de los que ya han descubierto GRANITOS DE SAL? ¿Es posible?
Sí, señores. Rebuscando rincones de almas buenas, he tropezado con uno, contra el que no veo que suela nadie prevenirse ni preparar remedios.

Caso frecuente

3682. Tal persona es buenísima, limosnera, asidua al templo, generosa, mortificada y muchos etcéteras de cosas buenas, y, sin embargo, *no peta*. Los de arriba, sus iguales, y los de abajo, todos, después de reconocer que es buenísima persona, convienen en ponerle un pero, aunque no acierten a fijar la naturaleza del *pero*.
¿Orgullosa, esquiva, despegada, inconstante, disimulada, vanidosa?
¡Nada, que allí hay algo que disuena y no aciertan lo que es!
El *quid* que choca en aquella persona está en el tono de su virtud.
¿En el tono?
Sí, señores. Así como por los trazos de la letra y por las rayas de la mano hay quien trate de adivinar las intenciones del autor de aquéllas o del dueño de aquella mano se puede sacar por el *tono* con que cada cual habla la virtud o el vicio que en su interior domina.

Mi teoría

3683. ¿Quién no adivina al perezoso en el hablar tardo y flojo, al soberbio en el hablar imperioso, afirmativo y hueco, al goloso en el hablar *pastoso*, y al avaro en el hablar entrecortado y menudo, sin duda para *gastar menos* tiempo y saliva...?
Y por el contrario, ¿quién no presiente al alma humilde en el hablar respetuoso y desconfiado de sí, al casto en el hablar sencillo y apacible, al diligente en el hablar vivo sin precipitación...? Sobre todo, ¿quién no distingue el hablar de la caridad, suave, insinuante, franco, expansivo?
Pues bien, las inflexiones que distinguen esos modos de hablar, eso es lo que yo llamo *tono* de la virtud o del vicio.

3684. Fíjense en una palabra cualquiera y profiéranla en distintos tonos. Esos tonos producen variadísimas impresiones.
La palabra del saludo, por ejemplo: Adiós.

Comparad el *adiós* largo, prolongado con las inflexiones del cariño, alegre, risueño con que se regala al amigo, con el *adiós* breve, apenas pronunciado, y casi dicho más con los ojos, el cuello o el abanico, que con los labios con que se *sale del paso* ante los conocidos con quienes no se quiere trato. Fijaos, después de comparar esos dos extremos, en las distintas inflexiones que dais a vuestra voz correspondientes a la categoría y el grado de afecto o de compromiso de la persona que saludáis, y os convenceréis de la existencia del *tono*. Es innegable: la virtud, como el vicio, tiene *su tono*.

Y por consiguiente, la virtud no estará del todo en un individuo, si no está con *su tono*, y digo más, que da motivos serios de duda la virtud que habitualmente no guarda *su tono*.

Es decir, que hay que sacar y cumplir.

Un gran propósito con tres aplicaciones

3685. El gran propósito: la igualdad del buen tono.

Las aplicaciones de esa igualdad.

1.ª *ante distintas clases de personas*.

Cuenta que no digo igualdad de palabras, sino de tono; porque yo concedo de buen grado que no se va a decir lo *mismo* al amigo que al indiferente o enemigo, al amo que al criado, al ilustrado que al ignorante.

Pero, igualdad de tono, ¿por qué no se ha de conceder a todos?

3686. Si es la caridad el motivo de mi trato con el prójimo, como debe de ser siempre entre cristianos, ¿por qué no he de *echar* siempre en mis conversaciones el *tono* de la caridad?

¿Es cristiano reservar este tono sólo para los íntimos o para los poderosos y echar el *tono* de la sequedad, de la altanería, del desdén, de la superioridad para los inferiores y para todos aquellos de quienes ni esperamos, ni tememos nada?

Eso no es cristiano.

¡Dios mío!, y hay en esto unas diferencias de *tono* tan irritantes y tan escandalosas...!

3687. 2.ª *ante los distintos acontecimientos*

Ante el encuentro inesperado de un amigo, una buena noticia, una colocación deseada, el premio gordo de la lotería, ¡qué fácil es conservar un *buen tono*!

Pero ante la persona antipática, una *mala partida*, un fracaso, un accidente desgraciado en la salud o en la fortuna, ¿quién es el guapo que conserva el *buen tono* de la paciencia, de la caridad, de la equanimidad? ¡Cualquiera!

Y, sin embargo, en la conservación de ese *buen tono* es donde se ven los valientes y los cristianos de conciencia.

3688. San Ignacio de Loyola, preguntado por la impresión que le produciría la desaparición instantánea de su gran obra, la Compañía de Jesús, respondió que un cuarto de hora de oración después de la terrible noticia, alejaría los peligros que a su paz hubiera ofrecido aquella.

San Ignacio, merced a ese esfuerzo de la oración, hubiera conservado su *buen tono*, a pesar de la enorme pena que hubiera partido su corazón.

Igualdad de tono ante los acontecimientos, ¡qué difícil eres!

3689. Y 3.ª *ante los distintos estados de nervios de uno mismo*
¿Conocen ustedes muchas personas que terminen hablando por la noche en el mismo tono con que se levantaron por la mañana, o que mantengan su *tono* en tiempo despejado o de nubes, de dolores físicos o de salud perfecta?
O por lo contrario, ¿no los *desentonan* los cambios atmosféricos, el humor, la siesta, cualquier molestia real o fantástica?
Como que en cuanto nos descuidemos, nos destemplamos más que una guitarra.
Y, ¡claro!, a fuer de *destemplados, ¡sonamos tan mal!*

3690. Conque, ¿queréis saber por qué muchas personas, a pesar de sus virtudes y excelsitudes, no *petan*? ¿Por qué es despegada su conversación, estéril y repulsivo su apostolado, antipático y hasta escandaloso su trato?
Porqué no se han preocupado del *tono* y andan... *desentonadas*.
¿Habéis visto lo que pasa con las monedas que no suenan bien?
Aunque se sepa que son de plata de ley, se las mira con prevención y hasta se les clava el diente.
Pues eso pasa con esas virtudes que no *suenan bien*; que se miran con prevención, y más que de extenderles la mano y abrirles el corazón de la cristiana sinceridad, dan ganas de *meterles el diente* por temor de que sean falsas y... no *pasen*.

II

El eco

3691. Lector, aunque el título te haga esperar un artículo armónico-poético en el que salgan a resonar arpegios y cadencias, murmullos de brisas, de fuentes o de cualquiera de esas cosas a las que los poetas levantan el falso testimonio de que *murmuran*, a fe de hombre honrado me anticipo a tu esperanza, para decirte que «el eco» va a ser el título de un articulejo tan prosaico y desagradable como útil y jugoso.

Algo de fonética

3692. Y como preludio conveniente para la recta inteligencia de lo que sobre el eco voy a decir, no estarán de más algunas leccioncillas baratas sobre el sonido.
Todo sonido, al reflejarse sobre un cuerpo duro, produce una repetición del mismo, que se llama eco.
Nosotros somos dueños de emitir o no un sonido cualquiera; pero, si se refleja sobre un cuerpo duro, no podemos impedir su eco.
A veces, por la disposición especial de los cuerpos o superficies sobre que se refleja el sonido, el eco se multiplica.

3693. Los turistas que han visitado Pisa, Nápoles y El Escorial, han podido presenciar ese fenómeno de la multiplicación del eco.

Multiplicado o sin multiplicar, llega un instante en que ese eco se apaga y no vuelve a oírse más. Pero si yo les dijera a ustedes que hay ecos que no se apagan, y sonidos que, una vez emitidos, están perpetuamente produciendo eco, ¿me creerían?

Pues sí, señores. Gracias a los descubrimientos, hace unos pocos *de siglos*, obtenidos por el catecismo, se ha podido demostrar que hay

Ecos eternos

3694. Así, con todas sus letras y con toda la extensión de tan formidable palabra.

¡La eternidad del eco! ¡Qué cuestión tan interesante para filósofos y músicos!

Allá voy, con mi filosofía *parda* (que no siempre va a ser la *parda* la gramática), a sacar de su asombro o de su incredulidad a los asustados por esa eternidad que no conocían o en la que no habían echado cuenta.

Acá, en la fonética terrena, la intensidad y duración del eco depende de la del sonido que lo produce y de la disposición de los cuerpos sobre los que se refleja.

En la fonética supraterrena, que ahora expongo, una sola clase de sonidos produce *eco eterno.*

Los sonidos voluntarios

3695. Aquí ya no se mira que sea una boca de buenas cuerdas o instrumento de delicada afinación los que emiten el sonido; lo que se atiende es a que éste salga de una voluntad consciente.

Toda vibración deliberada de nuestra voluntad produce *eco eterno*.

Esto es, todo pensamiento o deseo que se formula *porque se quiere*, toda palabra que se dice *porque se quiere*, toda obra del hombre que se ejecuta *porque se quiere*, tienen un *eco eterno*.

Yo pronuncio una palabra, y, si ésta se refleja sobre el oído de un hombre o sobre el papel de una carta o de un libro, el eco de mi palabra durará lo que dure el recuerdo de la misma en la memoria de aquel hombre o lo que tarde en borrarse la tinta de la carta o del libro.

3696. Pero por muy buena memoria que tenga el hombre que recogió mi palabra y por mucho cuidado que se ponga en conservar el papel aquel, llegará necesariamente un día en que el eco de mi palabra se extinga entre los hombres.

Todavía dura el eco del *eureka* de Arquímedes, del *alea jacta est* de César, del *defenda est Cartago* del senador romano, y ¡cuidado que han pasado siglos repercutiendo su eco! Pero ¿no creen ustedes conmigo que ha de llegar un día en que se olvidarán esas palabras y con ellas se extinguirá su eco?

3697. Pues bien, yo pronuncio, queriendo y dándome cuenta, una palabra, y esa palabra se graba como en la placa de un fonógrafo en la mente de Dios.

Y como Dios no tiene memoria, sino que todo lo tiene presente por toda la eternidad, aquella palabra mía eternamente está repitiéndose delante de Dios.

Los hombres podrán olvidar las palabras y los hechos más célebres y los papeles podrán apolillarse; pero Dios no olvida jamás la palabra que ante Él se ha pronunciado una vez, y no digo la palabra, pero ni la obra que se ha ejecutado, ni el pensamiento que se ha concebido.

Ese pensamiento y esa obra y esa palabra están presentes siempre ante Él; tienen para Él un *eco eterno*.

Y para nosotros también será eterno ese eco.

3698. Eternamente estaremos recibiendo el fruto bueno o malo, el premio o el castigo de aquellos pensamientos, palabras y obras.

La vida y los gozos del cielo ¿qué otra cosa son sino el eco eternamente feliz de los pasos que ha dado por la tierra la gente buena?

Y los horrores y desesperaciones del infierno ¿qué son sino el eco eternamente desdichado de los malos pasos de la gente mala de la tierra?

3699. El latigazo con que castiga su carne rebelde el penitente, y el gemido del alma enamorada de Dios, y la oración del cristiano piadoso, y la limosna del corazón caritativo, y el sufrimiento del alma abnegada, como la blasfemia del impío, y la carcajada del indiferente, y la mirada lujuriosa del impuro, y la calumnia del maldiciente, por muy calladas que se hagan o muy ocultas que se tengan, eternamente están repercutiendo ante Dios, ante el cielo y ante el infierno.

¿Os enteráis?

3700. ¿Os enteráis bien vosotros, los murmuradores y asesinos de la honra a espaldas de vuestras víctimas, los mal pensados, los hipócritas, los intrigantes, los de buena cara y palabra y corazón podrido, os enteráis bien todos los que hacéis, habláis y pensáis mal ocultamente?

Os figurabais que el eco de vuestras hazañas quedaba encerrado entre las cuatro paredes del lugar en donde las perpetrabais, y no habíais contado con que en uno de esos rincones estaba colocada la gran *bocina* por donde pasaban vuestros ecos a la *placa* de la eternidad, que eternamente ha de estar repitiendo coma por coma, rasgo por rasgo, cuanto en ella esté grabado.

3701. ¿Verdad que eso de hablar, de pensar y de obrar siempre para la eternidad es una cosa un poquito seria? Tan seria como poco advertida por la mayor parte de los hombres.

¿Verdad que eso de que todo lo que salga de nuestra voluntad *queda archivado* para siempre es una cosa que le debía a uno poner los pelos de punta y hacerlo andar con un compás, midiendo lo que dice, hace y piensa?

Y que no hay escape; tire uno por donde tire, póngase en donde se ponga, la *bocina* de la eternidad ¡allí está con él!, dispuesta a sacar a la vergüenza por los siglos de los siglos ante Dios y la humanidad entera todos los trapitos sucios...

¡Vaya chasco pesado!

3702. De modo que no hay más remedio que imitar a las niñas elegantes cuando se preparan para retratarse; preguntádselo a los pacientes fotógrafos. ¡Qué mirarse y

remirarse al espejo a ver si aquella sonrisa, si aquella postura, si aquella arruga, si aquella sombra, si aquella mirada, si aquel *chic* es lo *que pega*! ¿Quién *archiva* una cara fea o vulgar?

Pues, amigos, hay que hacer *cantar* bien a nuestra voluntad, porque, ¿quién *archiva* para la eternidad un *eco* feo?

¿Y si en la *placa* aquella tenemos ya grabados muchos sonidos feos?

3703. Hay que procurar desde ahora *emitir sonidos* de llantos de penitencia, de amor al Corazón de Jesús, de oraciones y perdones bien sentidos, de limosnas y obras buenas y deseos de ser cada vez mejores, que son los únicos *sonidos bonitos* que pueden *apagar* los otros sonidos.

Señores, señores, que hay que *cantar bien*, porque si no ese *eco*...

DE MODAS

I. APOSTOLADO DE LA MEDIA VARA

3704. Tengo dos amigos que no pueden hablarse cinco minutos seguidos sin disputar; y ¡vaya si se ponen serios y se acaloran, y levantan los puños cuando faltan palabras, saliva y razones, y después de todo se quedan sin sacar la consabida luz que dicen sale de la discusión!

El otro día les sorprendí bregando con esta interesante cuestión: Concepto moral de la mujer.

-Le digo a usted, apretaba el más viejo de los contrincantes, que yo soy de los que suscriben con gusto la famosa proposición del célebre sargento Franc: «¿Las mujeres? La mejor no vale un pitillo. Y aquella otra de un sabio amigo mío: «La mujer es el animal más parecido al hombre...»

-Hombre, hombre, eso es mucho decir, replicaba todo nervioso el amigo, eso es sencillamente una barbaridad y una grosería tan injusta como falsa. La mujer, esto es, la dulce compañera del hombre, la más fina encarnación de la poesía y del ideal, el ángel suavizador de las asperezas de la vida...

3705. Sí, sí, todo lo que usted quiera y con usted todos los poetas románticos y melenudos que han hecho de la mujer una especie de ídolo encantado; pero en frente de todos ustedes, yo aseguro que, sacando de la humanidad femenina un cinco por ciento, no más, de mujeres a las que yo de buen grado concedo todavía más que usted y sus amigos los de la melena, sacando ese cinco por ciento, repito, las demás ¿quiere usted que le diga lo que son? Pues allá va. Son *perchas* en donde se cuelga el sueldo y a veces el honro de los benévolos papás o maridos, convertidos en trapos, pieles, flores, alhajas, o baratijas.

3706. Son *retortas* de químico en donde se combinan y prueban todos los colores y olores inventados y por inventar. Son *escaparates* ambulantes de muchas vanidades y mentiras bonitas en los que se podría poner este letrero: Se venden al más tonto.

Son *rompecabezas* perennes: pintándolas de guapas, siendo feas; de ricas, siendo fregonas; de quince abriles, siendo de cuarenta noviembres; de graciosas, teniendo el *ángel* de vacaciones perpetuas, etc, etc.

Son *payasos*, que pasan la vida divirtiendo a la humanidad masculina con exhibiciones arlequinescas de modas ridículas. Son *esclavas*, con aires de reina, de la hebilla de la moda, del ceñido de moda, del tacón de moda, del escote de moda, del peinado de moda, de la inmodestia o desvergüenza de moda: son...

-Pero, ¿todavía más? ¿Pero le queda todavía bilis contra las pobres mujeres? ¿pero, pero, pero...

3707. Sí, señor, y más le digo a usted; que cuando yo veo a esas mujeres tan rebosantes de todas esas ficciones y mentiras, dudo, mejor dicho, no creo ni en la fe de ellas, ni en su religiosidad, ni en las cruces y rezos que hacen ante los santos, ni en las limosnas que dan a los pobres, y me resulta una burla sangrienta verlas con los rosarios liados a la muñeca y arrodilladas ante los confesonarios. ¡Ellas tan desobedientes a los confesores, a los obispos, al mismo Papa en punto a modestia y a esas exageraciones de la moda, y comulgando! Amigo mío, ¡comulgando al Jesús sencillo, puro, las pintarraqueadas, las provocativas, las frívolas, las tan llenas del mundo...!

3708. Pues, ¿sabe usted que va escampando y caen chuzos?

-Pues, ¿no han de caer chuzos y hasta rayos? ¿No cree usted, que colma el vaso de la indignación ver al Papa y a los obispos y a los sacerdotes, y hasta los mismos protestantes del gobierno inglés, clamando contra esos trajes ceñidos y cortos, colmo de la ridiculez y de la inmodestia, y contra tanta extravagancia desvergonzada de la moda, y responder las elegantes a esos clamores tan justos ciñéndose más, desnudándose más y saliendo a la calle como hace veinte años no se hubiera atrevido a salir la mujer más tirada? Y ¿qué digo a la calle? Metiéndose en la iglesia y atreviéndose a llegar hasta el mismo altar santo.

¿Qué es esto, Señor, qué es esto...?

Yo no sé a dónde hubiere llegado la explosión de nervios de mi amigo, si no se me hubiere ocurrido terciar en la conversación proponiendo un medio práctico para remediar y precaver en algo tanto mal como deploraba y censuraba.

Todo eso, intercalé yo, o gran parte de eso podría remediarse del modo más sencillo del mundo, con un remedio de mi invención.

Con una media vara

-¡¡¡...!!!

3709. Sí, señores, con media vara de medir volvería la normalidad al mundo femenino.

-¿Cómo?, replica vivamente el más jadeante de mis interlocutores. ¿Rompiendo muchas en las espaldas de esas insensatas?

-No, hombre, no voy tan lejos, ni soy tan cruel.

Todo se reduce a que las señoras de aquel cinco por ciento que usted exceptuaba, y que yo me atrevo a aumentar a mayor tanto, se propongan con todo interés practicar el *apostolado de la media vara de... tela* entre sus familias y conocidas.

¿Verdad que el moralista más exigente quedaría satisfecho y la elegancia no estragada no perdería nada con que nuestras distinguidas señoritas echaran *media varita* más a sus vestidos? ¿Que tendrían demasiado vuelo los vestidos con esa media vara?

¡No hay que apurarse! Yo me conformaría con que repartieran la media vara entre el ensanche del vestido y la ampliación por abajo y por arriba. ¡Qué media vara más bien distribuida![1].

3710. Pues señoras que aún no habéis perdido el seso, ni caído en las lamentables extravagancias que denunciaba mi amigo ¡a trabajar por la *media vara!*

Por compasión a vuestras hermanas de sexo, a las que tanto ama el Corazón de Jesús y de quienes tanto espera la iglesia. Por el honor de vuestro sexo, seriamente amenazado con esas modas revolucionarias del pudor, hasta por amor al arte y por ornato público, trabajad por la *media vara* más de tela ¡A la cruzada de la modestia cristiana!

El Corazón de Jesús, la Inmaculada, ornamento y decoro de vuestro sexo, la religión, el pudor, la paz doméstica, las virtudes cristianas, y hasta los mozos casaderos (que van sintiendo recelos inquietantes con esas modas que ponen a sus presuntas medio desnudas en mitad de la calle) os lo agradecerán.

Señoras católicas de verdad, ¡paso a la media vara protectora del pudor!

II. LA MONA DEL PARAISO

Y va de cuento

3711. Érase que se era una calle, y en la calle una casa y en la casa un hombre, que tenía una mona.

Pues, señor, la tal mona con sus monerías era el encanto de todos los chiquillos de la calle. Jamás dama alguna pudo gloriarse de tener a su ventana cortejos tan nutridos y perseverantes de galanes, siquiera éstos fueran tan desprovistos de años como cargados de remiendos y churretes.

Pero ocurría con este oficio de jugar y distraerse con la mona, lo que ocurre con todos los oficios, que tenía sus quiebras, pues, a las veces, la dama, ofendida con las bromas pesadas de sus galanes, olvidaba sus graciosas monerías y, colándose por entre los hierros de la ventana, no paraba de correr tras sus asustados contertulios, hasta saciar sus iras en los ya remendados fondillos o en las cien veces arañadas pantorrillas de los mismos.

Y a tal punto llegaron los arañazos y a tal lástima vinieron los calzones de los vecinillos de su merced la mona, que los padres y madres del barrio se vieron en el caso de presentar una protesta formal y enérgica ante el amo de la mona, contra las alarmas en que ésta tenía constantemente la integridad corporal e indumentaria de sus respectivos hijos.

---

[1] Nota: Alarmado por la incesante disminución de tela y de pudor femenino, he tenido que promulgar el «apostolado de las dos varas» en mi libro APOSTOLADOS MENUDOS. *Cfr. TOMO III de estas OBRAS COMPLETAS, cap. V: Ejemplos de apostolados menudos.*

3712. Dióse en pensar el amo el modo de remediar tamaño mal y prevenir tales peligros.

Aconsejábanle algunos que matara o vendiera la mona, causa de tantas alarmas y reclamaciones, a lo que él se oponía por el gran afecto que las *monerías* de su mona le habían hecho profesar a ésta.

Entre perplejidades y cavilaciones anduvo nuestro hombre, hasta que una feliz ocurrencia vino a dar solución cumplida al conflicto.

¡Vestir su mona a la moda! Sí, señor, decía él para sus adentros, vistiéndola de falda *entravée*, podré seguir viéndola hacer gracias, no pasaré por el trance de atormentarla con una cadena y evitaré el gran peligro de que corra tras los chiquillos. ¡bendita se la moda que de mi mona va a hacer una persona decente!

Pero ¿quién le pone los cascabeles al gato? Es decir, ¿cómo visto yo de seda a mi mona? ¿Cómo le hago yo comprender que le convendría vestirse así?

3713. Nuevas cavilaciones y repetidos ensayos le dieron el procedimiento de imponer la moda a su mona, el de explotar el instinto de imitación de ésta.

Y ¡qué analogías encontró en este punto nuestro hombre entre su mona y las elegantes adoradoras de la moda!

¿Por qué se lleva ahora el vestido *así* o el sombrero *asao*? ¿Porque es más cómodo, más artístico, más barato, más fresco?

No, señores: se lleva así, *porque se lleva así*. ¡Así lo llevan en París y basta! No buscad más razones.

Procedimiento como veis tan irracional como... *mono*. Y ¡que no estaba el hombre contento con su descubrimiento! Para aplicarlo, mandó hacer dos trajes a la más rigurosa moda, uno para una hija suya de pocos años, y otro para su mona. Después, unas leccioncitas a la niña de cómo tenía que vestirse delante de la mona para que ésta la fuera imitando y ¡negocio redondo!

Dicho y hecho.

3714. La chiquita, haciendo admirablemente su papel de modelo parisién, fue poniéndose prenda por prenda el traje a ella destinado, al mismo tiempo que su discípula la mona, con recelo primero, con desenfado después, iba poniéndose las prendas junto a ella colocadas.

Cierto que no faltaron equivocaciones por parte de la última en lo de ponerse las prendas al revés o al derecho, hacía arriba o hacia abajo; pero una prudente repetición de la misma faena, por parte de la maestrilla, era bastante para que la discípula rectificara su equivocación.

En donde fueron los apuros grandes fue en la *metedura* de la falda *entravée*; como aquí estaba el *secreto* de la elegancia que buscaba el amo, el modisto había exagerado el ceñido hasta el punto de que nuestra elegante mona no cabía dentro sino con las piernas cruzadas, o mejor, retorcidas como los cabos de una trenza.

Que aquello era molestísimo ¿quién lo duda? Pero vaya usted con molestias más o menos a una mona, cuando se trata de imitar y de hacer monerías.

3715. Cierto que apenas podría dar un paso y que no podría revolverse ni subirse a la ventana cuando le silbaran sus galanes, pero aquel ruidito de la seda de su falda, y aquel pasito menudo con que ella imitaba el andar de su maestra y de las señoritas elegantes que veía pasar por delante de su ventana, y aquel echarse gotitas de esencia de los tarritos del

tocador que para ella habían puesto exactamente igual al de su señorita, ¡vaya que todo esto bien merecía la pena de sufrir aquellas molestias a las que después de todo ya se iría acostumbrando!

Del amo no digo nada, el hombre no cabía en su pellejo del gozo de su invento y de la gracia que le hacía la vida elegante de su mona y de la retirada de ésta de su profesión de rompe-calzones y araña-pantorrillas.

En su gozo, llegaba hasta dudar de la verdad del conocido refrán: Aunque la mona se vista de seda...

¡Si ya no parecía mona!

3716. Los chiquillos en cambio estaban tristes, la *moda* les había quitado media vida con privarlos de las diversiones de la mona.

pero como en esta pícara vida no hay bien ni mal que cien años dure, los chiquillos se dieron en pensar y deliberar todas las noches debajo de la farola de la esquina sobre el modo de librar a la mona de sus entretenimientos de las garras de la moda, y restituirla a la sana y amable libertad de la ventana.

Uno más travieso, en calidad de hijo del cacique político, propuso un medio que fue aceptado por el consejo infantil con aplausos, carcajadas y delirio de voces.

Los muchachos, que son siempre partidarios acérrimos de la forma sumarísima en sus juicios, no tardaron cinco minutos en ejecutar su plan.

Escena primera

3717. Uno de la reunión ante el puestecillo de *chucherías* de la calle: Deme usted un cohete de dos perras. ¡De los que truenen más!

Escena segunda

El grupo de los conspiradores ante la ventana de la ex-mona.

Un cohete entre los hierros apuntando al interior de la sala, un cerillo que se enciende y que se aplica a la negra mecha del cohete, un relámpago, un trueno, un ¡ay!...

Escena tercera

La ex-mona oliendo a chamuscado, vuelta a la vida, con la falda *entravée* convertida en sacudidor, saltando por entre los hierros de la ventana y corriendo detrás de los chiquillos con los bríos de sus mejores tiempos. El amo, que acude al estrépito contemplando el cuadro: ¡Vaya si era verdad! «Aunque de vista de seda...», ¡siempre mona!

3718. *Moraleja*: que si no tiene mucha sal, de sobra lleva la pimienta. Pues sabrán ustedes, señores y amigos míos, que uno de los regalitos que nos trajo el padre Adán, cuando se metió en tratos con la serpiente del paraíso, fue una *mona*, por cuya razón la llamo *mona del paraíso*. Los autores ascéticos la llaman la pasión dominante. Con esa mona nacemos todos, y a medida que crecemos crece ella. Y, aunque hija del demonio, y por consiguiente, tirando siempre a hacernos caer, hace sus *gracias o monerías* con las que nos distraemos y divertimos a otros. Pero ¡que no se metan con ella, que no le pisen el rabo, ni le pinchen, ni la humillen! Que entonces las gracias se convierten en desgracias y las monerías en mordeduras y arañazos.

3719. Y ¿qué hacer ante las protestas del ángelde nuestra guarda, de nuestra conciencia, de la voz de Dios, de nuestro sentido común y de nuestro instinto de conservación?

Unos creen, y yo estoy con ellos, que debe darse muerte a la mona, o si esto no se puede de una vez, porque tiene una vida muy dura, amarrarla en corto con las cadenas de la vigilancia y vencimiento de sí mismo y la oración constante, y cortarle el pienso hasta *matarla de hambre y malos ratos*.

Otros cautivados por las *gracias* del animalito, no quieren nada de procedimientos violentos contra ella; prefieren afinarla y ceñirla con la seda de las buenas formas, de la piedad improvisada, de los fervores de ocasión, de la mojigatería y hasta de la hipocresía, con lo que se hacen la ilusión de que su *mona* se convirtió a mejor vida.

3720. Los *cohetes* de las contrariedades de la vida, de las humillaciones no previstas, de los malos ejemplos de los otros y los estímulos de la propia naturaleza desorientada, tirados de tiempo en tiempo por la *sociedad pirotécnica*, mundo, demonio y carne, se encargan de demostrar que la mona aunque se vista de seda, mona se queda.

¿Ejemplos? A granel los tenéis en las niñas que, sólo por despecho o contrariedades amorosas, cambian la vida mundana por una vida de piedad, tan subida al parecer como falta de base en realidad. Los tenéis en todos esos humildes de boca, celosos por *celos* y no por *celo,* caritativos por egoísmo del bombo y del relumbrón, penitentes por bien parecer, en tanto *disfrazado y disfrazada* de virtud como andan por esos mundos de Dios, empeñados en engañar a los demás, y, si fuera posible, a Dios y a ellos mismos.

3721. Todos ésos, unos dándose cuenta, otros, los más, sin dársela, no hacen otra cosa que pasear su *mona* por el mundo, entretenidos en ver y en enseñar sus *gracias*.

Y ¡se adaptan tan bien las monas a todos los hábitos, actitudes y papeles!

¡Y pensar que la mayor parte de los hombres piensa, no con su cabeza, y quiere, no con su corazón, y trabaja y se entusiasma y se sacrifica, no por ellos, sino que todo eso lo hace con y por *su mona...!*

Interminable me haría exponiendo casos de *monismo* y consideraciones sobre ellos; pero como no quiero terminar con vuestra paciencia, termino aquí diciendo: si lo que hacen los perros se llaman *perrerías*, ¿por qué los hombres no tienen empeño en que sus obras se llamen no *monerías,* sino *hombradas?*

III. EL GUSANO Y LA MARIPOSA

3722. Y ocurrió que las mariposas se encelaron de los gusanos porque los vieron vestidos de seda.

Y cátese usted ya una comisioncita de aladas mariposas hendiendo los aires y presentándose delante de su majestad jupiteriana con las oportunas reclamaciones.

El señor de Júpiter, sorprendido en una hora de buen humor por las caprichosas mensajeras, las oyó con toda benevolencia y se enteró de cómo, según el dictamen mariposil, no era justo, ni equitativo, ni aun bien visto, que ellas, las inspiradoras de poetas y oradores, que no sabrían qué decir si no hubiera mariposas que revolotearan de flor en flor; ellas, las ilustres perseguidas de los niños; ellas, las buscadas, y estudiadas y

guardadas aun después de muertas por naturalistas y decoradores; ellas, las inocentes, las simpáticas, las vistosas, las tornasoladas, las coquetoncillas, las esmaltadas mariposillas (que todo eso dicen de ellas los poetas) se vieran precisadas a cubrir y adornar sus cuerpos con unas alitas de pellejo de cebolla y polvo, que el más leve contacto destruye y disipa, al paso que los indecentes y asquerosos gusanos se veían cubiertos de rica y brillante seda.

¡Y venga echar por aquellas boquitas quejas y por aquellos ojillos chispas de indignación y por aquellas alas nubes de cólera contra la pretendida preferencia de los gusanos!

3723. Inútilmente les hizo ver Júpiter que los gusanos vestidos de seda eran siempre gusanos, que aquella seda era su tumba más que su atavío, que más valían cien meses de gusano vivo en cueros, que una semana de gusano preso y abrigado en seda, que ellas con la falda de seda, perderían la agilidad y la gracia que les habían valido tantos cantos de poetas y tantas simpatías de parte de todos, que... y un sin fin de razones muy atinadas, capaces de convencer a cualquiera mariposa y no mariposa que no estuviese cegada por la suicida vanidad de los trapos.

Y no hubo más remedio que acceder.

Júpiter no se sentía inclinado a coartar el derecho de pedir de las mariposas, y cerró la audiencia con esta pregunta: ¡Qué! ¿Preferís ser mariposas con alas o gusanos de seda?

-¡La seda! ¡La seda!

Con tal de vestir de seda, preferimos ser gusanos, respondieron a una las de la comisión.

¡Concedido!, tronó Júpiter con un tono y una cara que parecía decir:

Tú lo quisiste,
Fraile Mostén,
Tú lo quisiste,
Tú te lo ten.

3724. Lector, o lectora, vamos a la moraleja de esa larga fábula.

¿Te estás riendo de lo inverosímil de esa petición de las mariposas?

Bien, ríete de las mariposas lo que quieras, con tal de que te pongas serio para hacer un poco de meditación.

Yo divido las mujeres en dos grupos: el de los *gusanos* y el de las *mariposas*.

3725. Siempre ha habido *mujeres-gusanos*, es decir, mujeres abyectas que arrastran por el lodo del vicio su cuerpo y su honor, y mientras el espíritu cristiano imperó en las costumbres de los pueblos, esas desgraciadas no tenían más que dos caminos, o el del arrepentimiento del mal vivir o el de su abyección no solamente moral, sino social.

La ley les obligaba hasta vestir traje significativo de su profesión de gusanos, para prevenir engaños y seducciones.

Mientras no se arrepintieran, eran tenidas y conocidas como gusanos, de cuyo trato había que huir.

Pero se entronizó en la sociedad moderna, por obra y gracia de las tres potencias coaligadas, mundo, demonio y carne, el espíritu pagano y puso su solio en el palacio de las modas de París, y los gusanos se sintieron alentados a pedir al nuevo soberano *mejora de rango social*.

3726. Y mira a los pocos días pasearse ufanos por las calles de la Babilonia moderna a los *gusanos* de siempre, forrados de seda y galas, sirviendo de figurines para los nuevos rumbos que a la elegancia femenina venía a dar el espíritu neo-pagano.

Verdad que, al principio, en vez de admiración causaban risas, porque todos estaban en el secreto de que detrás de aquellas galas de reinas se ocultaban asquerosos gusanos; pero como la moda venía a imponer el imperio de lo ridículo y de lo absurdo, y a los gusanos les iba muy guapamente con aquellos *elegantes* envoltorios, no había que pensar en aburrimientos ni en cambios de postura.

3727. La moda siguió echando al mercado de la vanidad femenina gusanos y más gusanos de seda, dejando, sin duda, el buen éxito a la fuerza que para gran parte del género humano, y sobre todo femenino, tiene la frase de «como las demás lo llevan...»

Y así fue cómo las *mujeres-mariposas*, es decir, las elegantes de verdad por la gentileza de su aire, la variedad de sus trajes típicos y el atractivo de su pudor, las inspiradoras del arte sano y la poesía buena, las que no se arrastraban, sino que volaban por la vida con las alas que les prestaban la delicadeza de su corazón y la pureza de su vida, se dejaron entrar los celos de los gusanos o picar de la frase: «como las demás lo llevan»...

3728. Más incautas que malas, plegaron sus alas, embadurnaron sus rostros, desfiguraron su belleza y se vistieron como los gusanos... ¡Dios mío! ¿por qué ese empeño de las mariposas en vestirse de gusanos? Cuando veo a aquéllas vestidas como éstos, me pregunto con mucha pena en mi alma: ¿Y cómo podrán esas criaturas aguantar las miradas y las palabras que les dirán tomándolas por gusanos...?

¡Pobres mariposas vestidas a la moda de... los gusanos!

UN GRAN SEGURO

La seguromanía

3729. ¿Verdad, lector amigo, que no está mal puesto ese nombre al afán, tendencia, práctica, moda, o como quiera llamarse, de crear e inventar *seguros* contra todos los riesgos existentes y por existir, reales o imaginables?

Hay seguro contra la muerte natural y fortuita, contra la enfermedad, contra la mala suerte, contra las malas cosechas, contra la mucha agua, sin perjuicio de que haya otro contra la poca agua, contra las caídas y tropezones, contra los toros, los automóviles, etcétera, contra los malos gobiernos (¡que ya es asegurar!) y contra todas las cosas malas que abundan por este triste valle de lágrimas.

3730. Parece que una de las cosas que, a fuerza de tanta luz eléctrica y de las otras, va viendo clara la humanidad contemporánea es que vivimos en un puro riesgo, pendientes de un hilo.

Y, ¡claro!, contra tanta inseguridad ¿quién no se asegura? Y de ahí la lluvia de seguros sobre y contra todas las cosas que están cayendo sobre los alarmados habitantes de la tierra.

No será el hijo de mi padre quien se meta contra esa *seguromanía* de la época, aunque no dejo de comprender que el seguro de los seguros que quita interés a los demás es el

seguro de vida eterna que se adquiere mediante el cumplimiento fiel de los mandamientos de la ley de Dios, y que es inútil que los hombres se *aseguren* tanto contra los riesgos temporales, mientras estén empeñados en *irse del seguro* en las cosas que atañen a la salvación eterna de sus almas.

3731. Pero, ¡bah!, ¿quién se acuerda de estas *añejeces* en presencia de un tema tan flamante como el seguro?

Y como diz que todo se pega, menos lo bonito, a mí se me ha pegado algo de la *seguromanía*, y me siento inventor de un seguro que a mí me parece que está haciendo una falta atroz y que está llamado a tener una importancia y trascendencia mundiales, ¡así!

He registrado la lista de todos los seguros inventados hasta el día y no he encontrado nada que se parezca al que en mi mente bulle, y que con permiso de vuestra benevolencia voy a exponeros.

Empiezo por advertiros que el riesgo contra el que previene el seguro de mi invención es del orden moral, con ramificaciones no sólo al orden privado o individual, sino social y religioso.

¡Y vaya si trae trastornos a todos esos órdenes el mal contra el que va mi *seguro*!

La informalidad

3732. ¿Necesitaré yo detenerme en exponer los males de la informalidad, de ese gran mal a la amistad, a la vida mercantil y comercial, a las obras religiosas, a la acción social?

El sinnúmero de nombres con que la informalidad trata de disfrazarse nos da ya mala idea de ella; mala memoria, espíritus distraídos, nerviosidades, genialidades, impresionabilidad, almas soñadoras, corazones impulsivos, influencias del clima, etc., etc., nombres distintos son de un mismo mal.

Pero lo cierto es que cuando la informalidad se mete con la amistad, la aburre; cuando aparece en el comercio, siembra la desconfianza; cuando da la cara en las asociaciones religiosas o sociales, las pone en peligro de muerte.

3733. Un día, un párroco celoso propone a sus feligreses la fundación de una obra, de una asociación que tenga por fin socorrer a los necesitados, promover el culto u otra cosa buena.

El prestigio de la palabra y de las virtudes del párroco, la utilidad de la Obra, la bondad de los frutos que con ella podrán obtenerse, conmueven a los o las oyentes, y en pocos días las listas de la nueva Institución aparecen llenas de nombres... ¡Qué entusiasmo, qué proyectos tan valientes los de las primeras juntas! ¡Qué pasar por encima de todas las dificultades, qué acometividad para llegar a todas partes, qué impresiones tan optimistas las de todos!

Pero...

¡Siempre la *prosa del pero*!

Pero un día uno, otro día otro, se dejan picar del gusano de la informalidad, y ¡pobre cura fundador, lo que le espera!

3734. Un demonio de hielo parece que se ha posado en la sala de juntas al calor de los primeros meses ha sucedido un frío que hiela la sangre; el uno o la una por los baños, el

otro o la otra por la distancia, unas veces por olvido, otras por ocupaciones, éstos por *chismes*, aquéllos por celos... ¡Dios mío, qué soledad! ¡Y qué tentaciones de desaliento, y qué ratos de amargura para el pobre fundador y los pocos que le han quedado fieles!

¿Verdad que el mal de la informalidad es un mal muy serio? ¿Verdad que merece atacarse con toda formalidad?

Pues ahí va mi proyecto de

Seguro contra la informalidad

3735. que voy a exponer muy brevemente, dejando a la inventiva de los amigos el ampliarlo y aplicarlo como les plazca.

Presento *dos tipos de seguro*.

Uno es el seguro contra la *informalidad propia* y otro contra la *informalidad ajena*.

¡Hay que ponerse en todo!

Primer tipo

3736. O sea, contra nuestra propia informalidad.

Porque vamos a ver (y esto digámoslo muy quedito para que no se enteren los demás): ¿quién es el valiente que no tiene o ha tenido que acusarse alguna vez de ese pecado, o de sus hijos y sobrinos, la inconstancia, la inconsecuencia, la irritabilidad, impresionabilidad, debilidad de carácter, la novelería, etc., etc.?

Si hablara el ángel de nuestra guarda, ¡podría tacharnos tantas veces de informales y sobre todo con Dios! ¿Quién no ha sido informal con Dios? ¿Y en los buenos propósitos? ¿Y en las buenas obras, y en la amistad?

Bueno, ¿cómo asegurarnos contra esos riesgos de la informalidad propia?

3737. Sobre tres bases se apoya este *seguro*.

1.ª Vale más cumplir poco que prometer mucho.

2.ª No es más bueno el que hace más cosas nuevas, aunque sean grandes, sino el que hace mejor las cosas viejas, aunque sean muy chicas.

3.ª Que en igualdad de circunstancias el mejor amigo es el más antiguo, y la mejor obra es la en que lleve uno más tiempo metido.

El cumplimiento de estas tres condiciones da un *seguro* segurísimo contra los riesgos de la informalidad propia.

Segundo tipo

3738. Seguro contra la informalidad ajena.

Bases esenciales de este *seguro*.

1.ª Que el corazón o la obra que quiera asegurarse tenga muy chica la puerta de entrada y muy amplia la de salida.

2.ª Que la vitalidad de una obra o de una amistad no depende del *número* de socios o de proyectos o de palabras, sino del *espíritu* y de la *calidad* de los que en ella intervengan, o

sea, que vale más un socio con constancia y buen espíritu de la obra, que un ciento de *bullangueros* sin espíritu.

3.ª Que en toda obra que se haga por Dios se gana siempre, aunque no en el *modo* o en la *medida* que uno esperaba.

4.ª Que como lo bien hecho, aunque sea por gente informal, bien hecho está, no deben dejarse de hacer obras buenas por temor a la informalidad.

3739. ¿Y desaparecerá con esas bases la informalidad?

No, señores, como con el seguro contra la muerte no desaparece ésta, sino que se resarcen de algún modo y se previenen los daños de ella.

Con ese *seguro contra la informalidad* que propongo, seguirá habiendo informalidad e informales, aunque en menor número y grado, pero quedará siquiera a las víctimas de ella la compensación de cobrar la prima.

Y sacar *prima* al mal de la *informalidad* ¡creo que es sacar una *primada formal...!*

TRES TIPOS DE APOSTOLADO POPULAR

3740. Hoy no hablo con todo el mundo, como solemos los periodistas, que, por menos de un pelo, ponemos cátedra *urbi et orbi*. Hablo sólo con los católicos y católicas que, no contentos con ser buenos para sí mismos, sienten cierto cosquilleo en su sangre cristiana y ganas de hacer buenos o mejores a otros; hablo a los cristianos con vocación al apostolado. A esos cristianos propagandistas y apóstoles de su fe en la modesta esfera de su familia, de sus amigos, de sus relaciones sociales (y cuenta que yo no tengo por buen cristiano a quien no ejerza de un modo o de otro un sencillo y *extra-oficial* apostolado), a esos cristianos, repito, quiero proponer en estos renglones tres formas o tipos de apostolado, de los cuales dos son vitandos y uno solo es digno de imitarse.

3741. La ley general de todo apostolado la expresó el gran apóstol san Pablo en aquellas conocidas palabras de *que hay que hacerse todo para todos para ganar a todos para Jesucristo*.

Llorar con el que llora, reír con el que ríe, subir con el que sube, bajar con el que baja, es el medio más eficaz para llegar al corazón de los demás y conquistarlo.

La gran condición del conquistador de corazones es *la adaptabilidad* de carácter.

3742. *¡La adaptabilidad!* Pero ¿os habéis fijado en lo que significa, y sobre todo, en lo que exige esa palabra?

Porque adaptabilidad no significa debilidad o inconsistencia de carácter, de modo que esté uno al viento que más sople, ni es tampoco *dulzonería o romana del diablo o vista gorda* para dejar pasar carros y carretas.

3743. Adaptabilidad es darse sin entregarse, es poner en la cara y en el gesto y en la palabra y en la obra lo que naturalmente no se tiene gana de poner; es tirar la red al agua y a uno mismo, si es preciso, sin ahogarse; es tratar a cada cual no por los méritos propios, ni por la simpatía que inspire, ni por las ventajas que traiga, sino sólo por lo que representa; es meterse en el fango, si hace falta, y no mancharse; es enfadarse, si es

necesario, y no pecar; es tragar mucha saliva y mucha hiel y poner la cara del que paladea la miel...

¡Vaya si es difícil y hasta heroica la adaptabilidad!

Pero no se olvide: tan necesaria y tan fructuosa como difícil.

Pues a hacerla fácil, dándola a conocer mejor, van los anunciados tres tipos de apostolado.

El apóstol de esponja

3744. Es el primer tipo vitando.

Fulanita, ¿por qué te reúnes con tales y tales amigas, que son tan libres de boca y de costumbres? ¿Por qué tienes relaciones con ese muchacho tan libertino y de fe tan dudosa?

Don Fulano, ¿por qué pasea usted tanto y se sienta siempre en el café con Zutano? Mire usted que el que con lobos anda...

No, no, responden en tono muy convencido la Fulanita y don Fulano, tratamos con esas personas para *conquistarlas*. ¡Están tan lejos de nosotros, que es menester acercarnos para atraerlos! Hay que hacerles ver que se puede ser cristiano y reírse mucho, y hablar de todo y jugar al billar,y entrar en el café y bailar un poquito y ver el cine y vestir a la moda y...

3745. Hombre o mujer, interrumpo yo, no siga usted enumerando medios de apostolado, porque me voy a ver precisado a decirle que eso es hacerse *demasiado todo para todos*, y que de ahí lo que se expone a sacar no es ganar a todos para Jesucristo, sino a que usted lo pierda. Ése es el que yo llamo *apóstol de esponja*.

Ir a la propaganda o al apostolado como una *esponja* va al líquido donde se sumerge para *empaparse* toda con él, eso no es lo que mandó san Pablo, ni ésa es la *adaptabilidad* de carácter.

¿Verdad que resulta chusco, aparte de otras consecuencias, muy serias por cierto, tratar de conquistar un libertino, haciéndose libertino, un indiferente haciéndose indiferente, un disipado disipándose?

¿Verdad que se parecen esas conquistas a los muertos aquellos del poeta que *gozaban de buena salud*?

3746. Y creed que no son pocos ni de poco pelo los ilusionados con el *apostolado de la esponja*; los hay hasta muy *leídos* y *escribidos*.

Sin detenerme a demostrarlo, porque éste no es su sitio, apuntaré que ciertos periodistas y oradores *tiran* algo hacia la esponja.

¡Ni una palabra más!

El apóstol de cristal

3747. Así, frío, tieso, inflexible, antes roto que doblado,como el cristal, diz que es el otro tipo de apóstol *fanée* o pseudo-apóstol.

Como el médico aquél que se ponía los guantes para tomar el pulso a sus enfermos y se echaba por la mañana en el bolsillo las recetas que tenía que recetar aquel día *pegaran o no*, estos apóstoles se trazan una línea de conducta, adoptan una actitud, se enamoran de

un procedimiento, de un gesto, se encaprichan en una sola receta o en una frase con la que creen decir mucho y no dicen nada, y ya pueden venir apuros y situaciones difíciles y clamores de necesidades imprevistas, que el *apóstol* de nuestro cuento no saldrá ni una línea de su paso.

3748. Y no creáis: son buenas personas en muchas cosas, y dicen que es preciso hacer algo por los demás, y se quejan de las cosas malas del mundo, y hasta se dignan admirar alguna que otra vez a los que descienden a la arena de la lucha. Pero ¿qué queréis? Como la necesidad aquélla, el necesitado aquél, la situación tal o la desgracia cual no están catalogadas entre las que aquel señor tiene ya establecido remediar o entre las recetas que se echó en tiempos en el *bolsillo* de su voluntad, no esperéis que aquella alma de cristal se doblegue, se cimbree lo más mínimo.

¡Y hay tantas almas de cristal para la desgracia moral o material de los prójimos!

3749. Un consejo:

Cuando vuestro celo en favor de vuestros hermanos o vuestras propagandas del bien no den obstinadamente fruto, haced un poco de examen de conciencia sobre vuestro apostolado, a ver si encontráis algo de *vidrio* en vuestros procedimientos.

Mirad que es muy fácil cambiar los términos: en vez de nosotros hacernos todo para los otros, pretender que los otros se hagan todo para nosotros...

El apóstol de goma

3750. Ése es el tipo que a mí me gusta para apóstol.

Flexible, para encogerse o estirarse cuando las almas que vamos a conquistar así lo pidan, *impermeable*, para meterse en agua y no mojarse, en cieno y no enlodarse, *blando*, para que ni aun *los golpes* lo hieran.

Así es la goma, y así debe ser el apóstol cristiano.

Y no se crea que porque la goma no sea *dura* deje de producir efecto; que, así tan blandita como es, sirve para *borrar*...

¡Y tiene tanto que *borrar* un apóstol!

Un inconveniente de la goma es que se *derrite* al fuego.

Respondo: que si el fuego es terrestre, maniobre el apóstol *desde lejos* mediante el auxilio de las *tenazas* de la *oración* y *vigilancia cristiana*, y si el fuego es de arriba, entonces... que *se deje derretir*.

¡Le gustan más al Corazón de Jesús esos *apóstoles derretidos*!...

EL APOSTOLADO DEL ACEITE

3751. Reíos del título con las ganas que queráis, que con las mismas ganas deseo yo que entréis por estos renglones, que os van a descubrir el más interesante, fácil, útil, fecundo y barato de los apostolados que podéis ejercer.

¿En qué consiste ese *apostolado del aceite*?

¿Cómo y sobre qué se ejerce?

¿En dónde se compra y de dónde mana ese aceite?
Ved aquí, amigos míos, las tres cosas que os quiero decir del singular y extraño apostolado.

¿En qué consiste?

3752. Vosotros sabéis que uno de los usos más corrientes del aceite en la industria es el de *suavizar*.
Dos ruedas engranadas no se *entienden bien;* se les echa una gotita de aceite y *vuelan*. Un eje de acero *está perezoso* para girar, su *chorreoncito* de aceite, y corre sin protesta. La llave *rechina desesperada* contra el moho de la cerradura que la impide circular, una gotita de aceite hace desaparecer la desesperación y el chirrido de protesta.
Y fijaos bien: el aceite produce todas esas facilidades de movimiento sin dar un golpe, sin quemar, sin destruir, sin desnaturalizar los elementos que armoniza. Lo consigue sólo con interponerse entre los cuerpos broncos. En donde él se presenta desaparece toda aspereza.
Y ¡qué!, ¿le vais viendo ya la punta al apostolado de mi cuento?
¿Presumís ya a dónde va a parar ese aceite?
Porque es lo cierto, y vosotros sin duda estaréis conmigo, que hace mucha falta el aceite en el mundo moral.
Más falta que en la industria.

3753. En la vida de familia, en las relaciones sociales y en nosotros mismos, hay muchísimas cosas que *andan mal* o que *rechinan mucho* sólo por falta de aceite suavizador.
Muchas de las que llamamos cuestiones magnas y conflictos formidables, no son ni más ni menos que *problemas de aceite,* que con una gotita de éste, a tiempo, no hubieran llegado a ser tales cuestiones, y que quizá todavía con una racioncita del mismo, *perseverantemente aplicada,* podrían solucionarse.
De modo que ya sabéis a qué llamo yo *apostolado del aceite:* A un apostolado que se propone *suavizar todo* lo que está *bronco* en el mundo moral.

3754. Apostolado tan útil como apropiado a un alma que profesa amor al Corazón de Jesús, de quien dice la Santa Escritura que, sin menoscabo de la precisión y fortaleza con que llega siempre a su fin, lo *dispone todo suavemente*.
Un buen punto, ciertamente, sería de estudio y de meditación, la *suavidad* que respira la vida de Jesús, tanto la mortal como la eucarística, las páginas de su Evangelio y la acción de su amor en el gobierno de las almas y de los pueblos.
Yo creo que nos entretenemos mucho en admirar su poder, su grandeza y hasta su amor, y nos fijamos poco en la *suavidad* con que manifiesta y despliega todos esos atributos.
Perdón por la digresión, y paso al segundo punto propuesto.

¿Cómo y en qué?

3755. Hermano o hermana, vamos a ver, ¿quiere usted ser *apóstol del aceite?*

Pues empiece por emplear ese *aceite* en sí mismo.

¿No cree usted que a esos ojos de mirar duro para con los que le molestan, a veces en nonadas, o desdeñosos para con los inferiores o con los que no le son simpáticos, les vendrían bien unas *gotitas de aceite*?

¿No cree usted que a esa boca tan áspera hasta para hablar de cosas buenas, no le vendría mal un poquito de aceite?

¡Y a aquellos modales tan descompuestos y a aquellas maneras tan agrias, no les haría bien la gotita consabida?

¡Y a esos juicios tan severos y a esos criterios tan mohosos y a esos sentimientos vivos y resentimientos tan enconados, no les harían un gran bien un *rocíón* de aceite? ¿Y a vuestra piedad, de ordinario tan seca con Padre Dios, no le haría falta un poquito de aceite?

3756. Y, sobre todo, a los nervios, a esos nervios ordinariamente *tan de punta*, tan *tirantes*, tan *vidriosos*... ¿No les vendría *archibién* la *alcuza*?

Ungido ya el novel apóstol con el aceite de la suavidad, que se disponga, *alcuza* en ristre, a plantar su apostolado en su familia.

¡La alcuza familiar!

3757. Si no lo tomarais a broma, yo os diría que la alcuza es la gran institución del hogar. ¡QUé falta hace en la mayor parte de nuestros hogares!

Id analizando las causas del malestar que el marido siente contra su mujer y ésta contra aquél y los dos contra los hijos y éstos con aquéllos y entre sí, y os convenceréis de que todo el problema de aquella casa no es ni más ni menos que el problema de la llave en la cerradura mohosa; como en ésta rechina la llave por falta de aceite, allí rechinan los dientes y los nervios y la ira por falta de *aceite*...

3758. ¡Cuánto bien podría hacer en aquella casa una hija o una esposa piadosa que empuñara la alcuza desde la mañana hasta la noche y con perseverante discreción fuera echando gotitas del precioso líquido en la cara avinagrada del padre o del esposo, en el caprichillo atravesado de la madre, en la rabieta infundada del hijo o del hermano, en los repentes desagradables de los criados, en las desatenciones de unos y de otros, en las heridas abiertas por el dolor, y en todo lo áspero que trate de atravesar los umbrales de aquella casa!

3759. Dichosas las familias que puedan añadir a su escudo de armas una alcuza pendiente de unos dedos piadosos!

Y por el mundo fuera del hogar, ¡cuántas aplicaciones tiene el aceite!

En las relaciones de amistad, en el trato social, en el ejercicio de las obras de misericordia, en la comunicación con superiores, iguales e inferiores, hasta para viajar en tranvía o en tren, ¡cuánta falta hace manejar la alcuza de la *suavidad*, y cuánto se echa de menos por todas partes!

La cuestión llamada por antonomasia social, ¿no es cuestión de *falta de aceite* entre las dos ruedas engranadas, el capital y el trabajo, sobre las que tiene que asentarse y moverse toda sociedad?

El olivar

3760. Sí, señores, ya es justo que sacie la curiosidad que la lectura de estos renglones os va despertando por conocer el *olivar* de donde sale ese aceite mágico.

Prevengo ante todo a mis lectores contra ciertas falsificaciones del precioso aceite que corren por el mercado, cubiertas con la marca del legítimo.

¡Mucho cuidado con los aceites formados con los siguientes elementos: Miramientos sociales, gorronería, modus vivendi, adulación, cuquería, servilismo, dulzonerías cursis o galantes, sonrisas estudiadas ante el espejo, aguas mansas y fondos turbios, y otros de menor cuantía!

Éste no es el aceite de mi apostolado. Aunque lleve esta marca, su nombre verdadero y legítimo es éste: *hipocresía*.

Que es precisamente el apostolado del demonio.

3761. El *olivar*, repito, que da el aceite legítimo es el que os estáis ya figurando, ¡ése!

¡El Corazón de Jesús!

De Él fluyen los *tres ingredientes* que componen nuestro aceite, a saber: *conocimiento y vencimiento propios, y amor recto y puro* al prójimo por Él.

Estos tres ingredientes se agitan y se mezclan, y dan un aceite que, ¡hasta ahí!...

¿Os gusta el apostolado del aceite? ¿Sí?

Pues, ¡alcuza en mano, y ya sabéis en dónde se llena y sobre quiénes debe vaciarse!

De Acción Social Católica

UNA COSA QUE ECHO DE MENOS

3762. Constantemente están llegando a mi mesa papeles y periódicos con discursos, artículos, informaciones y proyectos de Acción Social Católica. Ni que decir tiene que, dada mi afición por esta rama de la Acción Católica, mis ojos se van detrás de los letreros que anuncian esas cosas y que leo con interés lo que detrás de ellos viene.

Y como a los que andamos en achaques de prensa nos gusta echar a los cuatro vientos nuestras impresiones, por si topan con alguno que les interese, voy a permitirme echar al papel las que me producen muchos de esos papeles que leo sobre acción social.

Y digo impresiones, y digo mal, porque en realidad es una sola la que quiero dar a conocer, y ésta *de tristeza*.

Sí, de mucha tristeza, porque echo de menos en mucho de eso algo que no debía faltar, algo tan esencial por una parte y tan evidente y fácil por otra, que no acierto cómo no reparan en esa falta.

3763. Perdónenme los amigos, si lo que voy a decir más que impresiones, son crudezas; pero yo creo que deben decirse para enmienda y rectificación de los bien intencionados y aliento y confirmación de los bien enderezados.

Y, sin más preámbulos, allá va lo que echo de menos.

1.º Que se habla mucho de lo que hay que *dar*, y se habla muy poco de lo que hay que *hacer*.

Y 2.º Que se habla mucho de lo que *hizo Cristo allá* en el Evangelio, y se habla poco de lo que hace hoy y está dispuesto a hacer siempre acá en el Sagrario.

3764. Explicaciones.

Se dice mucho: al pueblo hay que *darle* pan bueno y barato, casa higiénica y a buen precio, sindicatos y cajas que lo defiendan contra la usura... Y está bien que se diga eso.

Y después se dice: *Pero* para todo eso hace falta dinero, mucho dinero, y que los ricos cristianos metan el hombro y el bolsillo, porque si no las obras morirán de anemia y el socialismo se llevará al pueblo, porque le dará más que nosotros, y el cataclismo social vendrá velozmente y... ¡eche usted horrores!

Pues verán ustedes. En esas pocas palabras que he transcrito y que ustedes como yo estarán hartos de oír y hasta quizá de aplaudir, hay unas cuantas *medias verdades* que extravían más que unas cuantas docenas de embustes.

3765. «Hace falta dinero», es verdad, pero no *sólo*, ni *principalmente*.

Luego, si los ricos cristianos no dan dinero, la obra se muere de anemia; niego la consecuencia.

«Y el socialismo se llevará al pueblo, porque le dará más que nosotros». Yo invito a esos oradores y escritores a que demuestren que los apóstoles conquistaron al pueblo y al mundo *dándoles* dinero o cosas que se compraran con dinero, y a que demuestren que el pueblo se va *siempre* con quien le da más dinero o cosa que lo valga.

No, señores, el pueblo se va detrás, no de quien le *da más*, sino de quien *hace* más por él.

3766. Los apóstoles se ganaron al pueblo, no porque les dieran oro ni plata, que no tenían, sino porque *hicieron* por él más que nadie.

El socialismo se lleva gente tras de sí, porque *hace*, o *hace* que *hace* por el pueblo.

Que presente el socialista la lista de dineros que ha hecho pasar de las manos de los ricos a las de los pobres. Su cifra total sería verdaderamente ridícula en comparación de la que expresara la que los ricos católicos han dado a los pobres.

Se puede asegurar que una y otra cifra están en la proporción de uno a mil, y, mejor quizá, de uno a un millón, ¡sin exagerar!

Por cada peseta de rico que el socialismo haya hecho llegar a manos del pobre, ha hecho llegar el catolicismo un millón.

Y, sin embargo, las masas tienden al campo socialista.

3767. Yo sé que esa tendencia se explica y se fomenta en gran parte porque el socialismo da a sus secuaces lo que el catolicismo no da, ni puede dar nunca, que es la rienda suelta a las pasiones y apetitos. Pero al fin y al cabo, eso no lo explica todo, porque la misma razón valdría para que el pueblo se hiciera budista, protestante, fetichista y demás familia libre.

¿Por qué el pueblo siente simpatías por el socialismo?

Lo digo otra vez: porque hay *acción socialista*, esto es, hay quien se mueva, hable, grite, amenace, proyecte, escriba, viaje, pelee, trabaje *en socialista*.

3768. La *acción socialista* hace socialista.

Pues esto que es tan evidente, y para cristianos tan probado y experimentado, no acaba de entrar en la cabeza, ni en el corazón, ni en los discursos, ni en los escritos de muchos de los nuestros.

Y se enardece a las masas, clamando contra el egoísmo de los ricos cristianos, o se las entristece pintándoles el cuadro de horrores que sobrevienen o de bienes que no pueden conseguirse por la falta de dinero, y después de haber echado al aire esos clamores y esas quejas, se quedan con sus brazos cruzados esperando que venga el ansiado e imprescindible oro de los ricos para empezar a trabajar.

3769. Yo conozco mucha gente en perpetua situación de *reserva*, convencidísima de que, mientras no haya dinero, no se puede hacer nada.

Y yo les digo: amigos, estáis en un gran error, hacéis mal en esperar sentados. Lo bueno sería *esperar andando* cada cual por su camino.

El pueblo, de ordinario, no viene atraído por el mendrugo o la moneda, sino *empujado* por la *acción*.

El que más *haga*, lo *empujará* más.

Y la acción, ni siempre, ni principalmente, es dar o gastar dinero.

La acción... es hacer

3770. La acción católica es pensar, sentir, hablar, portarse, trabajar, escribir, dar dinero, tratar con Dios y con los hombres en *católico*.

Lo que hace falta para que el pueblo sea o vuelva a ser católico, más que el dinero, es que cada cual que se quiera llamar católico, obre como tal siempre y en todas partes.

Yo estoy seguro de que cuando inundemos el mundo de pensamientos católicos, de palabras católicas y de obras católicas, el mundo se sentirá empujado hacia el catolicismo con violencia irresistible. ¡Ay del día en que el mundo se viera inundado con un diluvio universal de justicia, pureza, humildad, paciencia y caridad cristianas!

Eso quisiera yo que se sacara como consecuencia de esos discursos y de esos artículos, que ofrecerían, entre otras, dos ventajas: La de que podría ser practicada por todos y la de que con esa práctica se harían unos sindicatos y cajas y obras sociales de una vida y de una fecundidad maravillosas!

¡Ah! ¡Y ya veríais llegar el dinero! ¡A esportones!

Acabaré otro día.

OTRA COSA QUE ECHO DE MENOS

3771. Dije en mi artículo anterior que en muchos de los papeles que sobre la Acción Social Católica llegan constantemente a mi poder, echo de menos:

1.º Que se habla mucho de lo que hay que *dar*, y se habla muy poco de lo que hay que *hacer*.

Y como ya dejo explicado ese punto, paso a lo 2.º que echo de menos: Que se habla mucho de lo que *hizo Cristo allá* en el Evangelio, y se habla poco de lo que *hace hoy* y *está dispuesto* a *hacer* siempre *acá* en el Sagrario.

No sé cómo encarecería yo la importancia de ese punto, y cómo llamaría la atención de todos los hombres de obras sobre lo que eso significa.

3772. Firmemente creo y sinceramente digo que la debilidad y anemia que padecen muchas de las obras cristianas provienen de que los hombres que en ellas andan no cuentan con Cristo.

Sí, señores. Yo siento mucha pena en decir que nuestro Señor Jesucristo está desconocido y descontado por muchos cristianos que pasan por buenos y hasta por personas a Él consagradas, pero debo decirlo, porque espero más bien de declararlo que de callarlo.

3773. Yo oigo a muchos propagandistas, meritísimos luchadores, que constantemente hablan de un Jesucristo *histórico* que *hizo* milagros de poder y de sabiduría sobre las tempestades, los muertos y los poderosos y sobre muchos hombres y hechos de la historia; pero tales trazas se dan en la pintura de Jesucristo, que, después de arrancar largos aplausos para Él dejan en el ánimo de los oyentes una especie de persuasión de que aquello *pasó así* porque estaba allí Jesucristo, y que *ahora no puede ser así*, porque Jesucristo voló al cielo, no está ya aquí.

3774. Ya sé yo que esto no se dice ni se escribe, pero convido a un examen de conciencia a muchos oyentes y lectores de propagandas católicas, y que me digan, después de bien hecho, si de esas reuniones y lecturas han *sacado ganas de Sagrario*.

Y yo digo sin miedo a ser desmentido: que entusiasmo por Jesucristo que no lleve al Sagrario, es un entusiasmo por lo menos sospechoso.

Tan sospechoso como sería el entusiasmo del que aplaudiera la templanza y luego se embriagara.

Hace tiempo que lo vengo observando.

Ese entusiasmo por Jesucristo que no lleva a comulgar, se parece mucho al entusiasmo que se siente por un héroe de la historia, por un sabio, por un conquistador, por un gran hombre todo lo grande, hermoso y bienhechor que queráis, pero que ya se ha muerto.

Un ejemplo

3775. Suponed que por una serie de combinaciones fantásticas, después de oír un discurso sobre Colón y su obra colosal del descubrimiento de América, un discurso caluroso, vibrante que os ha hecho rebosar el entusiasmo, os enterárais de que muy cerca del lugar del discurso se ha presentado Colón, real y verdadero, decidme: ¿debería creer yo en el entusiasmo que os levantó el discurso, si os viera volver las espaldas y marchar tranquilamente a vuestras casas, sin dignaros visitar al aparecido Colón?

Pues, amigos, el Colón de esos discursos y escritos, que tanto os entusiasman, no tiene que aparecerse, porque no se ha ido; está aquí, en cada Sagrario, tan bueno, tan poderoso, tan grande, tan humilde, tan Jesucristo como allá en el Evangelio.

3776. Y, o la lógica no es lógica, o esos aplausos y admiraciones para *aquel* Jesucristo de *entonces* no pegan con esa indiferencia, ese pasar de largo, ese no comulgar, ese no visitar ni hablar a *este* Jesucristo, ese mirar al Santísimo Sacramento como una cosa muy respetable sí, pero con la que no hay que contar prácticamente para la acción social.

Escritores y oradores sociales, que no hay dos Jesucristos, sino uno, y ése gozando de muy buena salud en nuestros Sagrarios; que no hay dos vidas cristianas, sino una, y ésta no debe ni puede alimentarse sino del Pan del Sagrario; que no hay dos principios sobrenaturales, sino uno, y ése es el Corazón de Jesús, vivo y real en el Sagrario.

3777. Alguien ha dicho de mis escritos y conferencias que *exijo* a los propagandistas y hombres de acción la santidad, y que siempre me muevo sobre ese supuesto, más ideal que real.

Y creo que dicen eso de mí, porque hablo mucho de abnegación, de fe y de confianza sin límites en el Corazón de Jesús, y, sobre todo, porque pretendo hacer de los hombres de acción, hombres contemplativos.

¡Hombres contemplativos! ¡Santos! ¡Ojalá lo fueran todos nuestros hombres de acción, que ya les diría yo lo que iba a llover sobre la tierra!

Pero, yo que aspiro a eso en los otros y en mí, no lo exijo; lo que sí exijo, porque creo firmemente que es de justicia estricta, es que los hombres que trabajen por Cristo y para su gloria, trabajen con Cristo.

¿Qué menos, digo, se puede pedir?

3778. Y trabajar *con* Cristo es ir mucho al Sagrario, para preguntar al *Maestro* que está allí, para hacerse fuerte con la mirada del *Capitán* que está allí, para disipar tinieblas y dudas con la *Luz* que está allí, y para transformarse en valiente, en héroe, en loco, que todo es preciso a veces, con el *Amor del Corazón* que está allí.

Si a eso se llama exigir imposibles, pedir santidad, poner la puntería en donde muy pocos pueden llegar, entonces pediría permiso para dar mi último consejo, que sería éste: «Si lo bueno que esperamos, si lo que ha de traer el reinado de la justicia y de la caridad sobre esta sociedad pagana, no lo hemos de sacar del Sagrario, esperad sentados, propagandistas y hombres de acción, esperad sentados...»

LA CARIDAD EN AUTOMÓVIL

3779. Quizá alguien, al leer este título, se vea venir en pos de él un cuentecillo más o menos modernista en el que se narre alguna obra de caridad practicada en o con el auxilio del modernísimo automóvil.

Pues advierto a quien tal haya pensado que no voy por el camino de los cuentos, sino por el de una realidad, tan real por lo menos como amarga y digna de ser conocida y meditada.

Fue el caso que, días atrás, visité en una ciudad, populosa y clásica por su generosidad para con los pobres y el culto del Señor, una casa de Hermanitas de los Pobres.

3780. Después de recorrer las amplias, alegres y limpias dependencias de la misma y de expresar mi admiración y agrado por tanto bueno como había visto y sentido en aquella

casa, milagro diario de pobreza limpia, de vejez alegre y de providencia amorosa de Padre Dios, pregunto a la Hermanita acompañante:

-Y qué, ¿pasan ustedes muchos apuros para sostener la casa? ¿Tienen ustedes muchas deudas?

-Ya usted sabe, me responde, que en nuestras casas se tienen siempre descontados los apuros de dinero: contamos con la providencia de nuestro Señor, que no falta nunca, y al fin y al cabo nos saca de todos los apuros.

Bien, insistí yo; pero supongo que una obra como ésta, de resultados tan positivos y evidentes, tan a propósito para mover la compasión hasta de los más descreídos, tan delicada como provechosamente dirigida por las admirables Hermanitas, supongo yo, repito, que esta obra pasará pocos apuros, porque para ella se abrirán con facilidad los bolsillos de los ricos. Y por añadidura en esta tierra, que siempre ha sido la tierra de la largueza y del rumbo.

3781. La Hermanita, mirándome entre sonriente y triste, exclama: Sí, señor, así era, así pasaba antes, hasta hace poco. Pero ahora, en estos últimos años, las manos y los bolsillos se abren menos y con más dificultad, no pocas casas de bienhechores han rebajado su limosna, los donativos espontáneos y anónimos, que otras veces nos han sacado de tantos apuros, son muy raros, y hasta las buenas caras con que en muchas casas acompañaban la limosna que nos daban, parece que se han trocado en caras que quieren decir: váyanse pronto y vengan menos...

3782. Y mientras tanto, las necesidades de nuestra casa son las mismas, nuestros ancianos los mismos, y si cabe en mayor número, porque por ahí fuera aumenta cada vez más el número de los desgraciados.

-¿Y no han dado ustedes con la causa de ese enfriamiento de la caridad?

-Sí, señor. Aparte de las causas generales que, como usted sabe, son la debilitación de fe viva y la paganización de las costumbres en todas las clases sociales, hemos podido vislumbrar otra causa particular, que aquí en esta ciudad ha determinado, o influido al menos, en el enfriamiento de la caridad para con nuestra casa y para con las demás que viven de la caridad privada.

Quizá le extrañe a usted esta observación que nos han dado hecha algunos criados de esas casas en donde la caridad está en baja.

3783. Hermanita, nos han dicho con aire de tristeza al anunciarnos que el señor o la señora habían dado orden de rebajarnos o suprimirnos del todo la limosna, Hermanita desde que en esta casa entró el automóvil, parece que ha huído de ella la caridad.

¡El automóvil!, exclamé yo, lleno de extrañeza ante aquella salida.

-Sí, continuó la Hermanita, sí, desde que nuestro amo compró el automóvil, todo se vuelve hacer economías: en la comida de los criados, en la limosna de los pobres y en lo que se daba para la parroquia, y para la prensa católica. Eso nos han dicho en no pocas casas. Y tenga de cierto lo que tenga, se está observando que en esta ciudad están en proporción inversa el registro de contribuciones por automóviles y el registro de la caridad. ¡A más automóviles, menos caridad!

Puse término a mi visita con los comentarios que la observación de los filósofos de escalera abajo me arrancó, y he seguido ahondando después en lo que significa y entraña.

¡Vaya si hay filosofía en eso!

¡A más automóviles, menos caridad!

3784. Estas columnillas son muy chicas para contener todo lo que esa frase, fórmula exacta de los estragos del lujo, levanta en mi cabeza y en mi corazón.

Yo me limito a presentarla a los que lo usan o andan en pretensiones de usarlo, para que hagan de ella tema de un examen de conciencia o de una rato de meditación...

Señores y señoras que pasáis por la vida montados sobre las alas del viento, deteneos un poquito en responder para vuestros adentros a estas preguntas:

¿Os ha regalado el Señor bienes de fortuna en abundancia para que os permitáis disfrutar de ese adelanto moderno, sin que se resienta ninguna atención de justicia o de caridad?

¿Sí? Pues sea enhorabuena, que con vosotros no tengo que meterme para nada, si no es para advertiros que, sirviendo el auto para ir deprisa, los que de ordinario no tenéis que hacer nada, no corráis demasiado, que os arriesgáis a faltar al quinto mandamiento, que veda matar y matarse.

3785. ¿Os empuja a usar el automóvil, no lo desahogado de vuestra fortuna ni la prisa de vuestro quehaceres, sino sólo o principalmente la *alternancia* con los que lo llevan porque pueden llevarlo?

Pues permitidme que os llame la atención sobre lo que os va a costar ese lujo.

He tomado datos de lo que representa para una casa el lujo del automóvil con su séquito de composturas, mecánico, reformas, confort, y la agravante de que uno solo no basta para campo y paseo, y puedo asegurar que más que con la gasolina, se alimentará vuestro automóvil con las lágrimas que enjugaba vuestra caridad, con el bienestar que os traía vuestra fortuna, con la paz de vuestra casa y el prestigio de vuestro nombre.

¡Buen motor! ¿verdad?

Empujado por él, se podrá sentar por un poco de tiempo plaza de elegante, pero me temo mucho que explote y dé con vuestras elegancias en un ridículo fracaso y, lo que es más triste, con vuestra alma en un desastre eterno.

3786. Porque, señores y señoras de esa clase de automóviles, ¿sabéis acaso lo que se disgustará al Corazón de Jesús el que la caridad que tanto trabajito le costó traer al mundo, se la conviertan en gasolina de automóvil de lujo...?

CONTRA LOS HERODES DEL DÍA

MI PROYECTO DE PROTESTA

3787. ¡Bien han llovido protestas contra el malhadado proyecto de suprimir el carácter obligatorio para *todos* los niños de las escuelas nacionales españolas de la enseñanza del catecismo!

Desde mi rincón de Huelva, he estado viendo desfilar cartas, telegramas, visitas de comisiones, mítines, artículos periodísticos, hojas de firmas, mensajes colectivos, y todas las formas que reconoce la legalidad vigente para pedir y para manifestar la voluntad de los ciudadanos a los altos poderes. Y mientras veía ese brillante desfile de entusiasmos valerosos, de quejas de grandes amores heridos o amenazados, de gallardas lecciones de

verdad, de justicia y de buen gobierno, he gozado, he vibrado de entusiasmo, porque mi patria no estaba muerta para la fe católica, como pregonan a diario los enemigos de una y otra, sino viva y muy viva, y con una sensibilidad muy exquisita y un olfato muy fino para sentir y presentir dolores verdaderos, disfrazados a veces bajo los halagos fingidos.

3788. Sí, señores. La protesta de la España católica contra los *salteadores de la fe* de sus hijos ha estado hermosa, edificante, digna y seguramente fecunda, que siempre lo son el valor y la abnegación.

Pero me he dicho muchas veces, y creo que conmigo lo dicen centenares de miles de españoles, pero ¿conseguirán estas protestas hacer fracasar el intento del gobierno secularizador? ¿Terminará esta contienda por el triunfo de los católicos, que son los más, o por el triunfo de los judíos, masones y anarquistas, que son, después de todo, los que se han mostrado parte contraria en este pleito? Y, ¿alcanzará la protesta católica la revocación del real decreto por el que se trata de echar la zancadilla a la ley y a la fe?

3789. Estas o parecidas preguntas nos hacemos hoy todos los que, acostumbrados a ver caídos gobiernos y situaciones políticas por un triste suelto de periódico, por la broma intencionada de un diputado travieso, no acabamos de explicarnos tanto tesón en sostener un proyecto de *reforma mínima*, como dicen, y en sostener un gobierno que tan abiertamente se pone en contra de la parte mayor y más sana de la nación.

La verdad es que no estamos acostumbrados a este tesón en las alturas.

¿La causa?

3790. Los bien informados apuntan algunas, y por cierto no desprovistas de verosimilitud. Al objeto que persigo en este artículo no importa el estudio de esas causas. Sólo me interesa hacer constar este hecho: que la impiedad, llámese judaísmo, masonería, revolución mansa o fiera, hace hoy por hoy cuestión de gabinete *la guerra al catecismo*.

Ahí, en ese libro pequeñito por su tamaño e inmenso por su contenido, ante el que han pasado cientos de generaciones descubiertas, y agradecidas, y en ese niño inocente que liba en sus hojas la rica miel de la educación sólida y buena, están hoy reconcentrados los odios y los ataques de la impiedad.

3791. ¡Guerra al alma de los niños! Ése es su grito y ése es su lema.

Y son tantos los hechos y los dichos de sus hombres que demuestran esto, que me parece inútil insistir en confirmarlo.

La situación de nuestros adversarios con respecto a nosotros es ésta:

Frente al grito dulce y enérgico dado por nuestro Señor Jesucristo de «dejad que los niños se acerquen a Mí», ellos no cesan de gritar por medio de sus periódicos, discursos, mítines, instituciones libres de enseñanza, escuelas laicas o neutras, o reformas de catecismo voluntario, etc., etc. «Hay que impedir a toda costa que los niños se acerquen a Cristo; que no conozcan ni su nombre siquiera».

3792. ¿Y nuestra situación cuál debe ser?

Ahí va precisamente mi artículo, y mi propuesta a todo el que tenga paciencia de leerme y tenga sangre cristiana en sus venas.

Me escribía el otro día un amigo, que no tiene un pelo de tonto:

«A mí no me gusta que el demonio esté callado, porque me parece que entonces está contento; me gusta que chille, porque entonces estoy cierto de que está disgustado, de que algo le duele».

De modo, amigos míos, que de todas estas contiendas por y contra el catecismo, sacamos en limpio que hoy por hoy lo que más le duele al demonio en España es el catecismo: esto es, que padece una *catecismitis aguda fulminante*...

¿El remedio?

3793. El consabido del refrán.

«Al que no quiere caldo, tres tazas...»

Y ese es mi proyecto de protesta: propinarle al demonio y a toda su real familia, llenas del *caldo* de la doctrina cristiana, todas la tazas habidas y por haber.

Para mí toda esa infelicísima campaña de Romanones contra el catecismo no es ni más ni menos que los síntomas de la gran *indigestión* de catecismo que está padeciendo el demonio como resultado de esa brillante campaña que, dirigida por el Papa, vienen sosteniendo los prelados y párrocos y religiosos y buenos católicos de catequización del pueblo, por medio de doctrinas, escuelas, patronatos de adultos, conferencias, etc., etc.

Luego hay que apretar ahí. Bien están las protestas escritas y habladas contra el decreto, muy bien está eso, y mientras más se chille, mejor, que en estas democracias de pamema que padecemos, el que más grite, más saca; pero me parece que ha de ser más fecunda ésta: que a *más gritos de nuestros enemigos contra el catecismo opongamos más trabajo nuestro por enseñarlo*.

3794. Es una proposición que no necesita demostrarse.

Mientras más catecismo enseñemos, habrá más y mejores cristianos, y mientras más y mejores cristianos haya, más y más valientes ciudadanos habrá que se opongan a los planes laicos y seculizadores de éste y de todos los gobiernos españoles reñidos con la historia de España.

3795. Y ¿cómo?

1.º Trabajando *todos y cada uno* en esa propaganda del catecismo.

Leedlo bien: *todos y cada uno*.

Es muy cómodo y frecuente decir: hay que enseñar catecismo al pueblo; y es menos cómodo, y menos frecuente aún, *ponerse* a enseñar el catecismo.

Y conste que todos podemos y debemos enseñar el catecismo, aunque no del mismo modo.

Y conste también que si un poco de doctrina enseñada por mí a una sola persona es bien poca cosa comparada con la masa general de adoctrinados, no puede haber *masa general* de adoctrinados, si no hay muchos pocos de aquéllos.

3796. Y 2.º Descendiendo más a pormenores.

Podemos redoblar y centuplicar nuestra propaganda del catecismo: 1.º Si los párrocos no dejamos de ir o mandamos a nuestros coadjutores, una vez *a la semana* a las escuelas nacionales a enseñar doctrina. 2.º Si los sacerdotes y seglares piadosos ayudan

personalmente a los párrocos en la obra del *catecismo parroquial*. 3.º Si las señoras católicas dedican diez minutos diarios a enseñar la doctrina católica a sus criados. 4.º Si cada Hija de María, cada María de los Sagrarios-Calvarios se dedican a dar lección de doctrina a un solo niño pobre de su calle o de su casa. 5.º Si fomentamos todos la divulgación de hojas de propaganda catequista.

3797. 6.º Y esto es eficacísimo y al alcance de todos: Si conservamos o renovamos las costumbres cristianas españolas de poner cruz al frente de nuestros escritos, de saludar con el «vaya usted con Dios», «Dios guarde a usted», «Ave María», etc., de usar frases cristianas, desterrando las paganas modernas, para felicitar, dar pésames, etc. Estas costumbres cristianas son el catecismo practicado y connaturalizado, son como la quinta esencia del catecismo digerido y asimilado. 7.º Contribuir aunque sea con cinco céntimos a la creación y sostenimiento de escuelas netamente católicas. 8.º Ayudar con cariño y con generosidad a la formación de internados para formar maestros católicos ¡qué importante es esto! 9.º Que todo católico o católica ponga sobre su mesa de escribir o de trabajar un catecismo para repasarlo con frecuencia y para dar al que entre ese ejemplo.

3798. Con estos modos y con los que a cada cual le dicte su celo, ¡cuánto podríamos hacer!

Y ¿por qué digo *podríamos hacer y no haremos?*

Eso es: ¡cuánto bien haremos!

Porque yo no puedo creer que nadie que lea estos rengloncillos y sienta pena ante ese odio a Cristo, al Cristo bueno y dulce, y ese afán de echarlo de la escuela y de la sociedad, deje de poner en juego alguno de los medios propuestos para contrarrestar ese odio.

Conque señores y amigos míos, por amor al Corazón de Jesús, tan injusta y cruelmente perseguido, por las almas de los niños tan bárbaramente amenazados, por nuestro propio instinto de conservación y... hasta por el gusto de dar al demonio las consabidas *tres tazas* del refrán, a *protestar con* nuestro trabajo en pro del catecismo contra todos los anticatequistas.

DE ZOOLOGÍA ESPIRITUAL

I. LAS ALMAS CAMALEONES

3799. Sí, señores, es un nuevo tipo de almas que yo ofrezco a los *linneos* de las clasificaciones espirituales.

¡Las almas camaleones!

Ya verán ustedes cómo el tipo está bien encontrado, estudiado y clasificado.

Algo de zoología

¿Qué es un camaleón?

Etimológicamente *pequeño león* o *camello león*, que a una y otra cosa se presta la cara de pocos amigos del animalito y la joroba que al dorso lleva.

Según los zoólogos, tiene este reptil la particularidad de vivir de los insectos del aire (lo que ha dado margen al vulgo para decir de él que se mantiene del aire) y la de cambiar de color según la postura que toma, el sitio en que está y los accidentes por que atraviesa.

Yo tomo para tipo de mi clasificación al camaleón con esas dos particularidades, la de *papa-aire*, que le atribuye el vulgo, y la de cambiar de color.

3800. Y digo que hay muchas almas de hombres y de mujeres, que por tener esas dos particularidades, se parecen al camaleón y merecen llamarse *almas-camaleones*.

Lo que hay que demostrar pero por partes, que dirían en la escuela.

Y como no es posible estudiar el alma en sí misma, voy a estudiarla en sus manifestaciones, esto es: en sus ideas, en sus amores y en sus obras.

Sólo con la experiencia por guía llevaré el convencimiento a los más incrédulos.

Aquélla os enseña: 1.º que hay no poca gente con *cabeza de camaleón*.

3801. Ustedes saben, porque lo enseñan la sana filosofía y el sentido común, que el alimento propio de la cabeza del hombre y de la mujer es la verdad: que Dios nos ha dado dos ojos, dos oídos y todos los sentidos y las facultades cognoscitivas para conocer la verdad en todas las cosas, en el arte, en la historia, en los acontecimientos que se desarrollan ante nuestra vista, en las obras propias y ajenas, en la religión, en el gran problema de nuestros destinos, en todo, y, mediante el conocimiento de la verdad de estas cosas, conocerlo a Él, verdad suma y fuente de toda verdad.

3802. Pues bien, hay cabezas que a ese alimento sano y sólido prefieren... aire.

¡Pues qué! ¿no es alimentar la cabeza de aire llenarla del humo de la vanidad del vestir, del parecer, del subir y del poder, o de las vaciedades de la revista ilustrada (con muñecos) o de modas, de conversaciones de sociedad a las que si se estrujaran no se les sacaría un adarme de sentido moral, ni común, ni de ningún sentido?

¡Alimentadas con aire! Así andan muchas, muchas cabezas por esos mundos de Dios, alimentadas de aire de muchas frivolidades, de convencionalismos mentirosos, de proyectos y castillos verdaderamente en el y de aire, de ficciones egoístas y sensuales, de chismes de salón o de casino, que no por salir envueltos en perfumes y buenas formas, dejan de serlo.

3803. Y cuenta que no hablo aquí de los rudos hijos del campo, que por su falta de comunicación y cultura no conocen del vocabulario más allá de veinte o treinta palabras y no aciertan a discurrir más allá de su azadón y su pedazo de tierra. No, hablo de los *elegantes* y las *elegantas*.

¿Para qué -les preguntaría yo- les ha servido hasta ahora su cabeza? ¡Y tendría que ver y oír el desfile de *cosas serias* que nos presentarían!

¡Ay si se pudieran tantear ciertas cabezas, como se tantean los melones, cuántas *sonarían a hueco!*

3804. Y, ¡claro!, en cabezas tan ligeras, ¿quién va a pedir fijeza? Allí todo tiene que ser variable como el viento.

Y decidme: ¿hay mucha diferencia entre el camaleón del caso que se mantiene del aire y cambia de colores y esas cabezas *hueras* que cambian de criterio, de opinión y hasta del *color del pelo,* con sólo que la veleta de la moda o del capricho sople por ahí?

Y vamos a la segunda enseñanza de la experiencia, no menos interesante que la primera.

Los corazones de camaleón

3805. Que, por cierto, son un *encanto* en su clase.

Como que en vez de ser el órgano motor de la sangre, la válvula de la vida, el trono del amor, el anillo que une al hombre con todo lo bueno de la tierra y del cielo y todas esas cosas bonitas que fisiólogos y poetas dicen y cantan del corazón, se queda éste reducido a la categoría de *vejiga de aire*, sujeto a todas las vicisitudes de las vejigas y a las leyes del aire.

¡Qué! ¿No es triste ver el corazón humano hecho por Dios para amarle a Él y todas las cosas buenas por Él, es decir, para alimentarse y saciarse con la misma vida de Dios, no es triste, repito, ver ese corazón *papando* aire, como un infeliz camaleón?

3806. ¿Y no creéis que es alimentarse de aire, y por cierto maléfico, tratar de llenarlo de afectos ilusorios, de amorcillos de tres al cuarto, de pasioncillas y caprichillos de baja estofa, y de cosas que valen nada o casi nada?

¿No habéis visto el juego de manos de la chistera?

El prestidigitador saca del fondo de la misma, ante el asombro de los espectadores novatos, profusión de cintas de variados colores, botones, moños, baratijas de mil clases y hasta una jaula con su pájaro.

Pues haceos cuenta que del corazón de no poca gente, cualquiera que fuera un poco listo podría sacar todas esas baratijas del juego de manos y un poquito más.

Pero, ¿cosas de sustancia, cosas serias, cosas dignas? No, ¡ni por sombra!

3807. Cuando yo veo un hombre muy metido en diversiones, devaneos, en refinamientos del lujo y de la mesa, o a una mujer muy metida en perifollos y exageraciones de la moda, y en bailes y teatros, y en el culto verdaderamente idolátrico de su casa y de sus manos y de sus pies y de su pelo y de todo su cuerpo, y me entero que aquel hombre es padre o marido y esta mujer es madre o esposa o se prepara para serlo, me pregunto asombrado: ¿pero en esos corazones tan llenos de aire, qué hueco queda para los hijos o para la familia?

Una observación

3808. Dicen los médicos que una de las enfermedades típicas de nuestra edad es la del corazón.

Hoy se padece mucho del corazón.

Y digo yo: ¿no será un castigo de la misma naturaleza, por la violencia de quitar al corazón su augusto oficio de asiento del amor puro y santo y darle el de *ventosa*?

¡Allá los fisiólogos y los moralistas!

Obras de camaleón

3809. Y así tienen que ser las que salgan de unas cabezas y unos corazones ídem.

¿Saben ustedes qué efecto me hacen las obras de esos camaleones de dos pies?

El de los buñuelos; muy doraditos y olorosos por fuera, y por dentro ¡huecos!

Así son las obras de los individuos de esa familia, bonitas, de buen tono por fuera, pero por dentro ¡vanas!

Y ved si no: pasarse horas y horas ante el espejo, y otras tantas detrás de la modista para que la arruga tal o el fruncido cual salga así o *asao*; hablar de perros, gatos, muñecos y chismes; llevarse días y días pensando si el tacón debe tener dos milímetros más o menos o si la *traba* o el vuelo de la falda o el calado de la blusa dejará ver o señalar bien lo que la decencia *hasta ahora* ha vedado enseñar, compararse con toda la que pasa o la que llega a ver si la vanidad propia tiene algo de qué quejarse o por qué sentirse humillada; un ratito de novela sentimental.

3810. Y por contera de todo esto tener de vez en cuando una caricia, que diríamos oficial, para sus hijos, una riña o una cara destemplada para sus domésticos y todo el que esté a sus órdenes, una queja constante para el tiempo; unos cuantos espasmódicos para calmar los nervios de tanta *agitación*, ¡ah! y alguna vez que otra un garabatito elegante; unas cuantas líneas leídas en un devocionario ídem, y unos golpecitos monísimos de pecho en la iglesia, y cate usted ahí las obras de una señora, señorita o señorona, o, si las pone en masculino las de un señorón.

¿No es verdad que todo eso es puro *buñuelo*?

¿O más propiamente, *¡camaleonadas!?*

3811. Consecuencia que yo saco y que propongo a la consideración de ustedes.

Que a medida que el hombre se aparta de Dios, se acerca al camaleón.

Que todos, más o menos, tenemos horas y días y épocas de *camaleones*.

Y que cuando el apartamiento de Dios es completo, el parecido con el camaleón es exacto, tan exacto, que según un amigo mío, hay gentes que andan en dos pies por un *milagro de equilibrio...*

II. LAS ALMAS CIGARRONES

3812. Un tantico extraño es el título, ¿verdad?

¡Ojalá lo fuera tanto lo significado por el titulejo!

Porque habrán de saber, que en un estudio que he hecho de los modos que las almas tienen de moverse, he encontrado grandes y curiosas analogías entre el modo de andar de las almas y de ciertos animales.

La vida, se ha dicho muchas veces, es un camino que empieza en la cuna y termina en el sepulcro. Pues paralelamente a ese camino de la vida del cuerpo, tiene que recorrer el alma de todo hombre otro camino que, figurando un plano inclinado, de muy acentuada inclinación, tiene en su parte baja una *estación* que se llama *infierno* y arriba otra que se llama *gloria*.

3813. Y por ese plano inclinado todos andamos, queramos o no, seamos creyentes o incrédulos, chicos o gigantes, con la sola diferencia de que unos van hacia arriba y otros van hacia abajo.
Y es por demás interesante detenerse un rato a contemplar el panorama tan pintoresco que representa ese pendiente camino.
¡Con qué trabajito y qué ahogos suben muchos de los que van hacia arriba! ¡Con qué risas y contentamientos andan los que van hacia abajo! Aquéllos sudando, éstos riendo, aquéllos desgarrándose las propias carnes con los guijarros de la cuesta, éstos orlándose las sienes con coronas de rosas y derramando el espumoso vino de sus orgías al parecer inacabables.

3814. Pero todos, los que suben y los que bajan, siempre andan; unos de prisa como liebres, otros despacio como tortugas, unos volando como águilas, otros arrastrándose como anguilas. No se ve ni a uno solo que esté parado, y aunque algunos se esfuerzan por quedarse quietos, sin subir ni bajar, no llegan a conseguirlo.
Contemplando ese panorama, se me ha ocurrido que no sería de poco provecho alentar a los que suben, enseñándoles buenos y seguros modos de subir, y prevenir a los que bajan advirtiéndoles los grandes daños que se preparan si llegan a entrar por la estación del *barrio bajo*.
Y empiezo por los que

Creen subir y no suben

3815. ¿Conocen ustedes los *cigarrones*?
Lo vulgar de su figura me releva de describirlos.
Quiero que sólo os fijéis en lo desatinado e irregular de sus vuelos.
¡Pobres muchachos los que se dedican a la intrincada tarea de coger cigarrones!
Desde el cáliz de una flor, en donde posaba dándose aires de imperial ruiseñor, salta al charco de cieno de donde a lo mejor no puede salir; lo mismo gira hacia el norte que hacia el sur, hacia arriba como hacia abajo; con el mismo afán huye de su perseguidor como se pone bajo sus manos. Vuela y salta sin rumbo fijo ni regla cierta.

3816. Los pájaros vuelan hacia su nido, hacia el granito de trigo, hacia el agua, hacia la altura libre de riesgos; vuelan llevados por su certero instinto de conservación.
Los insectos volanderos también vuelan para algo, aunque no sea más que para probar la sangre y la paciencia de los llamados reyes de la creación, los pobres hombres.
Los cigarrones saltan y brincan porque sí; para no tener lugar fijo ninguno, no tienen ni aun nido.
¡Vaya usted a averiguar los pasos o los vuelos de esos caballeritos!

3817. Pues así precisamente son muchas almas que ustedes y yo conocemos: son almas que unas veces tienen cantos y contoneos de ruiseñor que lo dejan a uno embelesado, y otras, desde las alturas de la más fina ascética, se zampan en el cieno o en los charcos sucios de las vanidades y locuras y corrupciones del mundo.
Almas que alternan la Comunión diaria con el teatro de todos los colores y el baile de todas las maneras, diarios también, que lo mismo lloran desgarradas por la pasión y

muerte del Señor que por el suicidio del galán de su novela; que el día y la hora que dedican a ser cristianas, se dejan, al parecer, atrás a los santos más encumbrados, y en las horas y en los días que dedican al mundo dan quince y raya al más refinado de todos los mundanos.

Almas que con la misma prisa y gana se dan a una amistad, a una devoción, a una práctica como se apartan de ella.

Almas ente cuya variedad, multiplicidad y sucesión vertiginosa de sentimientos, caracteres, aficiones, entusiasmos y vida se habrán ustedes preguntado como yo me pregunto: ¿son ellas las locas o nosotros?

3818. ¿Verdad que al ver esas almas tan *saltonas* se acuerda uno instintivamente de los *cigarrones?*

Y cigarrones son de verdad en la piedad, en el cariño, en los sentimientos, en la amistad, en las relaciones sociales, en los entusiasmos, en todo cuanto hacen, piensan y dicen.

¡Y abunda tanto el tipo! ¿Quién no ha tenido o tiene que sufrir en su familia, en sus relaciones, en los de arriba a quienes ha de obedecer, en los de abajo a quienes ha de mandar, o entre el montón de personas con quienes hay necesidad de tratar, quién no tiene, repito, entre todos esos algún *cigarrón* que sufrir?

3819. Y apuntando más de cerca, os diré que entre todas las clases de cigarrones que os he enumerado los más temibles y molestos son los que toman por campo de sus saltos y brincos la piedad.

Preguntádselo a los confesores y directores de almas y, sin nombrar personas, os dirán lo que les hacen sufrir esas almas cigarrones en la piedad.

Almas que piden cien veces plan de vida para no cumplir ninguno, que exigen mortificaciones a lo san Pedro Alcántara y no toleran una mala cara, quizá aparente, del director, que hablan de éxtasis y arrobos y a lo mejor se quedan sin Misa los días festivos, que quieren prender fuego al mundo con su caridad y tratan a puntapiés a sus criados, que no saben dar culto a un santo o practicar una devoción sin despreciar u olvidar todos los demás.

Almas que cambian de confesor y de devociones y de iglesia y de orientaciones con más facilidad que se cambian de traje. Y lo peor del caso es que en medio de tanto volar llegan a creerse que *¡suben!*

¡Ay, cigarrones místicos, cuántas veces ponéis a prueba la cabeza y la paciencia de los pobres padres de almas!

¿La explicación?

3820. No es muy fácil que digamos la explicación de esas irregularidades cigarronescas de las almas.

Quizá esos mismos insectos nos la den.

Sin meterme a zoólogo, ni muchísimo menos, yo creo que los cigarrones saltan y vuelan tan desatinadamente obligados por su misma configuración fisiológica.

El cigarrón es un insecto de *poca cabeza, muchas alas* y sin *cola*.

¿No os parece que de esa abundancia de alas para correr y de esa falta de cabeza para dirigir y ausencia de cola o timón para orientarse tiene que salir un vuelo alocado y sin tino?

3821. Fijaos en las almas cigarrones. Estudiadlas un poco y observaréis en ellas lo mismo que en éstos: *Poca cabeza*, *ausencia* total de *dirección espiritual,* y *sobra de alas* de imaginación y nervios.

¡Qué tres puntos para que cada uno de nosotros le eche un ratito de *rumia* espiritual!

Porque no sólo hay muchas almas-cigarrones de oficio, sino que somos muchos los que a lo mejor *cigarroneamos...*

III. LAS ALMAS MURCIÉLAGOS

3822. *Escena:* La misma del articulejo anterior: El camino de la vida en forma de plano muy inclinado con su *estación-infierno* abajo y su *estación-cielo* arriba, y los desgraciados hijos de Adán y Eva subiendo y bajando, cada cual a su gusto, por ese camino.

Hemos de subir, y no *gateando* sino volando, decíamos. Pero no como los cigarrones que vuelan sin tino, sin saber a dónde van ni de dónde vienen, y que con el mismo entusiasmo vuelan hacia arriba como hacia abajo.

Hemos de subir volando, repito hoy, pero no vayamos a volar tampoco como otra clase de insectos voladores, cuyos vuelos tienen unos cuantos *peros* muy sospechosos.

Me refiero a los *murciélagos*.

3823. ¿Quién en su edad de niño no rindió tributo a la afición un tanto cruel de perseguir murciélagos?

¿Quién no se entretuvo en la tan divertida como poco caritativa tarea de levantar la *caza* de esos animalillos, aporreando con largas cañas los empolvados cuadros de la iglesia, los rincones de las cornisas de la torre, los mechinales de su fachada?

Y después, cuando el desgraciado animal se daba por requerido y, deslumbrado con la luz del día, caía en las manos de sus implacables perseguidores, ¡cuántas perrerías se perpetraban con el inofensivo vencido!

3824. ¿Quién no conoce al infeliz murciélago?

Tan tímido que no se atreve a volar más que de noche, de pupila tan blanda que es enemigo irreconciliable de la luz del día, y tan cortito de pies y endeble de alas que cuando se posa en tierra no puede levantar por sí solo el vuelo.

¡Y hay tantas *almas murciélagos*!

¡Les cuadran tan bien a no pocas esas singularidades!

¡Pues qué! ¿No conocéis a los *católicos a oscuras*?

En el rinconcito del coro de la iglesia, en la penumbra del hogar doméstico, en la intimidad de amigos del mismo pensar y sentir, ¡cuántos católicos hay!

Pero en mitad de la calle y del día, cuando hay que contestar a una blasfemia, o hincarse de rodillas porque pasa el santo Viático, en mitad de la tertulia del café; cuando se discute u se niega y se blasfema todo; en medio de las relaciones mercantiles, políticas, artísticas,

en las que de ordinario nadie se preocupa del aspecto religioso y moral, en medio de las diversiones, modas y espectáculos públicos, de los que tan mal paradas suelen salir la fe, la piedad y la pureza...

3825. ¿Verdad que en medio de todo eso hay muy pocos católicos?

¿Verdad, por consiguiente, que merecen llamarse *católicos a oscuras*?

A oscuras, digo, porque no profesan su catolicismo y su piedad cristiana a la luz del día, sino a la sombra, y además, porque parecen dominados por un tenaz miedo a que se les muestre *toda la luz* de la fe que dicen profesar.

¡Dos miedos: el de la luz del día y el de la luz de la fe!

Propio es de esos católicos a oscuras asustarse y hasta escandalizarse de que se les hagan ver las últimas consecuencias de la fe católica y de su conducta tan vacilante.

Tienen miedo, no sólo de ser vistos sino de ver.

¿No los habéis oído hablar? Son

Católicos de pero

3826. Sí, sí, os dicen a toda reflexión que les hagáis enderezada a darles luz y a meterlos en lógica. Sí, católicos, sí, pero... sin exageraciones, sin extremar la nota, sin sectarismos... Es decir católicos sí, *pero a oscuras*.

¡Pobres *almas-murciélagos*, dominadas siempre por el miedo a la luz!

3827. ¡Pobres almas, eternas amigas del candil e inseparables compañeras del *apagaluces*! ¿Si, por culpa de ellas nos habrán levantado a todos los del oscurantismo...?

¡Pobres almas, voluntariamente condenadas a vivir enredadas entre las telarañas de los rincones y oscurecidas por el hollín de las chimeneas! Ellas, las que debían bañarse en luz, como hijas que son del Jesucristo *Luz!*

Sí, estudiad, examinad un poco a muchos de los católicos que os escandalizan con sus inconsecuencias, vacilaciones, cobardías y promiscuaciones, y os convenceréis de que padecen del *mal del murciélago, el miedo a la luz*, ¡a tanta luz como irradia de la Cruz de Cristo!

Y tan endebles como son de pupila esos hermanos, lo son de pies y de alas, para que no falte la semejanza con el insecto de marras.

3828. Murciélago en tierra, os decía antes, es murciélago perdido, si no viene en su ayuda una mano generosa que lo levante y le facilite el vuelo; parece que queda pegado con cola a la tierra.

Exactamente igual ocurre a esas almas que vengo retratando. A fuerza de huir de la luz, se ponen anémicas, descoloridas, desmayadas: a veces, llevadas de buen deseo, no del todo eficaz, y de buena intención, se arrancan a volar desde los mechinales de sus escondites religiosos, y vuelan bien y hasta con gracia. Pero como tengan que *aterrizar* para tratar aunque sea de los asuntos de la vida ordinaria, ¡se acabó el vuelo, y allí se quedan pegadas! Son almas que no saben pasar por el fango sin enlodarse o salpicarse, que no saben beber sin zambullir todo el cuerpo en el agua, que no saben encender la mecha en el fuego sin quemarse la mano. Son almas que *no saben pasar* por la tierra.

3829. ¿No las conocéis? Son las almas de voluntad débil, de criterio corto, de carácter irresoluto, para las cuales todo o casi todo es ocasión de pecado o de tentación contra el deber.

El primer amigo que las solivianta, el primer libro que las incita, el primer revés que sufren, el primer placer que les ofrecen, cualquier cosilla que les llame un poco la atención, les sirve como de imán que las atrae, y al cual se adhieren, perdiendo la acción para toda otra cosa.

Y como la mano misericordiosa de Dios no la levante, aquella pobre alma se queda perpetuamente pegada a aquel pedazo de tierra, como el murciélago de mi cuento. Y amigos míos, ¡hay tantos murciélagos espirituales esperando el *empujoncito* misericordioso del Corazón de Jesús!

3830. *Dos propósitos* para acabar con esa familia de murciélagos:

1.º Amar nosotros *toda la luz* que brota del santo Evangelio y de nuestra profesión de católicos, e irradiar sobre los demás esta luz con nuestra palabra, nuestra conducta y nuestra propaganda.

2.º Dedicarnos a la útil tarea de *levantar murciélagos caídos*. ¡Hermoso oficio el de *echar a volar* almas!

Y siquiera en esto, volvamos a ser niños perseguidores de murciélagos... pero, ¡sin *perrerías*!

IV. LAS ALMAS LIEBRES

3831. ¿No habéis oído cantar y quizá cantado, meciendo la cuna de un niño:

Mi niño duerme
Con los ojitos abiertos
Como las liebres?

Pues diz que hay más de dos almas y de dos mil, y, si me apretáis, de dos millones, que les ocurre exactamente lo que del niño de la cuna canta la *nana* popular; que duermen con los ojos abiertos.

Ocurrencia que da motivo para creerlas despiertas, cuando en realidad están dormidas o aletargadas.

De esas almas, aún no clasificadas en estos «Granitos de Sal», quiero echar un cuarto a espadas con los pacientes lectores, anticipándoles que hay tela cortada para rato.

El nombre

3832. Las he llamado *almas liebres* por tener de estos ligeros animalillos la condición que les atribuye la copla de dormir, estando al parecer despiertos, y de tener una imaginación más corredora que las patas del animal corredor por excelencia.

El tipo

3833. Su descripción no es muy fácil que digamos, por las muchas variedades que del mismo se dan.

Para conocerlas bien, puedo adelantaros esta clave: todas las *almas liebres* convienen en carecer del sentido de hacerse cargo o de darse cuenta. Su *habilidad* consiste precisamente o en pasarse o en no llegar; jamás o rarísima vez están en su punto.

Consecuencia de este achaque común: que siempre o casi siempre estas almas están equivocadas.

Tres manifestaciones tienen principalmente estas equivocaciones:

1.ª, en los recuerdos; 2.ª, en los juicios, y 3.ª, en las esperanzas.

Vamos por partes:

Recuerdos

3834. Éste es un caso que sin duda os ha pasado más de una vez.

Habéis sostenido una conversación con un amigo o en una tertulia, y pasados unos días, os sorprenden con una noticia espeluznante. Inquirís el origen, y venís a tropezar con uno de los contertulios que os dice en el tono de la naturalidad más simple: pero, hombre, ¿tiene usted valor de sorprenderse por esa noticia, si es usted mismo quien me la dio a mí en aquella reunión?

Negáis, disputáis, os preguntáis interiormente por el estado de vuestra razón, de vuestra memoria y, como por otra parte no tenéis motivos anteriores para llamar embustero a aquel amigo, os retiráis diciendo: o éste sueña despierto o yo.

Y ésa es la verdad: ahí existe un soñador, es decir, un alma de imaginación y de ojos de liebre.

Aparte de eso, ¿cuántas veces os han visto hacer cosas que no habéis hecho, cuántas os cuentan totalmente desfigurado un hecho que habéis presenciado, cuántas de un mismo hecho o dicho presenciado u oído por diez, recibís diez versiones diametralmente opuestas?

3835. Un día de huelga fui con un amigo periodista a presenciar un asalto que se decía iban a dar los huelguistas a una cochera de tranvías.

Por el camino me fue hablando el amigo de casos horripilantes que *podían* pasar, si los huelguistas conseguían su intento: Llegamos al lugar del presunto asalto y sólo vimos unas cuantas patrullas de guardia civil, que más parecían tomar el fresco de la tarde que temer un encuentro con las turbas, que no se veían por parte alguna. Aburridos de esperar en vano emociones periodísticas, nos volvimos tranquilamente a la redacción.

Por la calle, al regreso, vuelta a hablar de lo que *podría* haber pasado, pero con tal color y convencimiento que, al llegar a la redacción, todos aquellos *podía y podría* pasar se habían convertido por obra y gracia de la imaginación de liebre de mi amigo en un tremebundo *ha pasado*, que a mí mismo me asustaba.

Y cuenta que yo no me hubiera atrevido a afirmar que el compañero *mentía*; una especie de sugestión lo habría engañado a él. y él, yo creo que de buena fe, engañaba a los demás.

¡Y hay tantos!

Los juicios

3836. Y si en cosas cuya realidad no depende de uno, cabe soñar tanto, ¿qué diré de una tan subjetiva como los juicios?

Si no fuera por las molestias y sinsabores que ese modo de enjuiciar trae a los demás, sería cosa de reír.

¿qué diríais del que raciocinara así? Fulano está bebiendo, es así que el veneno se bebe, luego fulano está bebiendo veneno, se está envenenando. ¿Os hace gracia la dialéctica?

Pues una así es la que estilan esas almas liebres.

Una sonrisa que ven en éste, una cara de reflexión en aquel, una palabra suelta que oyen aquí, un gesto cualquiera que observan allí, cualquier cosilla que vean u oigan, o crean ver u oír, les sirven de *fundamento* para ponerse *corriendo* s fabricar sobre él su imaginación de liebre un mundo de sospechosa malicias, de relaciones disparatadas, de odios a muerte o amores ardientes, de normas de conducta del todo desorientadas, de... qué sé yo, porque se hacen imposibles de seguir.

3837. Lo cierto es que más de una vez se siente uno tentado de decir: este hombre está loco o lleva camino de serlo o de contagiar a quien esté con él.

Y lo peor del caso es que casi no tienen remedio; porque se corre el gran riesgo de que lo mismo que se les propone como remedio, sea tomado por ellos en distinto y aun contrario sentido.

De mí os digo que he gastado mucha saliva en tratar de detener esas carreras de imaginación y en despertar de su sueño a esas almas condenadas a *no hacerse cargo* nunca, y casi siempre he perdido la saliva, el tiempo y hasta la amistad de la persona, que, acosada por mis razonamientos, me ha dado esta gran salida: Sí usted me dice eso porque no me puede ver, o porque no me entiende, o le han hecho pensar mal de mí, o sencillamente, porque *la ha tomado conmigo*...

Y dicho se está, que, si así enjuician estas almas, el modo de forjar sus esperanzas tiene que ser de lo más peregrino.

3838. ¿Recordáis el cuento de «la lechera». ¿Recordáis las cosas que iba a poseer a cuenta de su cántara de leche vendida?

Pues, poco más o menos, todas esas almas, reñidas con la realidad, tienen sus proyectos de felicidad a base de la consabida cántara de leche.

El premio gordo de la lotería, la posesión de un cargo, el casamiento con tal persona, el vivir en determinado pueblo, la subida al poder del partido, la lluvia o el calor, cualquier cosa les sirve de cántara lechera para sobre ella levantar el palacio de sus doradas ilusiones.

3839. Y no digo nada si, en vez de tirar hacia los campos del optimismo, les da por echar hacia los del pesimismo.

Todo les da materia para un ¡ay! largo, profundo, exhalado con todas las inflexiones del dolor más hondo.

No importa que cuanto esté a su alrededor les sonría y les invite a fiestas; ellas, haciendo de videntes de grandes catástrofes, no salen de su ¡ay! echado con vista a los males que dentro de veinte años pueden venir...

Ya podéis contarles cosas agradables y éxitos lisonjeros; para ellas no seréis otra cosa que chicuelos inexpertos y engreídos que *no sabéis ver*... ¡Si tuvierais la experiencia de ellos...! ¡Oh, la experiencia! ¡Han visto tanto...!

3840. Porque es de advertir que uno de los achaques comunes a todos los que forman parte de esta familia y que hace más difícil su curación, es tenerse por gente que *ve y ha visto mucho*.

Tanto que yo no me atrevo a proponer otro remedio o preservativo más que éste: Que por muy abiertos que tengamos *todos,* enfermos y sanos, los ojos*, desconfiemos de nuestra vista propia...*

Que bien pudiera ocurrir

Que mi niño duerme
con los ojitos abiertos
como las liebres...

V. LAS ALMAS ÁGUILAS

3841. Ya es hora de volar bien, paréceme oír a los que han venido leyendo estos articulillos y se han sentido acongojados ante los apuros y ahogos de las almas que quieren subir al cielo volando como los *cigarrones* o como los mamíferos *más* favorecidos por la crueldad de los niños, los *murciélagos*.

Ya lo he dicho antes, y lo repito ahora, con vuelos como los de esos dos animalitos no se va a ninguna parte y mucho menos al cielo, el más alto y difícil de todos los puntos de destino.

Para llegar allá hay que volar como vuelan las águilas.

¿No las habéis visto levantarse majestuosas, describiendo graciosas espirales, sin apresuramiento, sin vuelos quebrados ni vacilantes, siempre hacia arriba y mirando al sol, sin ofuscarse por sus rayos ni acobardarse por su altura?

3842. ¡Qué bien se ha ganado el águila su título de real! Verdadera marcha de reina que visita sus dominios del espacio es el vuelo del águila real.

¡Qué! ¿No os parece que ese modo de subir a la altura es el propio para el alma criada y redimida por Dios para subir a la altura de las alturas?

¡Vaya que sí! Como que las alas que ese Dios altísimo y bueno ha puesto en las almas de sus hijos son mucho más potentes y grandes que las alas que dio al águila.

3843. Andan los hombres tan ufanos porque al fin han encontrado alas, siquiera sean todavía muy frágiles y arriesgadas, para hacer volar los cuerpos humanos y compartir con las águilas el dominio del aire. ¡Y qué poco ufanos se muestran de la rica y preciosa facultad con que el Padre celestial ha dotado a las almas de los hombres de poder volar por alturas no ya de cien mil, dos mil o cinco mil metros, sino de alturas infinitas como son las que separan al creador de la criatura!

¿Las alas?

3844. ¡Qué! ¿Sentís curiosidad por conocer el misterioso motor que nos puede hacer subir tanto?

¿Sentís *nostalgia* de la *altura* y no sabéis elevaros? Pues leed estas palabras del gran maestro de *aviadores espirituales* el padre Kempis:

«Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrenas, que son *sencillez y pureza*.

La sencillez ha de estar en la intención y la pureza en la afición».

¿Qué os parece?

Por lo menos, no me negaréis que son baratas y que no hay riesgo en su uso, como diz que acontece con las otras alas de última invención.

Todo se reduce a *saber mirar* y a *saber querer*.

3845. Voy a explicarme.

Saber mirar, ¡qué cosa tan difícil, aunque a muchos les parezca que es muy fácil!

Mirar lo hace cualquiera que tenga ojos; pero *saber mirar*, es ver en las cosas y en las personas *sólo* lo que hay o lo que son.

De ordinario, ¿qué digo?, casi siempre miramos en las cosas no lo que son o lo que tienen, sino lo que *en ellas pone* nuestra ilusión, nuestro interés, nuestro amor propio; éste nos hace ver en las cosas sólo lo que a *él tendría cuenta* que hubiera.

A una aspirante a elegante y a reina de la moda, aunque sea de percalina, le hará ver su amor propio en todas las que crea contrincantes, unas cursilonas de mal gusto, coquetonas, ridículas, aunque sean diosas de elegancia y hermosura.

A un poseído de su ciencia, virtud, ingenio, poder, jamás le dejará ver su amor propio nada de eso en ninguno que de verdad lo tenga, a menos que éste se declare rendido ante el otro; entonces, ¡con qué placer le *dispensa* protección y hasta elogio!

3846. ¡Saber mirar! ¡Pero si el género humano en su casi totalidad es un pobre ciego! ¡Si apenas se encuentran dos personas que vean de un modo una misma cosa! Lo que demuestra que por lo menos una de las dos está ciega espiritualmente.

¡Por qué esta ceguera?

3847. Porque falta la condición que Dios ha puesto para la visibilidad espiritual de las cosas, la sencillez de intención.

Lo que es la luz en la visibilidad de los cuerpos es la sencillez en la de las almas.

Si Dios ha hecho al hombre a imagen y semejanza suya, y si todas las criaturas llevan de algún modo esa imagen, para un alma que *vea bien* no deben ser ni los hombres ni las cosas más que *espejos* que reflejen la imagen de Dios.

3848. Ésa es la *sencillez de intención*, ver en las cosas y en las personas lo que tienen de Dios, que es todo lo bueno, lo puro, lo verdadero, lo recto que tengan; y ésa es la *pureza de corazón*, la otra ala para volar como águila, querer y apegarse a las personas y a las cosas *sólo* en lo que tienen de Dios, en lo que recuerden, reflejen y lleven a Dios. ¡Y es tan difícil *saber querer* eso sólo!

3849. Un *sencillo* de intención ve a Dios en todo lo que le rodea, en lo agradable y en lo desagradable, en lo chico y en lo grande, a Dios que le bendice, que le prueba, que le castiga, que le levanta, que le sostiene, que le aconseja, que le manda, que le prohíbe y que en todo eso le ama sin cansarse... Un *puro* de corazón vive enamorado de cuanto le rodea, porque en todo eso siente y ama a su Dios; y ama más a lo que más tiene de Dios.

El *puro de corazón* no se amarra a las cosas por la comodidad, el recreo, el placer, la utilidad que le reporten, sino por lo que en usarlas o abstenerse de ellas hay más agrado para su Dios.

El hombre libre

3850. Ése sí que es el verdadero hombre libre, que sabe dónde va y va a donde quiere.

Los que no son sencillos de intención son ciegos, los que no son puros de cariño están amarrados a las cosas con las ligaduras tan fuertes como íntimas de sus desordenadas aficiones... ¡Ciego y paralítico del alma! ¡Vaya un tipo del hombre libre!

3851. ¡Bendita *sencillez y pureza* que hacen al alma subir y volar siempre hacia su Dios y le impiden enfangarse en los lodazales humanos!

«El corazón puro penetra el cielo y el infierno» ha dicho Kempis.

¡Benditas y mil veces benditas las almas águilas que saben encontrar *subidas* en todas las cosas y por todas partes hacia su Dios!

Como éstas, se levantan majestuosas, describiendo graciosos espirales, sin apresuramientos, sin vuelos quebrados ni vacilantes, siempre hacia arriba y mirando al sol sin ofuscarse por su altura.

¡Sí, benditas...!

ÍNDICE GENERAL

Escritos de espiritualidad sacerdotal

Lo que puede un cura hoy

***

Un sueño pastoral

El rosario sacerdotal

QUINTO MISTERIO GOZOSO: El encuentro del Niños Jesús en el templo... Saborearé el gozo de mi acción sacerdotal recuperando y reparando a Jesús.................................

MISTERIOS DOLOROSOS: Los dolores del sacerdocio

Preludio: cinco grandes sacrificios...............

PRIMER MISTERIO DOLOROSO: La oración en el Huerto........... Quiero unirme al sacrificio de tu Corazón, pontífice mío..

SEGUNDO MISTERIO DOLOROSO: La flagelación de Jesús..........

Quiero unirme al sacrificio de tu sensibilidad, pontífice mío...

TERCER MISTERIO DOLOROSO: La coronación de espinas..........

Quiero unirme al sacrificio de tu honra, pontífice mío..

CUARTO MISTERIO DOLOROSO: Nuestro Señor Jesucristo con la cruz a cuestas..

Quiero unirme a tu sacrificio de todo alivio humano, pontífice mío...

QUINTO MISTERIO DOLOROSO: La crucifixión de nuestro Señor Jesucristo...

Quiero unirme al sacrificio de tu vida, pontífice mío y Hostia mía...

MISTERIOS GLORIOSOS: Las glorias del sacerdocio

Preludio: El premio.................................

PRIMER MISTERIO GLORIOSO: La Resurrección de nuestro Señor Jesucristo..

Me gloriaré en la acción de gracias del Padre al Hijo sacrificado o en su estipendio de la tierra..........

SEGUNDO MISTERIO GLORIOSO: La Ascensión...................

Me gloriaré en la acción de gracias del Padre al Hijo sacrificado, o el estipendio del cielo..............

TERCER MISTERIO GLORIOSO: La venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico...............................

Me gloriaré en la acción anticipada de gracias del Padre celestial a sus sacerdotes.....................

CUARTO MISTERIO GLORIOSO: La Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma a los cielos........................

Me gloriaré en la acción de gracias del Padre a la Madre sacerdotal..................................

QUINTO MISTERIO GLORIOSO: La coronación de Nuestra Señora por reina de cielos y tierra..........................

Me gloriaré en el gran estipendio celestial para la Madre Sacerdotal.....................................

El Padrenuestro...

El Ave María...

<u>Escritos de formación pastoral</u>

En busca del escondido

***

Nuestro barro

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

***

Granitos de sal
1ª serie

***

Granitos de sal
2ª serie